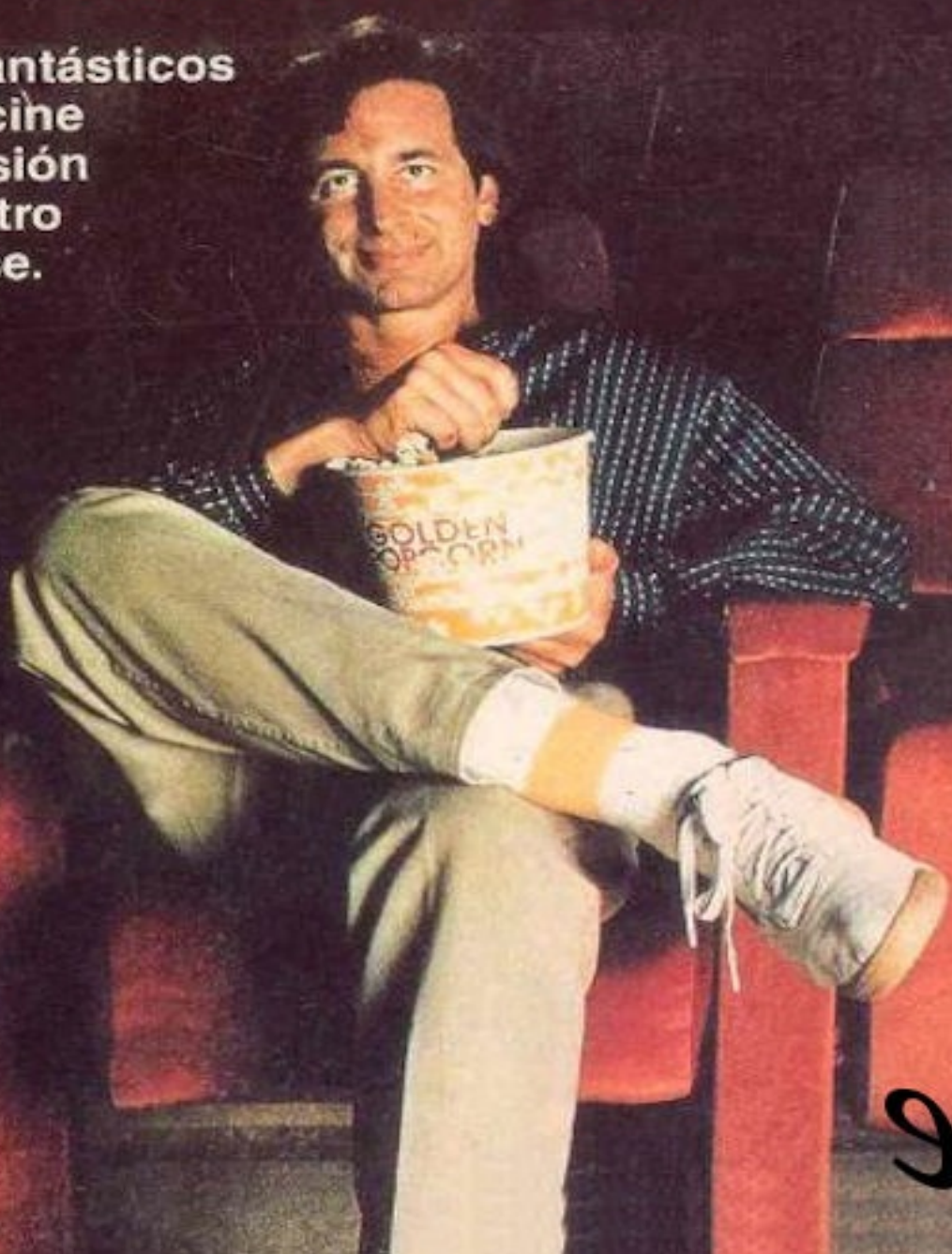


HISTORIAS ASOMBROSAS de **STEVEN SPIELBERG**

Steven Bauer

Una serie
de relatos fantásticos
llevados al cine
y a la televisión
por el maestro
del suspense.



A stylized, handwritten-style logo consisting of a cursive 'S' and 'B' intertwined, located in the bottom right corner of the page.

Estas historias pueden sorprenderle... divertirle o aterrorizarle. Pueden llenarle de asombro... o hacer que su corazón se pare de ansiedad. Le transportarán a lugares que están más allá de su imaginación, desde los albores del tiempo hasta el ocaso del mañana. Serélese y entre en un mundo de magia, ilusión, peligros y hechizo. Experimente la alegría y emoción que pueden hacerle sentir estas Historias asombrosas que Steven Spielberg, el director de cine más famoso en la actualidad, ha llevado a la pantalla y a la televisión, convirtiéndolas con su «toque» mágico, como a tantas obras suyas, en éxitos. Bienvenidos al mundo fantástico de Spielberg...



Steven Bauer

Historias asombrosas de Steven Spielberg

ePub r1.1
Titivilus 25.03.15

Título original: *Amazing Stories*
Steven Bauer, 1986
Traducción: Elvira de Riquer

Editor digital: Titivilus
(r1.1) Corrección de erratas: HarDX
(r1.1) Adaptación al ePub base 1.2
ePub base r1.2



Este libro está basado en la serie televisiva de la Universal realizada por Steven Spielberg según guiones de: *La misión* (Menno Meyjes sobre un relato de Steven Spielberg), *Vanessa en el jardín* (Steven Spielberg), *El viaje de la Culpa* (Gail Parent y Kevin Parent), *El mago* (Joshua Brand y John Falsey), *La principal atracción* (Brad Bird y Mick Garris sobre un relato de Steven Spielberg), *El tren fantasma* (Frank Desee sobre un relato de Steven Spielberg), *La canguro* (Mick Garris sobre un relato de Joshua Brand y John Falsey), *Santa Claus 85* (Joshua Brand y John Falsey sobre un relato de Steven Spielberg), *Una copa más* (James D. Brissell), *La peluca infernal* (Gail Parent y Kevin Parent) y *Ningún día en la playa* (Mick Garris sobre un relato de Steven Spielberg).

La misión

Los tipos con los que volaba me llamaban Static y todavía lo hacen cuando me escriben o telefonean, que ya no es tan a menudo. Algunos de ellos ahora están muertos, claro. Pero hace cuarenta años, en la guerra, yo quería a estos tipos de la manera que un hombre de hielo ama el fuego. Me mantenían vivo: los necesitaba y este sentimiento era mutuo.

Static, ¿sabes?, porque manejaba la radio. Me gustaba tener un apodo; creía que guardando mi verdadero nombre a salvo podría protegerme si empezaba el fuego antiaéreo, y entonces todos teníamos rituales. Lamar tenía su crucifijo, y Bullseye, el bombardero, tenía su fotografía de Betty Grable. El capitán tenía sus cigarros y su paquete de chicle, y Jalee, el copiloto, estaba siempre contando hasta veinticinco y conteniendo la respiración, no me preguntéis por qué. Dave tenía su libro de expresiones inglés/alemán, y su hermano gemelo Sam era un seguidor de las patas de conejo y de Norman Vincent Peale. Y todos nosotros teníamos a Jonathan, que era nuestra pieza de suerte.

Íbamos de dos en dos: Lamar y Bullseye, Dave y Sam, Scrappy y Willy, los artilleros de cola, Jonathan y yo, siempre así. Lamar era de una granja en algún lugar de Alabama, creo, y Bullseye era de Michigan. Hacían un número yanqui-rebelde que a veces era bastante divertido. Dave y Sam deberían haber sido hermanos siameses; *siempre* estaban juntos. Yo había sido la clase de niño sin muchos amigos. Llevaba gafas y era bueno en ciencias y matemáticas. La fuerza aérea era el primer lugar donde estas aptitudes significaban algo, el primer lugar en el que la gente me quería por lo que era.

Pero todos querían a Jonathan, y él era mi mejor amigo. Era un artista realmente alegre. Había conocido a una chica inglesa en Coventry y se había casado con ella. Iban a tener un niño. Después de la guerra —decía— iría a California y trabajaría para Walt Disney; por eso supongo que se podría decir que tenía su carpeta de dibujos, sus lápices y su familia para alejar de su mente lo cerca que pasaban los ME 109 alemanes cada vez, arrojando fuego.

Nadie quería morir, ¿sabes?, y cada vez que subíamos era más que probable. *Sólo déjame volver a casa vivo esta vez* —decías— *y yo prometo esto y aquello*, cualquier cosa, no importaba, cerrando un trato que pudiera aumentar tus probabilidades.

Porque existía esta otra superstición: después de veintitrés misiones, te quitaban del cielo, del combate, dejándote en tierra firme. Porque nunca nadie había hecho el viaje veinticuatro de ida y vuelta vivo.

Jonathan se había unido a nosotros después de un vuelo con otra tripulación. Así nuestra misión veintitrés realmente era para él la veinticuatro, y no volaría con nosotros. No puedo decir qué desanimados estábamos de salir sin él.

Era enero de 1944 y salíamos de Coventry, Inglaterra. Llamábamos al avión *Friendly Persuasion* para que trajera suerte, y Jonathan había pintado una actriz de una película de dibujos animados en el morro, con medias de malla, largas piernas, amplio escote y una gran sonrisa seductora, algo así como volver a casa. Hacía humedad y frío en la oscuridad de antes del amanecer y siempre había niebla pegada al suelo, subiendo a la panza de nuestro B 17. Tenía cicatrices de batallas, de acuerdo, habíamos sido incendiados, y el fuselaje estaba cubierto de agujeros de balas remendados. Los montantes y soportes del tren de aterrizaje estaban expuestos al aire libre y desgastados, y los neumáticos estaban en bastante mal estado. Pero conocíamos el avión a fondo, cada pulgada, sabíamos cómo movernos en él. Cuando estábamos volando, había veces que casi estábamos cómodos.

Como siempre, Bullseye estaba supervisando la carga de las bombas con la grúa hidráulica, y Lamar, dentro del compartimento de bombas, las hacía rodar hacia los dispositivos portabombas. Como siempre, Bullseye vociferaba.

—¡Maldita sea! ¡Lamar, no las amontones tan juntas y mira si esos dispositivos no están flojos!

Y Lamar, con su dulce y profunda voz cansina, decía:

—Yo me ocuparé de soltarlas desde seis pies. Tú ocúpate de soltarlas desde veinte mil. —Como si ésta fuera la primera vez que íbamos a subir.

El resto de nosotros vagabundeábamos alrededor, bebiendo café y palmeándonos para no enfriarnos. Jake estaba contando hasta veinticinco y Sam estaba leyendo *El poder del pensamiento positivo*. ¿Y yo? Sencillamente estaba muerto de miedo.

El capitán se acercó al avión, con el cuello de su zamarra levantado para evitar la humedad. Parecía de gran estatura e imperturbable como la piel de su chaqueta y tenía un cigarro apagado sujeto entre los dientes. Nada parecía amilanarle.

—Arriba y a ellos, muchachos —dijo.

El personal de tierra acababa de llenar de gasolina al *Friendly Persuasion* pero ninguno de nosotros se movió. Busqué a mi compañero por los alrededores, pero no había nadie más que nosotros.

—¿Cómo vamos a volar sin Jonathan? —exclamé.

—Dijiste que estaría aquí para nuestro toque de la suerte —declaró Bullseye.

El capitán hizo una mueca como si le doliera la cara. Yo sabía que no le gustaba subir sin Jonathan más que al resto de nosotros, pero no lo demostraría.

—Le estaba diciendo al viejo, al coronel: Puede decir muchas cosas sobre mi tripulación, pero no puede decir que sean supersticiosos —repuso.

—¿Quiere subir con un artillero de panza novato? —preguntó Sam.

El capitán se encogió de hombros. Entonces vi el jeep.

—¡Eh, mirad! —dije.

Estaba bajando rápidamente por la pista de despegue hacia nosotros, sus faros oscilando locamente en la oscuridad.

—Probablemente el chico nuevo —adujo Jake, el cínico.

Pero no lo era; era Jonathan, hombre de palabra, que venía para dejarnos que le frotáramos la cabeza para darnos suerte. Sonriente y legañoso, saltó del jeep, llevando su equipo de vuelo. ¡Chico, era agradable verle!

—¿Qué tal, Static? —Me dio un puñetazo en el hombro—. Buenos días, compañeros.

—Se suponía que irías vestido de paisano —advertí.

—Eso está bien para ir a tomar un helado —dijo—. Pero un poco fino para Berlín en enero.

Todo el mundo se apiñaba a nuestro alrededor, ahora sonriendo, sintiéndose mejor. Pero el capitán no sonreía.

—Jonathan —dijo—, ¿puedo hablar un momento contigo?

Se fueron hasta que el capitán creyó que estaban fuera del alcance de mi oído, pero yo me desplacé lo suficiente cerca para oír.

—Sabes que no tenías que hacer esto —dijo el capitán.

Jonathan estaba mascando chicle ruidosamente.

—Hemos volado veintidós misiones juntos y, bien, *caramba*, señor, yo soy vuestro amuleto de la suerte. No podéis volar sin un seguro, ¿verdad?

Otro jeep se detuvo y un tipo se puso en pie de prisa, golpeándose la cabeza con la parte inferior del ala. Hizo una mueca de dolor, se inclinó y se cayó del jeep. El sustituto de Jonathan. En otras circunstancias hubiera sido divertido. Todos apartamos la mirada.

—Bien, capitán —dijo Jonathan—. Lo que ve ante usted es un verdadero dilema. ¿Va a volar su última misión con un artillero novato o con uno que está condenado al fracaso?

Tragué saliva. El capitán se ladeaba de una cadera a otra. Casi se le podía ver ponderando las alternativas. Luego sonrió abiertamente, levantó la mano y dio un tirón a la gorra de artillería antiaérea de cuero de Jonathan y frotó su pelo. Todos nos alegramos, amontonándonos alrededor de ellos, casi sacándole los ojos cuando cada uno frotó la cabeza de Jonathan.

La salida era siempre tensa. Hacíamos nuestro trabajo, hablábamos y perdíamos el tiempo miserablemente. El capitán y Jake estaban en la carlinga, pilotando el avión. Yo trazaba el itinerario. Los artilleros, nerviosos, se sentaban en el fuselaje. En poco tiempo habían limpiado y cargado sus armas. Jonathan solía dibujar. Se sentó cerca de mí mientras examinaba los mapas.

—Así, ¿cuánto tiempo antes no podemos llamarte papá? —pregunté.

Estaba concentrado y su lengua salía por el borde de su boca.

—Unos cuatro meses —respondió—. Pero Liz no ha sido puntual en su vida; así que no estoy conteniendo la respiración. Ella piensa que si es un chico le pondríamos tu verdadero nombre.

Me sentí halagado, por supuesto. Pero nunca lo había dicho a ninguno de los compañeros; sólo el capitán lo sabía.

—¿Realmente quieres un niño que se llame Arnold? —inquirí.

Me miró durante un minuto de la manera que los chicos de instituto de segunda enseñanza acostumbran hacer.

—Arnold —dijo—, ¿de veras?

Si fuera ahora, por supuesto, hubiera dicho: «Como Schwarzenegger», pero entonces era un nombre de traidor.

—Sí —afirmé—. Como Benedict Arnold.

—Tú, no, amigo —dijo—. Tú eres muy leal.

Yo quería cambiar de tema.

—Vas a llevarla a Estados Unidos, ¿verdad?

—Claro —dijo—. Ahora es una ciudadana. —Luego pensó en mí y en mis proyectos—. ¡Eh! ¿Tienes noticias, fuiste aceptado?

—¿No te lo dije? Tengo una beca para soldados en el departamento de ingeniería en Twin City, Minnesota. Tenemos que permanecer en contacto, amigo.

—Haremos más que esto: vendrás a California y me verás ascender desde el departamento de pintura hasta el mismo Mickey.

—¿Me presentarás a Rita Hayworth?

—¿Y qué me dices del señor Disney? —dijo Jonathan—. Para entonces le llamaré Walt.

—A sus sitios —ordenó el capitán.

Jon se encogió de hombros, se puso en pie, volvió a la torreta situada por debajo del suelo del avión, esa pequeña burbuja giratoria de plexiglás, donde él estaba colgado sin protección y solo. Siempre me disgustaba verle así.

—Hasta luego —dije.

Él sonrió, me guiñó un ojo y bajó.

Entonces salió el chicle. Cada viaje el capitán abría un paquete grande de Wrigley y todos cogíamos un trozo, pasándolo de un lado al otro del avión como una comunión o algo así. Me levanté y lo devolví a Sam.

—Compraremos la granja en este viaje —estaba contemplando a su hermano—. Puedo sentirlo. Puedo olerlo. Lo tengo en mi boca como un sabor amargo.

—¡Oh, calla! —indicó Dave—. ¿Sabes cuándo empiezo a preocuparme? Cuando tú no dices eso.

Sam pasó el chicle a través de la compuerta de la torreta inferior, y Jonathan lo cogió. No sabía cómo podía estar allí abajo. Estaba acurrucado y sentía realmente frío sin nada entre él y el suelo, sólo los montantes de plástico y aluminio. Sin embargo no parecía preocuparle. Vi su mano subir rápidamente, sujetando un trozo de papel, que Dave cogió.

—¡Eh! ¿Puedo verlo? —gritó Sam.

—No es para ti —dijo Dave y lo miró furtivamente luego me lo dio.

Se lo pasé a Bullseye y a Lamar, y siguió su camino hasta la carlinga. Era una caricatura del *Friendly Persuasion* con dos ojos y una boca, y todas nuestras cabezas asomándose a las ventanillas. Parecíamos espectros, incluso el avión. «Feliz 24, ¿quién está sonriendo ahora?», decía. Había dibujado una como ésta cada vez que subíamos, y la carlinga estaba cubierta con las otras veintidós. Pero esta vez el número era el de Jonathan, no el del avión, y parecía un poco misterioso.

Di al capitán el último pronóstico del tiempo por radio y luego vi el paracaídas de Jonathan puesto a un lado con una carpeta de dibujo bajo sus correas. Me quedé estupefacto.

Lamar vino tocando su crucifijo.

—¿Qué vas a hacer después de hoy? —pregunté.

Volvió sus palmas hacia arriba.

—Supongo que estaré instruyendo a una pandilla de ruidosos gamberros lo mismo que todos hacíamos antes.

—Mira esto —dije.

—Quizá se supone que no lo hemos de encontrar —replicó—. Ya conoces a Jonathan, siempre tratando de sorprendernos de una manera o de otra.

Había caricaturas de nosotros. Jake, sentado ante un imponente panel de control, con ocho borrosos brazos tirando de palancas y apretando botones. El capitán presumía de héroe de guerra, inclinado ligeramente bajo el peso de sus medallas, el sombrero demasiado grande para su cabeza. Lamar estaba sentado al revés sobre una vaca. Scrappy iba montado sobre algo que parecía un gran pollo.

—¿Está sobre un pollo o un pavo? —guiso saber Lamar.

—Quizá sea un pato —dije—. Eres tú, granjero.

—Sí —repuso Lamar casi con reverencia—. Eres tú.

Yo llevaba auriculares, como borlas, y enormes gafas y el pelo electrizado.

—Aquí estamos todos —manifesté.

—Promoción del cuarenta y cuatro —indicó Lamar.

Sam y Dave, de rodillas junto a sus cincuenta peines cargados de proyectiles, los limpiaban. Les iba a enseñar sus dibujos, los dos cargados de patas de conejo y libros y con todos los dedos cruzados, pero estaban demasiado ocupados atormentándose mutuamente.

—En realidad tenemos suerte —dijo Dave, como para sí mismo.

Sam palideció.

—Calla la boca —exclamó.

—Veintidós salidas, veintidós regresos —dijo Dave.

—¡No! —negó Sam—. Traerás mala suerte al último viaje de ida y vuelta.

Dave sacó su libro de expresiones y dio a Sam un trozo de algo.

—Mira qué he encontrado en Coventry —repuso—. Galones de teniente. Si tenemos que lanzarnos, pónelos en el cuello. Luego di: *Ich bin ein Amerikanischer Offizier*.

Sam le arrebató el libro de expresiones y hurgó en su chaqueta. Sacó *El poder del pensamiento positivo*.

—Lee algo más de esto —sugirió empujando el libro hacia su hermano—. Y no me hables de nuevo hasta que aterricemos.

A mi vez, yo mostraba las caricaturas a Scrappy, el artillero de cola, que se estaba mordiendo las uñas.

—¿Por qué no puedo yo hacer esto? —decía meneando la cabeza.

—Jonathan tiene una gran imaginación —precisé.

—Conseguí seis ME 109 —dijo Scrappy—. ¿Qué hace esto de mí?

—Un héroe —exclamé—. Después de la guerra con esto y un níquel obtendrás una taza de café. Pero Jonathan tiene la vieja imaginación. Todos trabajaremos para él algún día.

Fue entonces cuando recibimos el impacto.

El *Friendly Persuasion* dio una sacudida hacia arriba y a la izquierda. Podía oler la pólvora. Todos gritaban y avanzaban trabajosamente hacia sus posiciones. «Después de tantos viajes... —pensé—. Antes ya habíamos sido tocados pero esta vez era la peor». El viento silbaba a través del fuselaje. Las voces de otros pilotos llegaban roncadas por la radio.

—Enemigos por el frente.

—Enemigos por la cola.

—Mira el ala. Está en vuestra cola, Jack.

Y luego lo peor.

—Nos han tocado. Estoy ardiendo.

Luego nada.

Detrás de mí, Dave y Sam seguían disparando con desespero, las rodillas ligeramente dobladas, girando, disparando al aire. Me preguntaba cómo estaría Jonathan, debajo de nosotros. Debía de estar dando vueltas como una peonza en este momento, tratando de seguir la pista de aquellos bastardos, mirando cómo de repente atravesaban las nubes y se situaban exacto en la parte superior de él, arrojando fuego; él estaría disparando hacia atrás, su cuerpo entero sacudido por los espasmos de los cincuenta Brownings gemelos.

Nos tocaron de nuevo y fue grave. Podía oír el zumbido y el silbido de los impactos y el tableteo de nuestras armas a cambio. Realmente estábamos en ello. Dave se tambaleaba hacia atrás y golpeó la botella de oxígeno de Sam. La radio emitía chillidos y un ruido alterado. Justo más abajo y detrás de nosotros, en el aire hubo una explosión terrible.

—¡Hurra! —gritó Scrappy—. Creo que Jonathan ha dado a uno.

Y luego otra explosión como si una parte del avión alemán chocara con nosotros: metal ardiendo que volaba dentro de nuestro B 17 y un depósito de combustible estalló arrancando casi un ala. Era una locura. Todos íbamos por el suelo y gritábamos. Lamar rezaba el avemaría más rápido que nunca. Las luces se apagaron.

A lo largo del almacén del avión, los cables eléctricos echaban chispas y chirriaban. Cerré los ojos y pensé en mis padres. Sólo tenía diecinueve años.

Después la voz del capitán llegó por el interfono.

—¡Lánzalas, Bullseye!

—Sí, señor —repuso Bullseye y tiró de dos palancas hacia abajo.

Las puertas del compartimento de las bombas se abrieron y éstas rodaron por los raíles y desaparecieron en el manto de nubes debajo de nosotros. El *Friendly Persuasion* respondió en seguida y ganó altitud después de la pérdida de las bombas, optimista de nuevo. Por primera vez desde que nos tocaron creí que lo lograríamos.

—Quiero informes de los daños de todos los puestos —ordenó el capitán por el interfono—. Artillero de cola.

—Muy bien aquí abajo, señor —informó Scrappy en la boca del micro.

—Artilleros de puerta.

—Fuertes abolladuras y una hendidura, pero bien, señor —comunicó Sam y después Dave.

—Artillero de la torreta inferior.

No hubo respuesta.

—Capitán al artillero de la torreta inferior. Informe —urgió el capitán—. Vamos, Jonathan —apremió el capitán, alzando la voz—. ¿Qué diablos está ocurriendo?

Y luego la voz de Jonathan, vacilante:

—Debe de ser la conmoción, señor —murmuró—. Ese asqueroso mosquito me dejó la nariz sangrando. El plexiglás está como una tela de araña y en mal estado.

—Pero tú ¿estás bien? —preguntó el capitán.

—Sí —contestó Jonathan—. Estoy bien.

—¡Lo aplastaste bien, chico! Ven a la parte superior y deja que uno de los hombres te dé una mirada.

Después de un minuto la voz de Jonathan llegó por el interfono, un poco desconcertada y asustada:

—Capitán, tengo alguna dificultad en abrir la compuerta.

—Jonathan tiene problemas con su compuerta. Que alguien le eche una mano —indicó el capitán.

Pero no era necesario: ya estábamos allí Dave, Sam y yo. El trozo de ME 109 que nos alcanzó había penetrado en la compuerta de la torreta, a la que cerró como si estuviera soldada. Tiramos de ella, pero no se movía. Podía ver a Jonathan allá abajo, tratando de sonreír. La parte inferior de su cara estaba cubierta de sangre.

—¿Os dije alguna vez, compañeros, que tengo miedo a los lugares pequeños? —preguntó por encima del zumbido del avión.

Dave acercó la boca y gritó dentro de la torreta:

—Estás metido en la barriga de mamá hasta que podamos aterrizar y te saquemos con el soldador.

—No creo que sangre hasta morir —notó Jon.

—Esta bien, Dave, seguro. No te preocupes por mí.

—¡Dios mío! ¿Quieres mirar eso? —dijo Sam y señaló debajo de las alas.

Por el interfono el capitán señaló:

—Estamos llevando el avión a casa, chicos. Número veintitrés, corto y fuera. Vamos a casa, Static. Tráeme las hojas de datos.

Cogí mi tabla sujetapapeles, que estaba cerca de la radio, y fui dando traspiés hasta la carlinga.

—Vamos a ver esto, Static —manifestó el capitán.

—Quemamos diecisiete mil galones en ruta hacia el objetivo principal, señor —informé—. Perdimos cien cuando el motor número tres reventó. Podemos hacerlo volver a Coventry si las alas están en buenas condiciones. Pero creo que la parte inferior de esta monada está hecha pedazos.

—Está volando cargado hacia la derecha. Puedo notarlo —advirtió Jake.

—Estaba pensando, señor —repuse—. Bien: estaba pensando si ha probado el tren de aterrizaje.

Podía sentir mi corazón palpitando violentamente en mi garganta.

El capitán me miró de una manera rara, luego dio un golpe seco al interruptor. Tres de nosotros mirábamos que nada sucedía, ningún ruido gimoteante de las ruedas al bajar, ninguna luz en el panel de control.

—Bullseye —ordenó el capitán—, echa una mirada y dime si ves alguna rueda en posición descendente o cerrada.

El silencio duró sólo unos pocos segundos mientras miraba por la ventanilla del bombardero.

—Hay un depósito de chatarra bajo ambas alas —observó Bullseye—. Tendremos que deslizarnos.

El capitán cogió un cigarro de su bolsillo y lo sujetó entre los dientes.

—Nunca he aterrizado con las ruedas replegadas, pero, ¡demonios!, estaremos completamente secos para entonces y la única cosa encendida será este cigarro.

Podía comprobar que no conocía todos los hechos todavía, y sabía que yo sería el que se lo diría.

—Tenemos un problema, señor —murmuré—. Un verdadero problema. —Mi voz era temblorosa, como si estuviera a punto de llorar—. Es Jonathan, señor. Está atrapado en la torreta inferior y no podemos sacarlo.

El capitán cerró los ojos y sus guantes de piel apretaron la dirección.

—¿Vamos a aterrizar de panza con treinta toneladas de chasis en una pista de cemento? —dudó—. En realidad no creo que once mil libras de plexiglás y aluminio se sostengan bajo todo este peso. ¿No crees?

Se desató la correa y retrocedió hacia el interior del fuselaje para atender el problema él mismo.

El capitán era un buen hombre pero no era un soplete, y ésta era la única cosa que

hubiera podido ayudar. Dio una patada al metal soldado y soltó un taco; agarró algo que parecía una palanca y golpeó, pero no sucedió nada. Todos nosotros tiramos fuerte y empujamos y dimos patadas, pero lo único que hicimos fue doblar un poco la maldita puerta. Y entonces la mano de Jon sobresalió a través de la abertura, tan fría como se pueda imaginar. Sostenía otra caricatura: el *Friendly Persuasion* iniciando un aterrizaje con las piernas de Jonathan sobresaliendo para pararlo, llevando unas grandes botas de goma. «Sooo», se leía en una viñeta de la caricatura.

—¿Crees que lo sabe? —balbució Dave—. ¿Lo sabe?

—Supongo que por eso envió el dibujo —repliqué, y no era un chiste.

El capitán nos hizo señas de ir hacia atrás y se arrodilló de forma que podía hablar con Jonathan.

—¿Qué estás haciendo ahí, muchacho? —preguntó.

Apenas pude oír la respuesta.

—Tengo miedo —casi susurró Jon—. Pero sé que están planeando algo. No dejaré que me pase nada porque soy su amuleto de la suerte, ¿verdad?

La voz del capitán era suave:

—Estamos en un verdadero lío, chico —le espeto. Pero supongo que ya lo sabes.

—No me voy a morir aquí —aseguró Jon—. Tengo demasiadas cosas por las que vivir.

—Escucha, Jonathan —continuó el capitán.

—Sólo frote mi cabeza para dar buena suerte, señor —indicó Jonathan—. Sé que pensaré en algo. Siempre lo hace.

El capitán se inclinó de modo que su brazo se perdía de vista.

—Seguro, muchacho —explicó—. Pensaré en algo.

La voz de Jake llegó por el interfono:

—Capitán, estamos perdiendo el motor número cuatro. Yo estaba en contacto con la carlinga por radio ahora y acababa de llamar a Coventry para alertarlos.

—He dicho a la torre que aterrizaremos con las ruedas replegadas; tiempo aproximado, doce minutos.

—Abrid parte de los alerones número dos —sugirió el capitán.

—Número dos abierto —contestó Jake.

—Cerrad la válvula de combustible.

—Válvula de combustible cerrada.

—Poned el extintor de fuego número dos.

—Puesto.

La tripulación había estado conferenciando: teníamos una idea genial, y ahora venían a mí para hablar con el capitán. No iba a perder una oportunidad de ayudar a Jonathan; si era necesario, podía volver a la radio en segundos.

—Es lo siguiente, señor —comenzó Lamar—. Hemos estado devanándonos los

sesos.

—Tenemos un par de ideas locas —prosiguió Sam.

—Como colgar una de esas cincuenta cintas de una cuerda, ¿entiende? Luego bajarla por la parte estrecha de la puerta izquierda —siguió Dave.

—Luego se bascula hacia abajo. Así, ¿ve? —observó Lamar—. Y quizá esa cuerda se vaya flotando por la ventana de plexiglás de Jonathan. Él la rompe de una patada y agarra la cuerda y nosotros lo sacamos como a una vieja lubina.

—Estamos bajo quince mil caballos de vapor, muchachos —advirtió el capitán—. Tenemos todo menos dos motores que faltan. ¿Oís lo que estoy diciendo? Este avión está construido para hacer muchos trucos, pero no para ir con muletas. Tengo otra idea. Static, dame mi paracaídas.

Lo cogí de detrás de su asiento donde él no podía alcanzarlo.

—Ya hemos pensado en esto, capitán —dijo Bullseye—. El paracaídas no entrará a través del agujero ahí abajo.

—No, de esta manera no podrá —convino el capitán—. Sácalo del paquete y enróllalo lo más apretado que puedas. Jake, ¿cuál es la mínima altitud para saltar?

—Quince mil pies, señor.

—Puede hacerse a doce mil —indiqué. Lo sabía: había visto a hombres hacerlo.

—Volved allí —ordenó el capitán—. No tenemos ni un segundo que perder. Se lo diré a Jonathan.

Corrimos a buscarlo todos juntos. Bullseye sacó el paracaídas de su funda tan rápido como pudo. Oíamos la voz del capitán por el interfono.

—Jonathan —decía—. He pensado algo.

Lo enrollamos bien y empezamos a introducirlo en la torreta inferior. La cara de Jonathan estaba blanca como la seda fina y la sangre de su mentón estaba endurecida y escamosa.

—Ahora, tan pronto como tengas ese paracaídas —explicó el capitán—, quiero que des una patada a la ventana de plexiglás; mantén esta monada apretada contra tu pecho y salta fuera por la parte de la hélice. ¿Oyes eso? Salta *fuera*.

Empujábamos tan de prisa como podíamos para introducirlo.

—Grita algunas altitudes —dijo Bullseye por el micro.

—Dos mil pies —contestó Jake.

Podía sentir la tensión sobre el paracaídas mientras Jonathan tiraba fuerte.

—Tranquilo —le grité—. Tómalo con calma.

—Ve más despacio, chico —decía Lamar, tratando de ser tranquilizador—. Sólo tenemos una oportunidad en esto.

—Mil seiscientos pies —indicó Jake.

—Más de prisa —apremiaba Jonathan—. No sé cuánto tiempo tardaré en quitar el plexiglás. Quizá debería empezar a dar patadas ahora.

—El capitán dice que esperes hasta que tengas el equipo puesto —murmuré.

—Vamos, vamos, vamos —decía Jon. Nunca le había visto enojado antes.

—Mil quinientos pies —observó Jake.

—¿No podemos mantenernos fijos un par de segundos más? —repuso Sam.

—No tenemos combustible —añadió Lamar—. Y aun así tendremos que ir en punto muerto parte del trayecto.

—Mil trescientos pies —dijo Jake.

—¡Vamos! —urgió Jonathan.

Estaba asustado. Tiró con todas sus fuerzas y el borde del que habíamos estado preocupándonos se escapó y lo enganchó en el borde serrado del agujero. He oído rasgarse seda una vez desde entonces, cuando el pañuelo de mi mujer se enganchó en un clavo, y fuera de toda duda casi me desmayé. Es como el grito de alguien alejado del mundo aumentado por la resonancia, el sonido del derrumbamiento final. Jon continuó tirando y tirando, rasgando el paracaídas, como un acto reflejo. Miré a Lamar y había lágrimas en sus ojos.

—He desgarrado el paracaídas, capitán —manifestó Jon con voz baja y cautelosa, como si finalmente hubiera entendido que realmente podía morir—. Es culpa mía. ¡Vamos, vamos a coger otro paracaídas!

Pero estábamos demasiado abatidos. Tendríamos que subir de nuevo, y si lo hacíamos, se terminaría el combustible y todos moriríamos. En ese momento, apenas parecía importar. Decidí intentarlo. Corrí a la carlinga y me cogí al respaldo de la silla del capitán.

—Sólo otros cien pies, señor —indiqué—. Manténgalo así un par de minutos.

—Sabes matemáticas y conoces el lugar —dijo, volviéndose hacia mí—. ¿Cuál es el punto justo antes del campo?

—Solamente el bosque —expliqué.

Me vi estrellándonos contra los troncos de los árboles y explotando como una bola de fuego. Me vi planeando sobre sus cumbres y Jon saltando en paracaídas, empalándose en una rama.

La voz de Jon llegó por el interfono:

—Artillero de la torreta inferior a piloto —decía—. ¿Puede oírme, señor? ¿Ninguna idea todavía? Puedo ver los bosques de Manchester: debemos estar bastante cerca de casa ahora.

Me di la vuelta y tropecé con los otros; las lágrimas calientes en mis mejillas ni siquiera me turbaban. Lamar también estaba llorando.

Por el interfono, las voces del capitán y de Jake parecían mortales, inhumanas.

—Fijad el altímetro, dos nueve nueve dos.

—Dos nueve nueve dos, comprobado.

—¿Elevadores de bombas?

—Puestos.

—¿Refrigeración interna?

—¿No le vamos a contestar? —preguntó Jake.

El capitán estalló.

—¿Qué demonios quieres que le diga? ¿Gracias por el seguro? ¿Todos lo tenemos, pero tu póliza está agotada? ¡Refrigeración interna!

—Fría.

—Alerones de capota.

—Alerones de capota cerrados y bloqueados —dijo Jake.

—Aumentad la mezcla automática —ordenó el capitán.

Dentro de la torreta inferior, Jonathan estaba gritando:

—Vivía bien antes de la guerra y también durante ella. He visto Europa desde el aire. Tengo una esposa. He volado veintitrés misiones sin un arañazo. Así que no os preocupéis, amigos. Sobreviviré a ésta. Podéis apostar. ¿Sabéis cómo podemos ver nuestras propias muertes? Bien: sé que no se supone que vaya a morir de esta manera.

La torre nos estaba llamando ahora. Les había contado la historia y tenían un equipo de incendios preparado. Habían traído un sacerdote, ¡malditos sean!, y querían que yo le conectase al interfono. Primero rehusé, pero el mismo comandante lo tomó y dijo:

—Es una orden, sargento.

Una voz llegó por la línea, aflautada y lenta como miel en una cocina fría:

—Jonathan, soy el padre McKay. ¿Hay algo que pueda hacer por ti, hijo?

Odiaba al bastardo. Jonathan no necesitaba esto: últimos ritos, antes de que todo hubiera acabado. Él pensaría en algo; el capitán pensaría en algo. Además, Jon ni siquiera era católico.

Él contestó con frescura:

—No voy a morir, padre. Hay otros compañeros peores con los que podría usar sus oraciones. Mi número no está agotado. No sé cómo sé esto, pero lo sé. El capitán ideará algo antes que sea demasiado tarde.

Pero si Jonathan y yo no nos habíamos dado por vencidos, los otros sí. Hacían cola para dar a su cabeza el último frote de la suerte. Se arrodillaban y bajaban y él los llamaba a cada uno por su nombre y les dejaba tocar su cabeza; dentro, las caricaturas debían de haber estado tomando forma y disolviéndose como nieve en el agua; la cabeza, que podría partirse como un melón cuando el avión dejase caer su peso sobre él, aplastándole entre el fuselaje y la pista de aterrizaje. Habíamos visto la muerte antes y todos habíamos perdido amigos, pero esta vez era con mucho la peor, como ver no tanto tu propia muerte como la muerte de toda posibilidad. Era peor que si el avión con todos nosotros en él fuera a caerse.

Cuando fue mi turno, me arrodillé, extendí la mano y me arañé la muñeca en el metal. La raspadura me agradó. No pude mirarle.

—Static —dijo—, quiero que lleves a Liz a Estados Unidos contigo. Quiero que mi hijo nazca en California.

No contesté una palabra, algo que siempre he lamentado. Podía sentirle asiendo mi mano entre las suyas y luego la besó. La retiré como si me hubiera escaldado y marché con los otros lejos de la compuerta.

Lamar había quitado su crucifijo de la cadena de oro en la que usualmente lo llevaba. La foto de Betty Grable de Bullseye, arrugada y rasgada, era estrechada entre sus carnosas manos. Los galones de teniente de Dave no parecían que le estuvieran ayudando mucho mientras miraba a su hermano acariciar una pata de conejo como si fuera la lámpara de Aladino.

—Será rápido, ¿sabes? —explicó Lamar.

—¡Cierra el pico! —masculló Dave—. Sólo cállate.

Pero Lamar no había terminado:

—¿Crees que uno de nosotros debería...? Quiero decir si fuera yo, sé que querría uno de vosotros para... ¿Bullseye? Tú eres mi compañero, lo harías por mí, ¿verdad? ¿Static? Tú eres su mejor amigo, ¿no es así?

Bajé la mirada al 45 que colgaba en la pistolera de mi hombro; era cosa del reglamento, se suponía que daba un poco más de confianza si tenía que sacar de apuros tras las líneas enemigas. No la había disparado desde las prácticas de tiro durante el entrenamiento, la misma semana que nos enseñaron a saltar y recoger y caer como una bomba, por el aire hasta que era el momento de tirar de la anilla del paracaídas, pero la había limpiado religiosamente y el cargador estaba a punto para la acción. La empuñadura era dura, negra y fría cuando la tocaba.

Ahora venían voces de la radio, que había conectado al interfono. El capitán se dirigía a nosotros y a Jake, la torre indicaba números, el capellán o sacerdote o quienquiera que fuera hablaba, a veces al mismo tiempo, como si el mundo se estuviera acabando y las pausas razonables entre la conversación hubieran sido suprimidas de un plumazo porque no sobraba tiempo.

—Quiero que alguien tome posiciones de emergencia —ordenó el capitán—. Cuando toquemos tierra haré sonar la alarma y luego cada uno que salga de este infierno como pueda.

- *Luego vi nuevos cielos y una nueva tierra.* —Pensé en mi amigo observando aquel aterrizaje a su espalda; podía imaginar cómo sentiría yo el sudor en mis axilas, en mi pecho sin ninguna parte a donde ir hasta que estuviera bañado en sudor, las lágrimas que mis ojos estarían vertiendo, la forma en que habría debió palidecer mis palmas con las uñas, la presión en mi mandíbula mientras apretaba los dientes; y pensaba que no sería demasiado malo que todo fuera rápido—. *Los antiguos cielos y la antigua tierra habían desaparecido y el mar ya no existía* —entonaba el sacerdote.

En la carlinga, suponía que el capitán estaba mascando un cigarro y Jake estaba contando hasta veinticinco. Yo trataba de imaginar un aterrizaje sin peligro, pero mi mente seguía chocando con los duros hechos como cemento. Cogí el arma de la pistolera.

—Filtros del carburador —indicó el capitán, como si fuera parte de la letanía.

—Filtros puestos —contestó Jake.

—Presión hidráulica.

—Setecientas libras.

- *El Señor está contigo y con tu espíritu...*

—Turbos.

—Turbos puestos. Constante en curso. Mil doscientos pies, mil cien pies.

—Viento cero seis seis cero a dos cero a tres cero.

—Novecientos pies —recordó Jake—. Velocidad uno sesenta, ochocientos pies.

- *Yo también vi una nueva Jerusalén, la ciudad santa saliendo del cielo de Dios, bella como una novia preparada para encontrarse con su esposo.*

Pensé en Liz y recordé que ella *siempre* estaba allí para encontrarse con nuestro avión; tanto si regresábamos temprano o tarde, ella velaba en el campo de aviación. ¿Estaría ahora observando el aterrizaje con su marido colgando debajo del avión?

Tomé el 45 de la pistolera y lo cargué. Volábamos muy bajos ahora. Casi podía sentir el suelo silbando debajo de nosotros. Los motores empezaron a chisporrotear; el combustible se había terminado.

—Viento cero nueve cero de treinta a treinta y cinco —informó la torre.

—Setecientos pies —dijo Jake.

—Echadme una mano aquí —ordenó el capitán—. El timón más a la izquierda.

—Quinientos, corrigiendo para ir a la deriva.

—Un tercio.

—¿Más revoluciones por minuto?

—Dos mil doscientas —indicó Jake.

—Golpea otra vez —apremió el capitán.

La pistola pesaba.

- *Oí una fuerte voz desde el trono gritando: Ésta es la morada de Dios entre los hombres. Él vivirá con ellos y serán su pueblo y Él será su Dios que está siempre con ellos.*

Avancé hacia la torreta inferior hasta que sólo podía vislumbrar la parte de arriba de la cabeza de Jonathan; se había quitado la gorra, así todos podían frotar su pelo, y estaba despeinado, rizado y oscuro por el sudor. Levanté la pistola y volví la vista atrás, hacia Lamar y Bullseye, Dave y Sam; sólo Lamar me miraba con aprobación. Sólo otra pulgada; podía ver a Jonathan escribiendo en su cuaderno con frenesí, quizá una nota para Liz. Tendría que llevarla a casa conmigo; estaría con ella en California. ¡Al infierno con la ingeniería!

—Quinientos pies, señor, cuatrocientos cincuenta —señaló Jake.

—Levantando el morro —dijo el capitán—. Alerones de ala completamente extendidos. Máximas revoluciones por minuto.

—Alerones completos. Número dos temperatura de aceite en rojo.

—Demasiado tarde para preocuparme de esto ahora —arguyó el capitán.

- *Enjugaré cada lágrima de sus ojos.*

Y luego la voz de Jonathan venía del interfono, clara y segura:

—Capitán —dijo—. Inténtelo una vez más. Inténtelo otra vez por mí.

- *Y no habrá más muerte o duelo, llanto o dolor, porque el antiguo mundo ha*

desaparecido.

—Cien pies, capitán —puntualizó Jake—. Setenta y cinco, sesenta pies. Reduciendo la velocidad.

Benedict Arnold, pensé. La pistola temblaba en mi mano. Sentía la presión del gatillo en mi dedo. Cerré los ojos con fuerza.

—No puedo hacerlo —murmuré en voz baja—. No puedo hacerlo.

Retiré la pistola de la cabeza de mi amigo.

—¡Mierda! —exclamó Bullseye. Su voz era aguda y débil, llena de asombro—. ¿Quieres mirar eso? —preguntó.

Estaba observando fijamente el plexiglás del cono del morro del bombardero, como había hecho cuando el capitán le pidió un informe del estado del tren de aterrizaje. Retrocedió lejos y se santiguó, y yo empujé hacia delante y entré en tropel.

Incluso ahora lo encuentro difícil de creer, aunque me sucedió a mí, pero yo estaba allí y estoy diciendo la honesta verdad de Dios. Donde las ruedas debían haber estado, sólo había aquellos enormes neumáticos de goma, amarillos como un narciso, amarillos como *forsythia*, la clase de amarillo que sólo ves en los dibujos, sujetados al avión por aquellas delgadas patas de metal, con rayas blancas y rojas como el cilindro de una barbería.

Justo entonces tocamos tierra; podíamos sentir la solidez del suelo debajo de nosotros, pero fue el aterrizaje más suave que nunca hicimos, como si aterrizáramos en una almohada de espuma, como si la misma tierra estuviera hecha de goma. Vitoreamos y vitoreamos, las lágrimas corrían por nuestra cara; nos quitamos los gorros y nos abrazamos. Estábamos gritando como nunca habíamos gritado antes. Estábamos a salvo.

—¡Capitán, estoy viendo cosas! —gritó Bullseye por medio de su micro—. El tren está bajando, pero todavía estoy viendo cosas. Porque es, bien, es...

—Es un milagro —repuso el capitán.

—No sabe ni la mitad de esto —continuó Bullseye.

Saltamos del avión, tan rápido como pudimos, y el resto de la tripulación, que no había visto lo que Bullseye y yo sabíamos, se pararon en seco. Sam cayó de rodillas; Lamar puso el crucifijo en su boca. Dave caminó hacia delante como si estuviera hipnotizado, las manos extendidas hacia las ruedas. Casi tocó una, pero ésta se movió hacia él, se hinchó hasta encontrar sus dedos; se abrió y dejó salir a chorros una lluvia brillante de chispas, como polvo de oro, en el aire.

Miré fijamente a Jonathan en la torreta inferior. Estaba dormido, soñando o algo parecido. Tenía los ojos cerrados, y sus labios, torcidos en la más pacífica sonrisa que yo nunca he visto. Lamar llegó y empezó a golpear el plexiglás, pero el capitán le asió con firmeza por la chaqueta y le empujó hacia atrás.

—No le toques —ordenó—. Vamos a conseguir un soplete con toda rapidez. Separémosle de ahí. ¡Hazlo! No le despiertes. No le empujes ni una pulgada.

Sólo tardó un minuto. La llama azul del soplete oxiacetilénico inundaba la pista

de aterrizaje con chispas amarillas. Recortamos un agujero lo suficientemente grande para arrastrar a Jonathan fuera, que apretaba contra su pecho el cuaderno de dibujo. Luego le llevamos como un soldado herido fuera de la pista de despegue y le dejamos suavemente en la hierba de un campo cercano.

Miré atrás, hacia el avión. El *Frriendly Persuasion* estaba allí, a salvo después de su misión veintitrés, rasgado por la metralla y las balas. Parecía imposible que se sostuviera por aquellas inmensas ruedas amarillas, como gigantescos tubos, como rosquillas. Brillaban incluso en pleno día; sus bordes saltaban y corrían como si estuvieran vivos.

—¡Jonathan! —gritó el capitán—. ¿Puedes oírme? ¡Despierta, muchacho! Anímate. ¡Vamos, chico! ¡Anímate!

Daba palmadas a Jon en la cara, bastante fuerte, y él se crispaba; sus ojos parpadearon una vez y luego se abrieron.

Detrás nuestro oímos el sonido de metal al romperse. Di la vuelta a tiempo para ver los cilindros de barbería y las ruedas amarillas oscilar y desaparecer, y el cuerpo del B 17 cómo se estrellaba en la pista de aterrizaje con enorme estrépito. La torreta inferior se hizo añicos y montantes de aluminio y trozos de plexiglás volaron por el aire.

—¿Qué ha sucedido? —tartamudeó Jonathan—. ¿Lo hicimos?

Bajé la mirada para observar a Jonathan, tendido allí. Tenía la cara pálida y los labios y el mentón los cubría sangre todavía seca. A través de la pista de despegue podía ver a Liz corriendo hacia nosotros. En el cuaderno de dibujos, aún sobre su pecho, había una caricatura del *Friendly Persuasion* con su fuselaje rasgado y abollado, sus hélices farfullando. Y donde el tren de aterrizaje debería haber estado, los suaves rayados del cilindro de barbero sobresaliendo y terminando en enormes, remendadas, bulbosas ruedas amarillas, como rosquillas.

—¿Cómo hizo esto, en nombre de Dios? —exclamé.

—¡Eh! —prorrumpió Jake—. Ha tenido muchísima suerte...

—Ha tenido mucho talento —rectificó Bullseye.

—Ha tenido mucha imaginación —terció Sam—. Toda la maldita imaginación.

Y luego, uno por uno, empezando por el capitán, todos, cada uno de nosotros, nos agachamos y acariciamos el pelo de Jonathan.

Vanesa en el jardín

—No puedo estar quieta ni un momento más —dijo Vanesa—. Me pica la espalda.

La punta del pincel, brillante de rojo, se detuvo ante el lienzo, y Byron Sullivan trasladó su atención a su mujer, mientras ella permanecía inmóvil y elegante con el jardín como fondo. Era pleno verano en New Hampshire y las rosas de largos tallos, rojas y amarillas, rodeaban a Vanesa como si fuera una princesa entre una multitud de sirvientes. Al igual que siempre, él estaba asombrado de su belleza; a los dieciocho años parecía preparada para llegar a ser una persona espiritual. Su pelo rubio lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza, peinado según la moda general de fines del siglo XIX, que tanto le favorecía. El suave rubor que había teñido sus mejillas al estar posando parecía un borroso espejo de las rosas que había en la cinta blanca de su vestido. La sombra del parasol caía con elegancia a sus pies como un pequeño charco de tierra oscura.

—Entonces sugiero que te rasques —repuso él.

—No llego. Es en la región lumbar.

—Trata de no pensar en ello —murmuró él, mirando el lienzo.

—No puedo *no* pensar en ello —continuó Vanesa.

—Entonces piensa en otra cosa —contestó él—. Casi he terminado.

—Dime en qué pensar —insistió Vanesa—. O me volveré loca...

Necesitaba que permaneciera quieta todavía otros diez minutos. La luz que casi había captado nunca sería la misma. El lienzo, salpicado de sol, alegre con los rojos y amarillos de las rosas, era uno de los mejores que había hecho, luminoso y misterioso. Había captado de algún modo —incluso él podía verlo— no sólo a Vanesa, sino su esencia y el espíritu de las rosas. Estaba seguro de que en diciembre el lienzo inundaría cualquier habitación en la que colgase con el dulce y embriagador olor del verano. Pero más que esto, él sabía que cualquiera, al ver el cuadro, se alegraría y sabría que estaba pintado no con pigmentos, sino más bien con amor. Continuó pintando, tratando de distraerla del picor.

—¿Dónde estabas, por ejemplo, hace un año en este mismo momento?

La expresión de Vanesa cambió de su calma un poco afligida en regocijo.

—Sabes perfectamente dónde estaba —dijo—. Estaba contigo.

—¡Ah, sí! —exclamó él. Sólo unos pocos minutos más. El parasol necesitaba sombra; no había logrado la luz exactamente adecuada—. Me parece recordar...

—¡Te *parece* recordar!

—Nada demasiado específico —arguyó él—. Un vago recuerdo. —La miró y sonrió—. De todos los gloriosos momentos sin excepción.

Ella parecía haber olvidado su picor.

—Cuéntame —dijo.

Byron sintió como si la pintura blanca flotara desde su pincel a las varillas del parasol, y podía ver que había captado la luminosidad del sol sin su aspereza.

—Te veo de madrugada con el pescador en las orillas del Sena. Te veo de pie, bajo el sol, en el Arco de Triunfo. Y te veo leyendo en las Tullerías mientras los niños juegan a tu alrededor.

Ahora retocaba los pliegues de su vestido, los ojetes de encaje y la sombra que proyectaban.

—¿Qué estaba leyendo? —preguntó ella.

—Eso no lo recuerdo.

—¿Y por qué no? —indicó Vanesa.

Por un momento él tuvo miedo de que la cara de ella pudiera manifestar el mohín de su voz, pero continuaba mirándole serenamente como si aquella posición todavía no fuera una tortura.

—Porque, mi querida Vanesa, todo lo que en realidad recuerdo de París eres tú. Ni los libros, ni los juegos, ni incluso los cuadros. Sólo tú.

Vanesa sonrió y fue como si el sol de pronto empezara a brillar. Él retrocedió y examinó críticamente el lienzo: quizá era tosco por los bordes, pero había captado ese momento, el juego de sol y sombra, los colores cantando unos con otros, como si el cuadro tuviera una voz y fuera la de Vanesa.

—Te puedes rascar —dijo—. Puedo terminar el resto sin tu ayuda. Ven a ver.

Dejó caer el parasol en el suelo, donde rodó entre las rosas. Luego, con el primer movimiento desgarbado que había hecho ese día, extendió el brazo y trató de frotarse la espalda.

—Ven aquí —se ofreció—. Te rascaré yo.

Ella se colocó junto a él. Llevaba consigo el olor de las rosas, las doradas monedas salpicadas por la luz del sol. Él deslizó los dedos de su mano arriba y abajo de su columna vertebral, mientras ella estudiaba el cuadro. Podía sentir su respiración.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿No te gusta?

Vanesa se volvió hacia él y le lanzó los brazos a su alrededor.

—¡Oh, Byron! —dijo—. Es perfecto. ¿Soy tan hermosa?

—No te he hecho justicia —susurró, y quería decir esto.

Byron siempre disfrutaba visitando a Teddy Shearing y a su mujer Eva. Aunque ellos eran de una generación anterior —Teddy había nacido antes de la guerra civil—, Byron sentía como si los conociese de toda la vida, y desde que Teddy se había convertido en su tratante y agente, su amistad, lejos de disminuir y convertirse en una relación profesional, había aumentado. Teddy era como un padre para él, y aquí, en New Hampshire, donde los grupos de gente más joven eran realmente escasos, su confidente más íntimo. Mientras se acercaba a casa de los Shearing, oyó voces y, al

dar la vuelta a la esquina, vio a Teddy y Eva jugando a *badminton* con una pareja que no reconoció. Todos de blanco, los cuatro voleaban y gritaban afablemente; Byron vio cómo Teddy subía a la red y con un golpe por alto hizo llegar el volante exactamente dentro del límite posterior.

—¡Bien hecho, Teddy; bien hecho! —dijo Byron, y sólo entonces las cuatro personas se fijaron en él.

—¡Byron! —exclamó Teddy—. ¡Qué alegría verte!

—No está mal para un viejo bribón —bromeó Byron. Después Eva se acercó a él y Byron tomó su mano y se la besó—. Eva, estás preciosa, como siempre.

Eva se ruborizó, algo que le sucedía a menudo.

—Byron —dijo ella—, eres encantador, como siempre.

La otra pareja estaba de pie delante de ellos y Eva se puso a un lado.

—Doctor y señora Edward Northrope, ¿puedo presentarles a nuestro buen amigo Byron Sullivan?

—¿El joven pintor impresionista del que Teddy nos ha hablado tanto? Dice que eres genial —manifestó la señora Northrope.

—Es mi agente —repuso Byron.

—¿Cuándo tendremos la oportunidad de ver su trabajo, joven? —preguntó el doctor Northrope.

Llevaba gafas con montura de oro; detrás de ellas sus ojos brillaban como el carbón.

—Yo... yo creo que es mejor que Teddy conteste a esto.

—A su debido tiempo —respondió Teddy.

Hubo una pausa que empezó a hacerse incómoda, pero Eva los salvó.

—Se me ha abierto bastante el apetito —dijo—. ¿A alguien le apetece el almuerzo o deberé comérmelo todo yo sola?

—Creo que me vendría bien un bocado —terció el doctor Northrope.

—Entonces, ¿por qué no pasamos a la casa? Byron, ¿te unirás a nosotros?

—Me encantaría —adujo Byron.

—Estaremos con vosotros en un momento, querida —indicó Teddy—. Me gustaría hablar unas palabras en privado con Byron.

—No estéis demasiado rato, Teddy —apremió Eva—. O no puedo prometer que quede algo de comida.

Byron le guiñó el ojo, lo que la hizo ruborizar otra vez y sonreír, y estrechó las manos de los Northrope antes de que los tres se volvieran y se fueran a través del césped color esmeralda. Teddy tomó el brazo de Byron como si fueran compañeros de clase en Oxford, y los dos pasearon hacia un complicado mirador que los Shearing habían construido bajo un impresionante viejo castaño. Teddy tenía noticias para él, Byron lo sabía; siempre parecía imperturbable y hastiado cuando trataba de no parecer excitado.

—¿Cómo está nuestra encantadora Vanesa? —murmuró distraídamente, mientras

sus ojos exploraban las ramas del árbol buscando las verdes vainas en forma de cuerno de las castañas.

—Muy bien, gracias —contestó Byron—. No puedo decirte lo feliz que me hace.

—Ya lo sé, ya lo sé —continuó Teddy—. Es maravilloso tener tu edad, con tu buena salud, en la cumbre de tus facultades. Nunca te he visto con mejores ánimos o más productivo en tu trabajo.

Byron no pudo aguantar más.

—Me han dicho que querías verme —urgió.

—Tengo algo para ti.

Teddy sacó un sobre y se lo alargó a Byron.

—¿Qué es esto?

—¿No sabes leer?

- *Theodore Shearing le invita cordialmente a la presentación de las nuevas obras de Byron Sullivan, el 17 de agosto en la galería Colman, Nueva York.*

—Estás a punto para una exposición importante, chico. Enhorabuena.

—Pero, Teddy, ¿la galería Colman...? Whistler ha expuesto allí. Y Sargent, y Cassatt...

—Y pronto Byron Sullivan, un importante nuevo talento. Ya tengo un anticipo por la mitad de tu obra. Siento decirte que serás muy rico, famoso y admirado.

Los oídos de Byron estaban ansiosos, y podía sentir que empezaba a temblar.

—Se lo voy a decir a Vanesa —dijo.

Abrazó a Teddy y bajó de un salto de la plataforma del mirador, casi resbalando en su prisa y emoción.

—Cuidado, Byron —le aconsejó Teddy—. Vamos a tratar de mantenernos vivos.

Mientras corría a través del césped, dijo gritando por encima de su hombro:

—Da mis excusas a Eva. Lo siento.

Oyó la débil voz de Teddy flotando tras él.

—Totalmente de acuerdo. Lo comprendemos.

Sabía que era verdad que entendían lo de Vanesa.

Más tarde, incluso después de que la conmoción inicial y el horror hubieran desaparecido, Byron tenía problemas en reconstruir el resto del día. Había corrido sin aliento hasta su caballo y galopado hacia su casa para descubrir a Vanesa en el piano, interpretando a Brahms. Ella le parecía casi irreal, como su buena suerte doblada y triplicada ante él, con la libertad y espacio para aplicar su talento, teniendo a Teddy como agente y sobre todo teniendo a Vanesa como su musa, su amante, su esposa. No se lo podía decir en seguida, sino que le dio complicadas excusas, ridículas explicaciones. Alquiló un carruaje y, aunque la noche era lluviosa y azotada por el viento, fueron a la posada Derby a comer faisán relleno de huevos de codorniz, arroz silvestre y una botella del mejor champaña francés. Y luego, con las velas derritiéndose a su alrededor, se lo contó. Podía recordar, y siempre lo haría, qué

grandes se habían vuelto sus ojos, cómo había cubierto su boca con sus manos enguantadas, cómo ella dijo:

—Ahora el mundo entero sabrá lo que yo sé.

Marchaban completamente mareados y un poco borrachos en el camino de vuelta a casa, y el sonido de sus canciones casi ahogaba la lluvia y los ásperos juramentos del conductor del carruaje. Pero no tuvo efecto sobre la súbita sacudida que sintió cuando el caballo se apartó, asustado por un árbol caído, y las ruedas de madera resbalaron de lado en el barro y el carruaje volcó por un barranco. Fue entonces cuando las cosas se le volvieron especialmente borrosas. Recordaba sangre en su camisa almidonada, pero ¿era suya o de ella? Y ¿esa herida roja en la serena frente de su esposa? ¿Cuándo los cánticos se habían convertido en gritos?

En el funeral de Vanesa todos le decían cosas amables, pero él no escuchaba a los enlutados que pasaban por delante de él diciendo vanas palabras de consuelo, preguntando si había alguna manera de ayudar; no comió nada de la comida que Teddy y Eva le habían preparado. No podía recordar a nadie de aquella gente cuyas manos había apretado. Apenas recordaba a Teddy diciendo finalmente:

—Vamos a llevarte a casa. Tu sombrero, Byron.

Recordaba que miró su sombrero como si nunca lo hubiera visto antes: ¿qué se hace con este objeto de extraña forma? ¿Se juega con él? ¿Se cuelga de la pared?

Teddy tuvo que buscar la llave en su bolsillo, que abrir la puerta y finalmente hacerle sentar. Se quedó vagabundeando de habitación en habitación buscando a Vanesa. Parecía estar corriendo delante de él como en algún sueño frustrado, siempre precisamente fuera de la vista. Pero era evidente que ella estaba en la casa; había rastros de ella por todas partes; las margaritas, botones de oro y claveles en el jardín, cerca de la ventana principal; las rosas en el jardín detrás de la casa, su chal rasgado y lleno de fango... Byron lo cogió, como si fuera una clave para él, pero Teddy lo arrancó con suavidad de sus manos y le hizo sentar.

—Una tragedia como ésta... —empezó Teddy y se interrumpió.

—Sucedió con tanta rapidez —murmuró Byron.

—Sin tiempo en absoluto para preparar —dijo Teddy—. Byron...

—Un minuto antes estábamos aquí, y luego la iglesia, y ahora estamos de vuelta de nuevo. Tienes que ayudarme a encontrarla, Teddy.

Byron se levantó y caminó hacia la sala de estar. Docenas de lienzos llenos de imágenes de Vanesa estaban apoyados en la pared. En el caballete había una carpeta de dibujos que Byron quitó de un manotazo, cada hoja con otro dibujo a carboncillo de ella.

—Vete a casa, Teddy —indicó—. Tienes tu familia que cuidar.

—Ella está viva en estos cuadros, Byron. Siempre estará exactamente como la viste. Nunca tendrás que sufrir porque esté enferma o envejezca. Nunca tendrás que vivir sin ella.

—Vete a casa, Teddy —repitió Byron.

—Quizá deberías venir conmigo —se ofreció Teddy—. Eva estaría feliz de tenerte con nosotros.

—¿Temes por mí, Teddy? —inquirió Byron suavemente, apartando la vista de Vanesa—. ¿Temes que no haga mi inauguración en Colman? Recuerda: un artista es siempre más valioso muerto que vivo.

—Ésta es exactamente la clase de observación con poco sentido que me preocupa —repuso Teddy—. ¡Por Dios, Byron! Siento lo de Vanesa, todos lo sentimos. ¿No lo entiendes? Pero Vanesa ahora está muerta y tú no. Y el mes próximo mostrarás a Pissarro, Cézanne y Manet que la pintura norteamericana es algo más que simplemente otro paisaje del valle del Hudson, más que otro retrato de George Washington cruzando el Delaware.

Byron sonrió tristemente:

—Vete a casa. Estaré bien. Sólo quiero estar solo con ella, ¿entiendes?

Caminó vacilante hacia una pequeña arca de caoba colocada bajo una ventana, abrió de par en par las puertas y sacó una botella de vodka.

—Eso no te ayudará —le reconvino Teddy.

—Déjame solo durante unos días, ¿quieres, Teddy? ¡Déjame que haga lo que tengo que hacer, por favor!

Incluso antes de que Teddy se hubiera ido, Byron empezó a arreglar los cuadros que estaban contra la pared y los apoyó en los estantes de la biblioteca, en el caballete y luego rodeando su silla. Dondequiera que mirara veía a Vanesa. Inclino la botella de vodka y tomó un largo y profundo trago.

Las caras inclinadas sobre él eran borrosas, revueltas, como si fueran aguas tragadas por un desagüe. La cabeza le dolía horriblemente. ¿Qué había sucedido? Lentamente empezó a distinguir a Teddy y a la figura vestida de negro de un hombre que sólo podía ser un médico. Con él estaba un ángel todo de blanco. ¿Una enfermera? ¿Se había caído y partido el cráneo? Luego recordó que había amontonado los cuadros, derramado el vodka, encendido una cerilla. Gimió y se dio la vuelta. El médico estaba hablando:

—Se curará, señor Shearing. Un caso de melancolía no del todo extraño en una situación como ésta. Necesita reposo en cama y después, si se me permite decirlo, pienso en unos meses en un sanatorio. Necesita desviar su atención, ¿comprende? No necesita ninguna medicación que yo pueda recetarle. Es su alma la que necesita arreglo.

Oyó cerrarse la puerta y a alguien que se acercaba al lado de su cama. ¿Era Vanesa? Se volvió: Teddy le estaba mirando.

—¿Qué has hecho? —inquirió Teddy: su voz no mostraba emoción ni compasión.

—Estaba borracho y...

—Lo he anulado todo: los críticos, los compradores. He tenido que cancelar las invitaciones. —Abrió las manos descubriendo una mancha negra de cenizas.

Byron trató de incorporarse y no pudo. Cerró los ojos ante las cenizas, ante Teddy.

—Sabía lo que estaba haciendo —dijo.

—Importa muy poco ahora. Sólo da gracias a Dios que no te lastimaras. Una vez que te hayas recuperado podrás empezar a pintar de nuevo.

—No lo creo, Teddy. Nunca estaré dispuesto a pintar de nuevo.

—¡Oh, qué va! Esto precisamente no parece digno de ti: esa rabieta por compadecerte de ti mismo...

—No me compadezco de mí mismo. Es... Todo lo que me obligaba a pintar murió cuando Vanesa murió.

—Byron, escucha: el doctor Lodge dice que te encontrarás mejor después de descansar. No tomes más decisiones precipitadas. Sé de lo que eres capaz. No tienes elección en el asunto; esas aptitudes no son tuyas para encenderlas y apagarlas como una linterna.

—Quizá tengas razón, pero no lo creo, Teddy. De todos modos, como dices, necesito más tiempo. Déjame durante un rato.

Teddy se detuvo ante la puerta; su cara estaba muy sombría.

—Siento decirte esto, Byron, pero creo que es verdad. Dos excelentes personas han muerto hoy. De las dos, tú eres la pérdida más grande.

Cerró la puerta con tanta brusquedad que sacudió el marco de madera. Byron miró fijamente el hueco de madera durante algún tiempo, vacío como todos los lienzos del mundo.

Cuando estaba borracho era más fácil creer que Vanesa se había ido a pasear, a montar a caballo o que estaba visitando a Elsa Scott en Derry. Guardaba sus cosas por todos lados, como si pudieran atraerla de la muerte. Pero a medida que los meses transcurrían, su aplastante ausencia permanecía y tomó más y más alcohol para ahogar esa idea. Byron, antes aficionado al amontillado o al oporto, pronto encontró que su sabor era de mucha menos importancia que la pérdida del conocimiento. Se convirtió en una tarea que emprendía con gran seriedad cada mañana. Prosiguió su camino en el insomnio y llegó al bourbon. Las rosas se marchitaron y desaparecieron, los crisantemos también, y el encaje de la reina Ana se volvió marrón en los campos de New Hampshire, donde había paseado con Vanesa. Cuando cayó la nieve era un completo borracho. Y no había empezado a pintar de nuevo.

Una tarde, sin afeitarse, despeinado, sucio y desesperado —la última botella de bourbon se había acabado media hora antes—, continuaba en una loca búsqueda por la casa, sacando la ropa de los cajones, la batería de cocina de los estantes y la ropa blanca del armario ropero del vestíbulo. Luego recordó vagamente que había escondido una botella de algo en su estudio, la única habitación en la cual casi nunca entraba. Abrió vitrinas y cajones, esparciendo tubos de pintura y pinceles a su alrededor, y en su prisa tiró la botella que estaba buscando. Cayó al suelo, y el

corazón de Byron se paró. Al caerse golpeó en una alfombra acolchada y, en vez de hacerse añicos, empezó a rodar por el suelo un poco inclinado, yendo a parar ante un montón de lienzos.

Algo en el montón llamó su atención. Mientras rebuscaba entre los lienzos encontró el cuadro de Vanesa en el jardín: alta, elegante e indeciblemente bella entre las rosas rojas y amarillas de largos tallos. Llevó el retrato, moteado por la luz del sol, a la sala de estar, donde aún permanecía el caballete vacío. El olor del verano flotaba en la habitación. Byron contuvo el aliento y entonces el dolor que él había podido aliviar volvió lleno de fuerza. ¿Cómo podría continuar sin ella? Encontró una caja de cerillas y encendió una, pero se rompió en su mano temblorosa. La segunda cerilla se apagó antes de que pudiera llevarla al lienzo. Abrió la botella de bourbon, tomó un gran trago y la tapó; mientras encendió la tercera estaba tan desequilibrado que la caja entera cayó al suelo, desparramándose las cerillas por todas partes.

Cayó en una silla, sollozando y llamando a Vanesa, que permanecía todavía entre las rosas, sujetando su parasol como si captase su voz pero no prestara atención.

—Te necesito —sollozó Byron—. Te necesito aquí conmigo. Vuelve a casa, Vanesa. ¡Por favor, vuelve a casa!

Y luego su medicación hizo efecto; como cada día durante meses, Byron Sullivan se desmayó.

Cuando se despertó era por la mañana, y, mientras buscaba a tientas la botella, se quedó paralizado por el asombro. La luz del sol de invierno fluía a través de las ventanas y podía jurar que oía piar de pájaros. La habitación estaba llena de olor de rosas, un olor casi sofocante por su intensidad. Contempló la habitación tratando de concentrarse. Dondequiera que miraba había botellas de bourbon vacías en posición vertical, medio llenas de agua clara, y cada una sostenía media docena de rosas rojas de tallo largo, recién cortadas. Rojas y amarillas, parecían más llenas de vida que cualquier cosa que nunca hubiera visto, tan brillantes que los colores hirieron sus ojos. Se levantó con dificultad y dio un traspie hacia el caballete. Puso su cara tan cerca del lienzo que sus labios casi lo tocaban.

No había rosas en el lienzo, sólo cientos de tallos cortados. Y alrededor de ellos, el jardín, un bosque de álamos bajo un cielo brillante.

—¡Vanesa! —gritó, porque ella no estaba en ningún lugar visible.

Dio la vuelta mientras su corazón empezaba a latir a ritmo acelerado, sintiendo una presencia detrás suyo. Casi con miedo de mirar, fue a la contraventana que daba al jardín.

Dando vueltas al parasol que sostenía el pasado verano, Vanesa estaba de pie, elegante, alta, llevando el vestido de encaje adornado con cintas y cálida como el verano ante el severo paisaje invernal. A través de las ventanas la llamó y ella se volvió, descalza como siempre, y sonrió. Abandonó la habitación, tirando la banqueta del piano en la que se habían sentado tan a menudo, e irrumpió a través de la puerta

trasera. Corrió al lugar donde la había visto, y entonces se dio cuenta de que estaba debatiéndose en montones de nieve con sus pantalones viejos. El aire invernal hirió su garganta cuando hizo una profunda respiración. Estaba solo, ni pájaros, ni parasol, ni pisadas en la nieve, sólo el áspero gemido del viento. Se volvió, helado hasta el corazón, y corrió de vuelta a la casa. En el salón, las rosas habían desaparecido. Las botellas vacías de licor yacían esparcidas por el suelo. El cuadro de Vanesa, como si nunca se hubiera movido o cambiado, estaba en el caballete, en silencio.

Sucedió otra vez. Al día siguiente, afligido al encontrar la partitura de Brahms que ella estaba tocando el día que él volvía de casa de Teddy con las noticias, la encendió y llevó al salón, resuelto a quemar el cuadro. Pero ella no estaba en el lienzo, había huido de nuevo, esta vez dejando las rosas tras de sí, y cuando echó una ojeada, captó un reflejo en el espejo de la pared. Se volvió y ahí estaba ella, en el jardín, dando vueltas al parasol, con nieve hasta las rodillas. Levantó una silla y la tiró por la ventana gritando:

—¡Vanesa, ya vengo!

Pasó a través del cristal roto al paisaje invernal. Esta vez estaba pendiente de ella y, mientras él se acercaba, ella empezó a desaparecer, como una de esas fotografías modernas al revés. Su corazón latió con violencia en su pecho, y su voz era desesperadamente tranquila.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó—. ¿A dónde vas? ¿Estás en alguna parte por aquí perdida, o soy yo quien está perdido? —La nieve se amontonaba delante suyo, empujada por el inútil viento—. Debo de estar loco —dijo.

Detrás suyo, atrapada en el lienzo, Vanesa permanecía serena.

Aquella noche, a las tres, se despertó por la estridencia de una carcajada. A su alrededor la casa estaba oscura como boca de lobo; se puso en pie y fue dando traspiés al vestíbulo. La puerta del dormitorio estaba cerrada, pero un brillante haz de luz se filtraba por debajo de ella. La abrió con violencia y fue bañado por la luz del sol que fluía por la ventana a través del suelo, iluminando a Vanesa, que estaba sentada, acurrucada en el blanco sofá de mimbre y leyendo un libro que evidentemente la deleitaba. Detrás suyo la noche era oscura como lo son todas las noches. Se movió hacia ella, pero mientras lo hacía Vanesa empezó a brillar y desaparecer. Asustado por perderla, se detuvo. La escena era tan familiar, aunque tan extraña, que tardó un momento en recordar.

—Un día de verano —dijo.

Se volvió, la abandonó con su lectura y corrió hacia la oscuridad.

Encontró una vela y la encendió y, usándola para guiarse, empezó a subir lentamente la escalera de caracol hacia el segundo piso. Abrió de golpe la puerta de la primera habitación a la que llegó y luego la puerta del armario ropero, pero no encontró lo que estaba buscando. Continuó por las otras habitaciones, y luego, con frenesí, se encaminó al ático helado y oscuro, lleno de cajas y libros.

Finalmente lo encontró: un lienzo brillante pintado en blancos y beiges, marrones y dorados, un estudio de la luz del sol y el parquet, un retrato de Vanesa acurrucada en un sofá de mimbre leyendo un libro. Lo había guardado porque iba a ser una sorpresa para ella, y luego lo había olvidado, mientras quedaba sumergido entre otros lienzos, otros retratos de ella. Apagó la vela y se limpió el sudor de las mejillas. Sosteniéndolo como un escudo, emprendió la bajada, seguro por fin de lo que tenía que hacer.

Aunque la asistencia era sólo por invitación, la exposición de Byron Sullivan en la galería Colman estaba tan concurrida que era difícil ver los cuadros. Todas las otras obras habían sido trasladadas para este acontecimiento, y aun así las paredes estaban llenas. Aunque no se hiciera caso de la gente que allí había, aunque se dedicara todo el tiempo a ver los cuadros, era difícil verlos todos. Sin embargo, el esfuerzo valía la pena.

Porque la reciente obra de Sullivan excedía a la entusiasta publicidad que se había estado montando durante meses. Era junio, e incluso el aire de Nueva York estaba cargado con el olor de rosas y madreSelva. Y era difícil saber si los olores eran naturales, o el resultado de la impresión agobiante que daban los cuadros.

Aquí había impresionismo con una diferencia: junto con el juego de luz y el sonido del color, estos cuadros tenían un tema: el artista y su mujer. En uno, Sullivan y la difunta Vanesa Winthrop paseaban de la mano por un jardín de rosas. En otros permanecían abrazados contra el tronco de un roble, mientras a su alrededor el viento y el sol azotaban la alta hierba hasta convertirla en espuma. Se los podía ver en Venecia, en Roma, pero sobre todo en y alrededor de su casa cerca de Derby, New Hampshire. Había cuadros de una intimidad casi intolerable; en uno el artista, de pie detrás de su mujer, se pintaba a sí mismo, mientras los dedos de ella se movían sobre las teclas de un gran piano, y la proximidad de los dos, la ternura con la que las manos de Sullivan se posaban sobre el pelo de Vanesa Winthrop, casi hacía dudar de los amores que habían tenido. En otro, un lienzo algo descarado, la pareja estaba entrelazada entre las sábanas enmarañadas de una cama de cobre.

El artista estaba con su antiguo amigo y agente Theodore Shearing, un poco aturdido por la unanimidad de la acogida de la crítica.

—Nunca te había visto con tan buen aspecto, chico. Te has recuperado como esperaba que harías. Pero dejando tu salud por un rato, esto es nada menos que un milagro —declaró Shearing.

—Es un milagro —remachó Sullivan.

—Esta repentina profusión, ¡Dios mío!, es simplemente desconcertante.

—Pero tú mismo lo dijiste el día del funeral —repuso Sullivan—. Ella vive en mi obra.

Shearing se acercó a él y murmuró:

—Serás sumamente rico, Byron. Espero que no dejes que el dinero reprima tu

pasión por crear.

Sullivan sonrió y tocó a su amigo con el codo.

—No necesitas preocuparte por esto —dijo—. Ninguna suma de dinero podría impedirme hacer lo que tengo planeado.

Quizá el cuadro más curioso de la exposición era uno en que el espectador, si no tenía cuidado, podía encontrarse perdido. Parecía ser una representación impresionista del mismo lugar en el que estaba. Era un lienzo de una galería de arte llena de gente, cubierta con cuadros de cuadros suyos. El artista se veía bastante claramente en el lienzo, de espaldas al espectador, y miraba fijo el cuadro de sí mismo, observándolo de hito en hito, como en una galería de espejos. Detrás de él, en todos los cuadros y los cuadros de los cuadros, estaba una misteriosa mujer vestida de negro con un velo, con un sombrero de rosas rojas y amarillas. Si se la miraba fijamente mucho rato, parecía que se movía, iba cerca de Byron y tomaba su mano.

El viaje de la Culpa

Me gustaría explicarme. Me haría feliz contaros la historia de mi vida y toda esa clase de porquerías si realmente estuvieseis interesados en ello; en primer lugar, sé que a muchos de vosotros os importa un bledo, aunque lo disimuléis; y, en segundo, no sé demasiado bien quiénes fueron mis padres. He intentado hacer algunas indagaciones, como haría cualquier chico adoptado, pero cuando se viene de una familia de emociones tan grandes como la mía, es difícil ordenar cada cosa. Podéis decir que mi padre es pariente de la Envidia y mi madre del Dolor. Entonces de nuevo podéis decir que mi padre era el Conocimiento del Bien y mi madre la Obra del Mal. Pero creo que es bastante más complicado que todo esto, y además no viene al caso.

Soy la Culpa, ¿sabéis?; y aunque muchos de vosotros no me reconozcáis al verme, apuesto a que por ahí no hay muchos que no hayan oído mi voz en su oído o sentido las ásperas puntas de mis dedos cosquilleando los pelos de la nuca. Y muchos de vosotros habéis estado despiertos en la oscuridad, con los corazones latiendo con violencia, en larga e íntima conversación conmigo. Bien: para aquellos de vosotros que necesitéis una incitación silenciosa para ir a lugares públicos, eso también puede arreglarse.

Como Larry Minsk. ¿Puedes oírme, Larry? Estabas la otra noche en el restaurante Schooners, sentado solo ante una mesa del fondo, como siempre —por qué frecuentas este sitio nunca lo sabré—; hay muchos agujeros de alfileres y dibujos enmarcados de coches antiguos, acres de rubia madera de polietileno muy brillante y, colgando por encima de la cabeza, un toldo de plantas y helechos, siempre haciendo cosquillas en el cuello cuando pasas cerca. Comías el plato Gran Chico, un trozo de dieciséis onzas de costillas de primera calidad, y te comías toda la grasa, ¿verdad Larry? Y pediste mantequilla y salsa amarga para las patatas al horno. Incluso intentaste tomarte una botella entera de un cabernet Stag's Leap muy famoso. ¿Quién sabe qué habrías hecho si yo no hubiera llegado a tiempo?

Me gustó mucho el aspecto de tu cara —mis hermanos Miedo y Gula debían de estar reventando sus botones—. Cuando ese simpático y joven camarero quitó la pesada tapa plateada de la fuente de los postres, ahí estaba yo, en miniatura, justo al lado del pastel de queso y fresas.

—¡Hola! —dije—. ¿Quieres hablar de obesidad?

—Suelta mis dulces —ordenaste tú, Larry, viejo perro, y me golpeaste como si fuera una mosca.

—¿Irás a Florida este invierno? —te pregunté—. ¿Cómo crees que te meterás en tu traje de baño? Sólo puedes pedir una gran cantidad de rayón.

—Sólo daré un mordisco —imploraste—. Todo lo más dos.

Fue entonces cuando hice mi pequeño número flameante, como una *crêpe*

Suzette, enviando lanzas de fuego de mis dedos, chispas de las plantas de mis pies, hasta que recuperé mi estatura normal (aunque no tan alto como tú, Larry), y me senté a tu lado ante la mesa. Habías engordado desde la última vez que traté de que adelgazaras.

—Piensa en los que no tienen hogar en América —continué—. Piensa en África. Piensa en los pobres niños muriéndose de hambre en Asia. No es una broma.

—Necesito mi fuerza —contestaste.

Era el momento de empezar a insultar.

—Estás gordo, Larry —proseguí—. Te has de sentar por turnos. —Cuando nuestra pelea tuvo como resultado el pastel de queso volando al suelo y tú saltaste tras él, inquirí en voz muy alta—: ¿Cuántas calorías has ingerido en la cena? Déjame contarlas.

La próxima vez espera a mi hermana, Vergüenza.

Después me senté en tu pecho, tratando de sujetar tus manos mientras tú te retorcías angustiado, sacando esa enorme lengua que tienes hacia el pastel de queso.

—Los cerdos son unos de mis animales favoritos —dije—. Por eso nunca te llamo cerdo. ¿Te das cuenta de que mientras tú estás aquí tu madre está en una clínica de reposo comiendo sólo gelatina? —susurré en tu oído.

—Está bien —indicaste—. Está bien.

Estabas agotado entonces por supuesto, pero supongo que serás fiel a tu resolución de no comer nada más que hierbajos y fruta, o volveré. Sabía que había hecho mi trabajo, porque cuando me fui, Larry, estabas sentado de nuevo a la mesa rechazando el café, rechazando las pastillas de menta. Tu cara era más larga, tus ojos más tristes; estabas a punto de caer en esa clase de depresión que fortalece el carácter.

¿Te parece divertido? Tengo todas las cosas que siempre has querido, ¿verdad? Si fueras yo, serías poderoso, podrías cambiar de tamaño y podrías encender tu cigarro con los dedos, eso en el caso de que ignorases la advertencia del cirujano y no te importara dejar huérfanos tras de ti.

Pero piensa esto un momento. ¿Cómo te sentirías si todo lo que hicieras cada minuto de cada día se estropeará por las bromas de la gente? Imagínate esto: entras en un bar a hacer tu trabajo, tranquilo, silbando una melodía de Cole Porter y llevando tu nueva gabardina London Fog. Tienes buen aspecto, haces que las caras de la gente sonrían. Pero ¿qué sucede? Uno a uno, mientras pasas, los cigarrillos se van apagando; la pareja del rincón que celebra su aniversario para de besarse y decide *no* pedir el champaña y solicita un vaso del vino de la casa. La guapa mujer sentada en la barra de repente cubre sus piernas con su jersey cuando dices:

—Su falda es muy corta. ¿Trabaja en publicidad?

Hace sentir a una persona un espíritu mezquino. Incluso yo desarrollé esta habilidad. Me siento en un bar bonito y tranquilo, pensando en mis asuntos, hasta que todo el mundo ha pasado un buen rato: riendo, palmeándose uno a otro la espalda,

contando chistes verdes, pidiendo más rondas, fumando, gritando..., y entonces doy una vuelta refunfuñando. El pánico se origina de un modo particularmente secreto y sutil; los sonrojos se ven incluso a través de las más expertas obras de maquillaje; todo el mundo deja la bebida y todos los cigarrillos se apagan como luces eléctricas que se desconectan. El nivel de ruido desciende; el barman baja el sonido de la máquina de discos. Y la mitad de los clientes se excusan y se van a los lavabos de señoras o caballeros; allí buscan en sus ojos inyectados en sangre y en sus caras disipadas alguna apariencia de decoro, alguna evidencia de virtud. No las hay, lo sé con regocijo, porque la Culpa les tiene a todos acogotados. Aunque es un buen juego y yo soy un experto, como se pueden imaginar, al cabo de un rato ya es suficiente para amargar a un hombre.

Así que bebo demasiado de vez en cuando, porque es un trabajo difícil arruinar la alegría de la gente. Había tomado una buena serie de escoceses y había ido tropezando al servicio de caballeros la otra noche (sólo a hacer pipí, la verdad; estoy *cargado* con virtud), cuando mi mensáfono llamó: «Alerta, Culpa, uno dos ocho Sicómoro. Jóvenes en un sofá, grandes caricias». Soy un buen chico, de manera que hice lo que me dijeron. *Llamas de los dedos de mis manos y llamas de los dedos de mis pies, seguro que hay fuego dondequiera que la Culpa va.* ¡Bang! Uno dos ocho Sicómoro, una casa de dos niveles. Allí estaba yo; el viaje instantáneo es la ganancia extra que más me gusta.

Un fuego ardía alegremente en el salón; con mi oblicua y borrosa vista me pareció por un momento como si los almohadones del sofá se estuvieran moviendo. Sacudí la cabeza y subí rápidamente la escalera alfombrada hacia el segundo piso. Abrí una puerta tan de prisa que casi me caí de bruces. Encontré lo que estaba buscando en mi segundo intento.

Ahí estaba él, calvo y bastante rechoncho, hablando entre dientes como una abeja alrededor del tallo del cuello de la chica; el pelo de ella recogido en rizados, y su piel parecía bastante gastada para una adolescente. Algo no iba en esta imagen, de manera que dije:

—Esto va mal.

El hombre dejó de besarla y me miró atónito. Lo mismo hizo la mujer.

—¡Oh Dios mío! —exclamó ella—. No te había visto durante años.

—Vosotros, chicos, deberíais sentirlos realmente Cul-Pa-bles.

—Lo entendí cuando apareciste en la parte de atrás del Ford Pinto, pero estamos *casados* ahora. —¡Chicos de hoy, qué caradura! En los años cincuenta, todo lo que hizo fue una breve aparición y luego en algún otro lugar. Esto requería un poco de trabajo extra; saqué mi proyector de películas de instrucción del ejército y salpiqué la pared con unas representaciones bastante horribles—. ¿Esto es una *erupción*? —preguntó la mujer. Fue entonces cuando el mensáfono sonó de nuevo.

Había sido llamado, ¿saben?, por el Gran Compañero. Es el asistente del Jefe, pero estábamos en buenas relaciones hacía cientos de años. Su título estaba grabado en su puerta en oro y tenía una moqueta de primera calidad hecha de nube virgen ciento por ciento. Bonitos muebles, los mejores. Si hubiera visitado a este compañero en la tierra, en pocos minutos le hubiera hecho sentirse culpable por ese lujo.

—Hola —dijo—. Vamos, siéntate. Culpa, me alegro de verte, muchacho. Eres una de mis emociones favoritas.

Impecablemente vestido con un traje blanco de lino, una corbata marrón y azul, muy clásica. Gafas oscuras. Lo que en realidad envidiaba era el teléfono blanco en su mesa de despacho, la línea directa con...

—Me alegro de verte, Gran Compañero —contesté.

Me arreglé la corbata. Me estiré las arrugas de los pantalones.

—Siéntate —indicó.

Me senté.

—Primero: déjame decirte que estás haciendo un buen trabajo, un excelente trabajo. En gran parte has hecho que el mundo sea un lugar culpable en el que vivir. Más y más gente se están sintiendo cada vez peor. —Buscó algunos papeles en su mesa—. Esos programas publicitarios AT & T están trabajando realmente. La gente todavía no está llamando, pero se están sintiendo más culpables a causa de ello. Y la liquidación de Lean Cuisine va hacia arriba; sabes que es una división de Alimentos Celestiales. Realmente tengo que encargártelo.

—Hacemos lo que podemos —declaré con modestia.

Quizá eso era mi ascenso.

—¿Algún progreso con Nixon?

—Nada en absoluto, señor. Es un hueso duro de roer; creo que en realidad carece de conciencia. No cederá una pulgada, incluso en sus memorias. —Hice con mi cara una máscara de arrugas y papada y gruñí desde la parte superior de mi pecho—. *Yo no soy un criminal.*

—¿Kissinger?

—Sin suerte —repuse—. Ni con Gorbachov, ni con Duarte, ni con Gadafi.

Me hizo señas con la mano para que no continuara.

—Déjame solamente preguntarte tu opinión sobre algo. ¿Qué sucedió en Sicómoro?

—¿Hace poco? —pregunté—. Rutina, adolescentes besándose. Lo controlé.

—¿Has estado bebiendo? —preguntó.

—No —dije. Me miró severamente; siempre podía ver bien a través de mí—. Sí —rectifiqué—. ¿Qué ocurre? ¿Casa equivocada?

—Casa correcta —añadió—. Habitación equivocada. Los dos que se suponía que habías de atormentar estaban en el sofá del salón. La pareja que interrumpiste han estado felizmente casados durante veinticinco años.

—¿El uno con el otro? —pregunté.

—Y esa película que enseñaste. ¿De la segunda guerra mundial? Probablemente no volverán a estar juntos durante ocho meses.

—Yo *creí* que era prematuramente calvo.

El Gran Compañero movió la cabeza.

—Eres una de las mejores Culpas que nunca hemos tenido, pero últimamente has estado haciendo chapuzas. Arruinando las vidas de gente equivocada, perdiendo el tiempo con pecadillos. —Mi cabeza estaba empezando a dar vueltas—. Quiero que te tomes unas vacaciones —dijo.

Gracias a Dios, pensé, y levanté los ojos hacia el techo; durante un minuto había estado seguro que iba a degradarme o peor.

—Pero estaba empezando a comunicarme con la hija de Joan Crawford —dije humildemente.

—No estoy haciendo una sugerencia. Estoy dando una orden. Tienes que irte y pasarlo bien. Descansa. Quítate un peso de encima. Vuelve a pensar en la verdadera gravedad de la culpa.

—¿Pasarlo bien? —repetí, alargando las palabras. Tenía miedo que pareciera un gemido—. De acuerdo, de acuerdo. Pero *por favor* no me envíes a uno de esos lugares tropicales con hongos y fruta caliente.

Así es cómo acabé en un barco. Pero aunque lo intenté, no me podía relajar. Cuando has estado trabajando sin un día de descanso durante cientos de años, llega a ser una costumbre. Había entrado en el comedor y todo el mundo había retrocedido del bufet; la gente sacaría sus cargas de errores y los sumaría; había hecho que las parejas en las sillas de cubierta vieran de repente visiones de fábricas donde se explotaba al obrero y a la mano de obra extranjera. Había subido detrás de un guapo caballero que estaba de pie conversando seriamente con una mujer y le decía.

—De acuerdo, de acuerdo. Estoy casado y mi mujer cree que estoy en un viaje de negocios.

Cuando el *maitre* había tratado de conducirme a mi mesa, dije:

—*Bonjour, monsieur*. ¿A quién cree usted que está tomando el pelo? Usted es de Sandusky. Si usted puede vivir con esto, de acuerdo. Personalmente yo me habría cortado las venas ya.

Me dejó con bastante rapidez.

En el piano-bar me presenté como Harvey Pinkerton.

—Somos los Beckerman —dijo una mujer mayor—. Sam acaba de jubilarse y ésta es la primera vez que salimos desde que le pusieron el marcapasos.

—Espero que esté vigilando su colesterol —le previne.

—Y yo soy Judy McKay y éste es mi marido, Bob —declaró otra mujer—. ¿No es todo esto maravilloso?

—Vamos a tratar de divertirnos hasta que lleguen las facturas —precisé—. Los

chicos pueden encontrar otra manera de entrar en la universidad.

Entonces la vi; la mujer más hermosa que había visto desde hacía mucho tiempo, quizá desde el siglo XVIII. Estaba sola, apoyada en el piano con una expresión de felicidad tal que por un momento me quedé sin palabras. Cuando caminé hacia ella, me miró con cierta languidez.

—Es muy bella —manifesté.

—Sí —dijo ella—. Lo soy.

—Y sabe aceptar un cumplido —continué.

—No es lo que quería decir —repuso—. Bella es mi nombre.

—Su madre se arriesgó un poco —indiqué—. ¿Qué hubiera pasado si hubiera acabado pareciéndose a Winston Churchill, tuviese bigote o hubiera sido Boris Karloff?

—Siempre me he sentido atraída por Boris de una manera patética —contestó.

Cenamos. Tomamos crema de espárragos, ostras Rockefeller, langosta a la americana, una botella de Muraros' con la cena y una botella de Remy Martín después. Sí, estábamos ahítos; sí, yo estaba un poco ebrio, pero sobre todo por estar con Bella. Ella estaba jugueteando con su *mousse* y yo estaba mintiendo lo mejor que podía, tratando de suplir el hecho de tener cientos de años, aunque no aparentaba más de cincuenta.

—Cuando dejé Harvard —decía—, mi clave Fi Beta Kapa lucía bajo el sol de Massachusetts, y filas de chicas del Radcliff College lloraban...

—Quizá deberíamos ir a cubierta —sugirió Bella.

—Pero no has terminado tu postre —argüí.

—No tengo hambre.

—Estás desperdiciando comida en perfectas condiciones —proseguí.

—Estás tratando de hacerme sentir culpable, pero no te servirá. Estoy aquí para pasar un buen rato y no me detendrás. —Sonrió de una manera sublime.

—Estás hermosa cuando me pones en un aprieto —murmuré.

—No —dijo ella—. No hermosa. Sólo muy, muy bonita.

Fue entonces cuando empezó el partido. Fuimos a cubierta y estuvimos mirando el agua iluminada por la luna.

—¡Qué hermoso es esto! —dije—. Pero piensa en el dinero que cuesta este crucero y lo que se podría hacer por las víctimas del terremoto de Ciudad de México.

—Se puede ayudar a los demás y además pasar un buen rato uno mismo —respondió.

Ace. Quince a cero.

Al día siguiente estábamos sentados tomando el sol en cubierta.

—¿No te parece que deberíamos hacer algo más que solamente *estar sentados*? —pregunté.

—No —dijo ella—. Encuentro el calor absolutamente estimulante. Además, estar

sentados es una de las mejores cosas que se pueden hacer. Libera a uno de andar de un lado a otro.

Treinta a cero.

Aquella noche estuvimos bailando.

—¿No crees que esto es frívolo? —noté.

—Bailar es un ejercicio estupendo —dijo ella—. Si la música es el alimento del amor, aprovechémonos —urgió ella.

Cuarenta a cero.

Y todavía otra noche. Ella llevaba un vestido rojo tornasolado y nos habíamos besado con tanta intensidad y durante tanto tiempo que parecía que ambos nos habíamos asfixiado. Traté de preocuparla una vez más, aunque mi servicio era reconocidamente débil.

—¿No estás preocupada por tu aliento? —le pregunté.

—En absoluto —contestó ella—. Siempre he observado una perfecta higiene. Déjame llevarte a mi camarote.

—¿No temes las enfermedades?

—No me preocupo de cosas como éstas. Vivo apasionadamente el momento presente.

—Pero ¿qué sucederá si yo no te respeto después?

—Lo que importa es que yo me respete a mí misma. Y lo quiero, si estoy muy, muy bien.

Punto de juego, de set y de partido.

Me enamoré. No había tenido éxito con ella, de ninguna manera, aunque yo no estaba —hay que reconocerlo— en lo mejor de mi juego. Y empezaba a olvidar sentirme culpable. No puedo decir qué incómodo era esto.

Más tarde me enteré de lo que había sucedido en mi ausencia; el Gran Compañero me lo dijo. Las ventas de helados aumentaron; hubo un altercado cerca de la exposición Haagen Dazs, en un Kroger's, en Oxford, Ohio. Los católicos simplemente *dejaron* de confesarse. Una diócesis cerca de Chicago exhibió un espacio de televisión en el que un sonriente sacerdote decía: «Acercaos a la parroquia. Tres sacerdotes, no hay que esperar». Los viejos eran abandonados en masa a la puerta de las clínicas. Embarazadas pro vida se presentaban en las clínicas de abortos. Y las solicitudes para el colegio de Madres Judías se quedaron en nada. Era, déjenme decirlo, estimulante saber que verdaderamente yo había estado marcando la diferencia.

Así que recibí, a través de mi mesáfono, la llamada de terminar y volver al trabajo. Tenía veinticuatro horas. Por lo general habría querido ir, por supuesto; antes de conocer a Bella, la idea de irme de vacaciones me había causado palpitaciones. Ahora no me importaba mucho, pero sabía que todo había terminado entre nosotros. Sólo que no sabía cómo decírselo.

Estaba sentado en el bar tomando un Perrier y lima cuando ella apareció en la

habitación, toda de plata, como un ángel. Se sentó a mi lado, tocó mi mejilla con los dedos más largos y más fríos del mundo, y pude ver lágrimas en sus ojos.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—¿Podríamos... podríamos subir a cubierta y hablar? —empezó ella—. Tengo que decirte unas pocas cosas.

—Yo también tengo algo que decirte —advertí—. Algunas pequeñas, minúsculas, insignificantes cosas que no podrían arruinar tu vida.

Había luna, por supuesto, aunque el mar estaba alborotado y, por un rato, no supe si literalmente iba a sacar las tripas.

Ella tocó mi mano, suspiró, apartó la mirada y suspiró, como en cualquier película mala que haya usted visto.

—Me siento tan mal acerca de algo... —dijo ella—. Tan culpable...

Por sólo un momento tuve que admitir con orgullo.

—Yo te hice eso —repuse—. *Mea culpa*.

—No —*dijo ella*—. No he sido del todo honesta contigo. No soy quien tú crees que soy. Ni siquiera soy una persona.

Ahora bien, había estado en la cama con esta no-persona y sabía que ella era una persona. Estaba muy turbada y traté de calmarla.

—Mira —dije—: algunos de mis mejores amigos no son personas. Nada de esto importa. Estoy enamorado de ti.

—Éste es precisamente el problema —continuó ella—. No sé si estás enamorado del amor o de mí, porque no sé si estás enamorado de lo que soy, que es Amor, o de la idea de estar enamorado, que es lo que yo he hecho. ¿Sabes qué estoy tratando de decirte?

—No muy bien —tuve que admitir.

—Yo soy el Amor —dijo ella.

—¿Tú eres el Amor?

—Sé que suena disparatado, pero yo solamente voy dando vueltas y hago que la gente se enamore. Por eso paso mucho tiempo en cruceros.

—No lo puedo creer —dije.

Era la verdad, no lo podía creer. Quiero decir, aquí estábamos los dos trabajando para la misma organización y parecía que nos habíamos tomado el pelo el uno al otro.

—Te lo demostraré —puntualizó ella—. Elige dos personas; pónmelo difícil, y yo conseguiré que se enamoren ante tus ojos.

Miré alrededor; en el rincón, llevando un bastón, había una mujer de mediana edad lo suficientemente corpulenta como para representar a Brunilda en *El anillo*. Y bajando una escalera, se encontraba un joven terriblemente delgado, incluso afeminado, que parecía un estudiante del último año de ingeniería.

Bella envió volando un beso primero a él y después a ella. Los dos se detuvieron en su camino, miraron alrededor como si buscaran la abeja que les había picado y, cuando se vieron el uno al otro, empezaron a correr —oigan esto— *a cámara lenta*, y

juro que oí esos trémulos violines. Las margaritas podrían haber brotado del suelo. Cuando se encontraron, los platillos retumbaron, los violinistas tocaron como locos sus instrumentos y fuegos artificiales estallaron en el negro cielo. Debí de parecer impresionado porque Bella dijo:

—Entonces, ¿no te importa que te haya mentido?

—También yo te he mentado, querida —expliqué tan galantemente como pude.

—¿Quieres decir que no puedes hacer el amor nueve veces en una noche?

—¡Oh! —exclamé sonrojándome—. Ésta es solamente una pequeña mentira piadosa. Pero, ¿sabes?, no soy un físico nuclear. Soy..., yo soy la Culpa.

—¿La Culpa? —se extrañó ella, retrocediendo, verdaderamente sobresaltada—. ¿Como cuando los niños pequeños traen malas notas en los informes y sus madres lloran y se esconden en el cuarto de baño?

—Sí —asentí. Había estado orgulloso de esto.

—Estás bromeando, ¿verdad? —preguntó ella.

—¿Necesitas pruebas? Escoge a alguien y déjamelos a mí.

Miró alrededor y vio a un hombre, vestido de esmoquin, las mejillas sonrosadas, salud perfecta; un hombre que, sin ninguna preocupación por el mundo, silbaba. Señaló hacia él y yo me puse a trabajar. Caminé hacia él, puse mi brazo a su alrededor y dije:

—Sé lo que hiciste a tu socio y deberías estar avergonzado de ti mismo.

Al instante sus mejillas se volvieron pálidas, sus ojos se oscurecieron y sus hombros se hundieron. Empezó a golpearse el pecho y se volvió hacia la barandilla y gritó:

—Murray, Murray, no podía evitarlo. Mi escritura es desaliñada. Escribí un uno y parecía un siete; no, no, *era* un siete. Era Bernice, Murray: quería diamantes, pieles.

Trató de tirarse por la borda, pero dos camareros corrieron tras él y se lo impidieron. Volví hacia ella sonriendo.

Pero no estaba impresionada. Sus brazos estaban cruzados y sus ojos brillaban con malicia.

—Así que eres la Culpa —prorrumpió—. Creo que es horrible.

—¡Eh! —protesté—. Espera un momento. No formemos juicios ahora. ¿Lo pasaste mal conmigo?

—Pero yo soy algo agradable —repuso.

—Voy a ascender por mi trabajo —dije—. Fui adoptado. Yo pedí Lealtad, pero ya estaba dado. Culpa es un trabajo sucio, pero alguien ha de hacerlo. Y no ha sido fácil.

—Lo siento —murmuró ella—. Parte de mi problema es que siempre me vuelvo crítica cuando empiezo a estar cerca. Soy fatal con Compromiso.

—Buena chica —añadí—. La conocí en una boda.

Bella se volvió ahora, aferrándose a la barandilla con sus hermosas manos. Bajo nosotros el mar ondulaba sus olas y nos mecía.

—Quizá sólo deberíamos pensar en esto como una semana perfecta en la que nos

encontramos, nos enamoramos y nos separamos antes de que alguno tenga que buscar ayuda profesional.

—¿Quieres decir terminar? —indiqué.

Estrechó mi mano y se alejó. Me sentía mal.

Atracamos al día siguiente y sabía que tenía que volver al trabajo, y que sería mejor hacerlo bien después de las vacaciones a las que el Gran Compañero me había enviado. Pero no podía librar mi mente de ella.

Estaba a punto de meterme en un taxi y dirigirme a un funeral, cualquier funeral, cuando la vi; estaba corriendo hacia mí y no era en cámara lenta. ¿Había violines? ¿Quién podría decirlo? Mi corazón, viejo como es, estaba latiendo con violencia. Nos abrazamos. Nos besamos.

—¿Quieres oír algo insensato? —me espetó—. Te quiero de verdad.

—Yo también te quiero —le susurré—. Pero ¿cómo haré mi trabajo? Me sentiré mal teniendo que dividir mi tiempo entre el trabajo y el hogar.

—Será estupendo —declaró ella—. Puedes cuidar de los niños. Lo que tú haces mejor es lo que ellos necesitan. Además, ¿qué es Amor sin Culpa?

—Trabajo durante las comidas —continué.

—Yo trabajo el día de San Valentín, y estoy *verdaderamente* ocupada en junio.

Me encogí de hombros: ¿a quién le importaba? Quizá esto sería bueno para mí. Quizá yo estaría más a gusto con los mortales después de esto.

—¿Sabes? —dije—. Esto podría ser el principio de una hermosa amistad.

No había aviones por los alrededores, pero la niebla se estaba filtrando como si los hubiera. Pensé en todos aquellos muertos: Bogart, Bergman, Lorre, Greenstreet, Michael Ruiz y Paul Henreid e incluso en Dooley Wilson.

Pero yo... yo estaba vivo todavía, después de cientos de años. Y, ¡chico!, me sentí culpable.

El mago

Lou Bundles había estado actuando durante cincuenta años y todavía sentía un hormigueo en la nuca y que el corazón aceleraba su ritmo. En el auditorio la clientela del Castillo Mágico estaba aplaudiendo el final de la actuación de Nick Edmonds y dentro de un minuto Lou tendría que ocupar su lugar ante el público que estaba sentado en sus pequeñas mesas cuadradas cubiertas con un mantel. Un chico nuevo se ocupaba de las luces, un muchacho que había empezado hacía sólo una semana, y sus señales se salían y sus focos estaban mal dirigidos. La noche anterior los había dirigido directamente a los ojos de Lou, de manera que no podía ver al público. Se arregló la corbata y se ajustó las mangas como si fuera a una entrevista de trabajo.

Cerca de él, Murray Tropicana, el propietario y presentador del Castillo Mágico, se aclaraba la garganta, preparándose para la presentación.

—¿Qué demonios pasa con las luces, Murray? —dijo Lou.

No era lo que quería decir; lo que quería decir era que estaba asustado. Últimamente se había sentido un poco inseguro, pero no lo podía admitir ante ese muchacho casi treinta y cinco años más joven que él.

—Las luces están muy bien, Lou —precisó Murray.

«Está bien», pensó Lou. Dio un codazo a Murray en el costado.

—Tenemos gente animada aquí esta noche, ¿eh, Murray? Les voy a hacer viejos trucos esta noche; sabes cuánto les gusta...

—Parece estupendo —dijo Murray.

Estaba lleno de gente. Dios bendiga a los que todavía creían en la magia; los efectos especiales habían captado el entusiasmo de todo el mundo. Ahora querían ver a magos como ese David Copperfield que podía hacer desaparecer la estatua de la Libertad, no a viejos colegas, como Lou Bundles, con sus trucos de cartas e hileras de pañuelos y palomas saliendo de su sombrero. Pero en su día, Lou Bundles había sido *alguien*.

—Asegúrate de que este nuevo muchacho encienda el foco cuando haga la señal —indicó Lou.

La frenética y vibrante música se paró y el público estalló en aplausos, mientras Edmonds pasaba delante de él corriendo, rozando el telón, y Murray le dejó por los focos, el micro y la multitud. Su corazón ahora estaba latiendo a ritmo acelerado.

—¡Gracias, Nick Edmonds! —dijo Murray—. Y ahora, señoras y señores, un hombre que está actuando aquí en el Castillo Mágico desde que abrimos en mil novecientos treinta y dos. —Lou puso mala cara. ¿Cuántas veces había pedido a Murray que cambiara la presentación?—. Una calurosa bienvenida, por favor, para este maestro de la prestidigitación: ¡Lou Bundles!

La música empezó a sonar otra vez y Lou estaba ahora fuera, bajo las luces,

sonriendo ampliamente, apenas capaz de ver dónde iban a pisar sus pies; tan cegadores eran los focos. Murray vagaba fuera, entre las mesas, para ver cómo un cliente y dos mujeres altas y delgadas, con retorcidas boas de piel, se sentaban a su mesa plegable, cubierta con un mantel negro.

—Gracias, Murray —dijo Lou, entrecerrando los ojos. De nuevo esta noche no podía ver al público—. ¿Saben? Conocí a Murray cuando su padre dirigía este lugar, y es agradable ver que continúa por los antiguos caminos. Y por los antiguos salarios. —Sonrió, esperando las risas, y, cuando el silencio se volvió embarazoso, se apresuró.

El truco del platillo no era difícil, pero si la iluminación era mala...

—Dicen que no puedes enseñar a un perro viejo trucos nuevos —dijo—. Pero quién necesita trucos nuevos cuando los antiguos todavía son los mejores.

Sacó seis platillos de debajo de su chaqueta y empezó a lanzarlos y a bailar, moviendo las caderas, haciéndolas girar alrededor de su cuerpo. Cogió un platillo y lo tiró en otra dirección. Empezaba a sentirse relajado cuando el público empezó a impacientarse. Lo podía sentir, y una oleada de risas nerviosas llegó a él. Levantó la vista y pudo ver, claro como la luz del día, los hilos que controlaban los platillos; y si él podía verlos, sabía que el público los podía ver incluso con más claridad. Ese maldito muchacho de las luces. Tenía que hablar con Murray, despedir al maldito muchacho. En su prisa por recuperar los platillos, calculó mal el momento, y dos cayeron al escenario. Hubo un ligero intento de aplauso cortés mientras los ponía detrás de él, en la mesa, con tanta rapidez como pudo. Era el momento de las cartas. Nunca le habían fallado.

Sacó la baraja del bolsillo de su chaqueta, las barajó expertamente, y luego, protegiendo sus ojos, dijo:

—Necesito un voluntario. —Vio a una mujer cerca del escenario, de mediana edad, no demasiado guapa, no demasiado elegante—. Usted, querida —continuó, señalándola—. Vamos, suba aquí. —Como todos los voluntarios que había llamado, pretendió protestar mientras su marido la animaba, y luego, ruborizada de placer, se puso a su lado. Le enseñó la baraja—. Una baraja corriente, ¿verdad? Puede comprobarlo. Ahora escoja una carta y muéstrela al público, pero que yo no la vea y no me diga cuál es.

Ella hizo lo que le decía y volvió a poner la carta en la baraja.

—Ahora que todo el mundo recuerde esta carta. —Dio la baraja a la mujer y le pidió que las mezclara—. Querida, voy a cortar la baraja justo aquí —indicó Lou—. Y su carta se levantará como nata hasta la superficie. —Con su dedo índice golpeó con suavidad la baraja y alegremente levantó la primera carta—. Ahí está —exclamó.

Pero la mujer parecía inquieta y el público empezó a reír.

—No, no lo es —dijo ella.

—¿Me está diciendo que ésta no es su carta? —inquirió Lou.

A veces, durante los últimos años, había encontrado algún perturbador que era la

razón por la que últimamente siempre escogía mujeres de mediana edad.

—No, no lo es —repitió ella.

Lou se sintió de repente desconcertado. Miró la carta que había levantado, el siete de trébol.

—¿Cuál era su carta? —preguntó.

—El diez de corazones.

—¿Está segura?

¿Había cometido una equivocación? Se desvió un poco de las luces de manera que podía ver mejor y empezó a contar las cartas. Una y otra vez se le escabulleron y revolotearon por el escenario. Con precipitación agitó las manos alrededor de la baraja como si hiciera un hechizo.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —dijo.

Y entonces tocó ligeramente la carta de arriba tres veces con el dedo y lanzó al aire el dos de diamantes.

En su camerino, se sentó delante del espejo, quitándose el maquillaje con crema. Alrededor de los bordes del espejo, los recortes de periódicos amarillentos y las fotografías parecían hojas secas caídas recientemente de los árboles. Había fotografías de él con compañeros como Sid Caesar, Jack Benny, George Gobel y Phil Silvers, allá por los primeros tiempos. Una foto de él en su presentación en el *show* de Ed Sullivan, firmada por el mismo Ed. Más recortes sobre sus números; la vez que hizo desaparecer toda la jaula de pájaros, con tres pinzones y una cacatúa dentro; la vez que había barajado las cartas y luego había hecho que se ordenaran ellas solas numéricamente por palos.

Hubo una llamada a su puerta y entró Murray, con expresión melancólica y desolada.

—Murray, Murray —dijo Lou Bundles—. ¿Cómo está el hijo de mi mejor amigo? ¿Ha ido bastante bien esta noche, no crees, considerándolo bien? —Quitó la crema de su mejilla con un pañuelo de papel—. No sé si te has dado cuenta, pero había algunos problemas con la iluminación. ¿Qué ocurre: tienes gases? Aquí tengo algo —notó, registrando un cajón.

—Lou —dijo Murray Tropicana—. Te voy a sacar, Lou.

—¿Qué? —preguntó Lou.

Dejó de buscar y miró el reflejo de Murray en el espejo.

—No puedo dejar que esto continúe.

Lou se encogió tratando de calmarse, aunque su corazón había empezado la antigua rumba.

—De acuerdo, de acuerdo, tienes razón. He tenido una mala noche.

—Lo siento, Lou, pero no es sólo esta noche.

Lou se levantó lentamente, con toda la dignidad que pudo reunir.

—¿Me estás poniendo de patitas en la calle, Murray? —preguntó.

Murray negó con la cabeza y golpeó con fuerza el aire entre ellos.

—Nunca haría eso, Lou. Mientras yo esté dirigiendo el negocio, siempre habrá un sitio para ti.

—¿Me estás ofreciendo caridad? —prosiguió Lou—. ¿Me pondrás en los servicios? ¿De portero quizá? Estás equivocado, Murray. Mi tiempo no se ha acabado todavía.

—Creo que quizá sí ha terminado, Lou —explicó Murray.

Estaba mirándose los pantalones como si hubiera insectos trepando por sus piernas.

—¿Tú crees? —inquirió Lou—. ¿Tú crees? Tu viejo está revolviéndose en su tumba al oír decirte lo que me acabas de decir ahora mismo. Cuando mi hora llegue yo lo sabré, te lo prometo.

Murray levantó lentamente los ojos hasta que Lou pudo verlos de nuevo.

—De acuerdo, Lou. Si esto es lo que quieres. —Se volvió y salió del camerino, y en el breve segundo que la puerta estuvo abierta, entró una fría brisa.

El restaurante de Joe era un salto atrás, como el mismo Lou Bundles. Era una fonda buena y honesta, con barato café espeso, sopas caseras y especialidades del día como la que Lou estaba comiendo; chuleta de cerdo frita, puré de patatas y judías verdes por 2,35 dólares. El mismo Joe era tan viejo como Lou, o casi, aunque no parecía mucho más de cincuenta, y Lou creía además, como a menudo pasaba, que los hombres y mujeres negros nunca parecen volverse viejos.

—Sé un buen amigo, Joe —manifestó Lou—. Y trae a un viejo un buen vaso de agua fría.

La puerta se abrió y un pájaro que Joe había instalado hacía unos pocos años soltó su canción jadeante, endeble y aguda. Lou se volvió para ver a Dora y Johnny Duncan, viejos amigos, *viejos* amigos de él que entraban como hacían casi cada tarde.

—¡Hola, Lou! —dijo Dora—. ¿Cómo ha ido el espectáculo esta noche?

—No muy bien —confesó Lou.

—La gente es terrible —exclamó Johnny—. Esos bastardos pueden realmente fastidiar.

—La gente era fabulosa —rectificó Lou—. Yo estuve terrible.

—Todo el mundo tiene una mala noche —añadió Dora.

Con el calor de la simpatía de sus amigos, Lou pudo sentir el burbujeo del dolor en la tripa extendiéndose hasta que supo que no podría disimularlo mucho tiempo.

—Murray quiere mandarme a pastar —musitó con indignación—. ¡A mí, que recibí elogios del presidente Hoover, para gritarlo en voz alta! Tengo un revoltijo de notas de Doris Day y Ginger Rogers. Soy Lou Bundles, ¡maldita sea! —Podía notar la sangre latiendo con violencia en sus sienes. Dora le había tocado y ahora sostenía su codo. Él estrechó su mano y tomó un sorbo del agua que Joe le había traído—. Si me voy, quiero irme con estilo. —Su propia lástima se le trabó en la garganta y

durante un minuto creyó que gritaría al ver qué bajo se había dejado caer, tan bajo que había vaciado sus intestinos en un comedor público.

El canto del pájaro de la puerta dejó escapar un débil gemido y su amigo Jack Greenberg entró, arrastrando a otro hombre anciano por el codo con parche de ante.

—Lou —dijo Jack—. ¿Tienes un minuto? Quiero que conozcas a alguien. —El otro hombre estaba ahora de pie delante de Lou. Jack continuó—: Lou Bundles, éste es mi cuñado, Harry Stryker. Harry es un verdadero gran *fan* tuyo.

La cara de Stryker estaba muy roja y sus ojos muy abiertos, como alguien que hubiera acabado de recibir una descarga eléctrica. Tartamudeó un poco turbado.

—Es un verdadero honor, señor Bundles. En mil novecientos cuarenta y seis, mi mujer Flora y yo fuimos de vacaciones a Florida, al hotel Bellevue Arms, sólo para verle a usted.

—¿Queréis sentaros, chicos? —indicó Lou. Jack permaneció de pie, pero Harry Stryker se sentó en el taburete próximo a Lou, como si fueran viejos amigos—. Jack me dice que todavía está trabajando. —Se dio una palmada en la frente—. No puedo creer que esté sentado aquí teniendo una auténtica conversación con el gran Lou Bundles. Yo, Harry Stryker, de Teaneck, Nueva Jersey.

—Tranquilízate, Harry —dijo Jack. A los otros les confió *sotto voce*—: Tiene el corazón mal. ¡Eh, Lou! ¿Crees que podrías mostrarnos un poco de tu espectáculo? ¿Para mi cuñado?

El estómago de Lou se cerró. No quedaba nada de magia en él, ni siquiera para sus amigos, ni siquiera para esta gente que creía que él podía caminar por el agua si él les decía que podía.

—No sé, Jack —dijo—. Se está haciendo un poco tarde...

Pero Dora y Johnny le dieron un codazo y extraños de otras mesas empezaron a reunirse a su alrededor; la mirada de Stryker era de adoración, así que dijo:

—De acuerdo, de acuerdo.

Puso una servilleta encima del cuchillo y la cuchara, dijo entre dientes unas palabras mágicas, agitó su mano izquierda un par de veces y quitó con un rápido movimiento la servilleta; el cuchillo y la cuchara habían desaparecido y en su lugar había dos tenedores. Todos sonrieron y aplaudieron. Lou volvió a poner la servilleta, pronunció el conjuro otra vez, y cuando levantó la servilleta no había nada. La gente, hasta sus amigos que le habían visto hacer esto muchas veces, incluso al principio cuando le salía mal y dejaba a todos ver cómo se hacía, se quedaron boquiabiertos de sorpresa.

—¡Eh, Joe! —exclamó—. Alguien está tratando de robar tu vajilla de plata. —Alargó la mano dentro de la chaqueta deportiva de Harry Stryker y sacó un cuchillo, una cuchara y dos tenedores.

La habitación de provisiones del Castillo Mágico era un almacén de trucos y engaños, la historia no escrita de la magia del siglo xx. Maniqués colgaban suspendidos del

techo; cajas parecidas a ataúdes en las que inocentes jóvenes eran serradas por la mitad se desparramaban sobre viejos caballetes. Esmóquines apolillados pendían de oxidados colgadores, y la habitación estaba poblada de pañuelos, capas, varitas mágicas, pelotas, cuerdas, aros de metal de todos los tamaños, trajes de lentejuelas y sombreros de copa. Lou vagaba entre todos esos objetos; cogía algunos y dejaba caer otros distraídamente. Confiaba que estar allí aguzaría su memoria, le haría recordar algún truco que había visto u oído alguna vez, o alguno que había hecho él, algo para mantener en alto su floja actuación. Necesitaba ayuda. Danny Morris, un muchacho bastante agradable del Bronx, estaba con él, pero, como todos estos muchachos bastante agradables, era un poco fanfarrón, sin suficiente respeto para sus mayores y actuaba como si él hubiera inventado la magia, proclamándolo en voz alta.

—Murray me dijo que tenías un trabajo por dos semanas en Las Vegas —dijo Lou.

—Sí —asintió Danny, sin darle importancia.

—Eso es fabuloso, chico, fabuloso.

—Le traeré esas pelotas, Lou —repuso Danny.

Caminó hacia un cofre que estaba en la otra punta de la habitación. Lou puso las manos en las caderas y respiró hondo. En ese lugar, la magia olía como a bolas de naftalina, tejido mohoso y engrudo de empapelar. Danny le dio las pelotas e hizo equilibrios con sus manos con ellas.

—No me gustan —exclamó—. No, señor; no son como las que usábamos antes.

—Éstas son corrientes, Lou —indicó Danny, apartando la mirada.

Esos malditos chicos no tenían respeto.

—¿Corrientes para quién? —preguntó—. ¿Para gente de menos de doce años, me estás diciendo? Mira: he de tener una actuación excepcional esta noche.

—Bien, Lou. Usted mencionó esto.

—Sólo para que tú lo sepas —contestó Lou.

—¿Necesita algo más, Lou? —quiso saber Danny, suavizándose un poco.

—Cartas —señaló Lou—. Necesito cartas. —Danny metió la mano en una vieja caja cubierta de cristal donde docenas de paquetes de barajas envueltas en celofán estaban amontonadas—. No ésas —precisó Lou—. No esas cosas baratas de plástico. Fueron las que me trajeron problemas en la primera actuación. —Observó otro mostrador y miró con atención a través del cristal. Podía ver su reflejo y más allá una baraja de cartas viejas. La reina de corazones estaba encima de todo, con el corazón destrozado en su traje de época y porte Victoriano—. Dame éstas —añadió Lou. Le recordaban las cartas que solía usar. Eran cartas viejas; habían sido *usadas*—. ¿Cuánto? —añadió.

—Murray dice que son de la casa —dijo Danny.

—Lou Bundles paga su parte —puntualizó—. ¿Cinco duros y quedamos en paz?

Hacía calor entre bastidores, pensó. De todos modos, Lou estaba sudando cuando la banda empezó a tocar, cuando en realidad estaba haciendo tiempo. Murray, en el

escenario, decía:

—La asombrosa Jayne Anne Fips. —Entretanto la música terminaba y el público aplaudía—. Y ahora, señoras y señores, el Castillo Mágico se complace en presentar, a petición popular, al mismo maestro de la magia. Señoras y señores, por favor, un caluroso y sonoro aplauso para Lou Bundles.

Lou avanzó dando traspiés ante el pequeño número de manos.

—Gracias, Murray —dijo—. Esta noche creo que tengo algo realmente especial para ustedes, al menos mejor, ¿verdad, Murray? —Lou sonrió, pero nadie más lo hizo—. ¿Saben? Conocí a Murray cuando su padre dirigía este lugar y es agradable ver que Murray continúa por el antiguo camino y el antiguo salario. —Por lo menos esta noche las luces no estaban en sus ojos; podía ver al público, pero en este momento deseaba no verlo.

Todo estaba cayéndose en pedazos a su alrededor: lo podía notar. El sudor se le deslizaba desde la frente a los ojos; metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, buscando un pañuelo y, por equivocación, cogió los pañuelos de seda atados, que cayeron en forma de cascada al suelo en un arco iris de color mientras el público empezaba a reír.

—Tengo una magia formidable para ustedes esta noche, señoras y señores —dijo, tratando de poner los pañuelos fuera de la vista.

Una pelota cayó de su manga y fue botando a través del escenario. Mientras daba un paso tras ella, otra pelota cayó de su otra manga.

Se inclinó para cogerla antes de que se alejara de él y pudo sentir las colas de su chaqueta engancharse en la punta del bastón que tenía en los fondillos de sus pantalones. Una paloma voló de la parte de atrás de su chaqueta y contribuyó al éxito más grande.

—¡Maldición! —masculló con desilusión—. ¡Que alguien coja este pájaro!, ¿quieren?

El público estaba furioso ahora, y de repente se le ocurrió a Lou lo que podía cambiar un desastre en un triunfo; pretendería ser un comediante, no un mago. Continuaría ridiculizándose, y luego dejaría al público pensando que era lo que pretendía.

Pero él no era un comediante, ¡maldición!, y no quería ridiculizarse. Respiró profundamente, subió el brazo para sentir si sus mejillas estaban tan rojas de vergüenza como temía.

—De acuerdo, de acuerdo —repuso—. Cálmense. Todo está ahora bajo control. —Ésta sería su última noche, lo sabía.

Murray iba a despellejarle y clavar su piel en la pared.

Hurgó en su bolsillo y sacó la nueva baraja de cartas.

—Tengo un truco de cartas para ustedes —indicó—. Es el asombroso truco del bumerán que realicé por primera vez...

Una de las cartas, sin su ayuda, sin su conocimiento ni participación, se escabulló

de la mitad de la baraja, se le escapó volando a Lou Bundles, y revoloteó en el aire sobre el público, como una plana nube rectangular. Mientras el público quedaba boquiabierto de asombro, una segunda carta corrió libre de la baraja y se unió a la primera carta en el aire. Lou miraba al público; muchas mandíbulas estaban fuera de sitio, algo que sucedía bastante raramente, podía atestiguarlo, y en la cara de Murray había una mirada cercana a la reverencia. Era un bonito truco, pensó Lou. Le gustaría saber quién lo estaba haciendo.

Las cartas empezaron a bailar, empezaron a volar, zumbando por aquí y por allá como pájaros azules de cartón, como el correccaminos y Wile E. Coyote, como dos gimnastas aéreos. Se seguían la una a la otra; se cambiaban los lugares. Volaban hacia atrás y rizaban el rizo, y después de unos cinco minutos de denso silencio por parte del público, que estaba debajo de ellas, fueron y revolotearon delante de los ojos de Lou Bundles, como si fueran soldados rasos y él el sargento de instrucción, como si estuvieran dando un taconazo y llegando a una estricta atención.

Sin una palabra, se volvió y caminó fuera del escenario. Detrás de él, las cartas le siguieron en fila india. El público, de pie, gritaba de asombro, no de mofa. Una de las bonitas jóvenes, con una boa de plumas, permanecía pasmada al lado del escenario.

—Tráeme un bourbon doble —dijo Lou, mientras pasaba delante de ella—. Un doble doble.

Se despertó cuando el gato saltó sobre la cama y empezó a restregar su cabeza contra la barbilla de Lou, como hacía siempre cuando el animal tenía hambre. Tenía resaca y los ojos nublados. Dio un golpe al gato con el dorso de la mano.

—¡Lárgate, *Merlin*! —dijo—. Tienes mucha comida en tu cuenco. Ve a mirar otra vez.

Se dio la vuelta y vio la baraja de cartas que cuidadosamente había sacado de su chaqueta la noche anterior. «Sólo un sueño», pensó. ¿Qué hora era? ¿Qué día era? Se frotó los ojos y se sentó. *Merlin* refregó la parte superior de su cráneo contra los codos de Lou y ronroneó.

Lou cogió la baraja y la sostuvo junto a su oído. La meneó y la sostuvo junto a su oído otra vez. Nada. Lentamente abrió la baraja y dos cartas salieron disparadas y revolotearon en el aire sobre la cama. *Merlin* se paró sobre sus patas traseras y les dio zarpazos.

Como si tuvieran miedo, se lanzaron a través de la habitación hasta que chasquearon contra la pared, luego se deslizaron hasta el suelo. *Merlin* estaba fuera de la cama y en seguida estuvo tras ellas.

—¡Eh, tú, ven aquí! —gritó Lou a *Merlin*, pero no fue el gato quien obedeció. Las cartas zumbaron a través del suelo y se movieron cerca de las zapatillas de Lou. Sacó sus pies de ellas como si fueran un par de víboras—. ¡Fuera de aquí! —gritó.

Retrocedieron a través de la habitación.

Su miedo se convirtió en interés.

—Volved aquí —dijo. Las cartas corrieron rápidamente hacia él—. ¡Oh, vaya! —

exclamó—. Vaya, vaya, vaya...

—Estaba equivocado —dijo Murray—. Lo diré otra vez. Estaba completamente equivocado. Eres increíble. Me has dejado con la boca abierta. ¡Qué estoy diciendo: has dejado con la boca abierta a todo el mundo! Déjame decirte algo, Lou. Estás en la cumbre de tu profesión. ¡Qué estoy diciendo: estás en la mismísima cumbre de tu profesión!

Estaban sentados en el restaurante de Joe, y Lou tomaba un plato especial.

—Carne asada muy magra —dijo.

—De acuerdo —repuso Murray—. Vamos a volver a los negocios: seis horas a la semana, di tu precio. Dos veces los viernes.

—No he nacido ayer, Murray —dijo Lou.

—Muy bien, Lou. Una actuación los viernes, cinco representaciones a la semana. ¿Cómo te encuentras? ¿Has bebido tu zumo de ciruela? ¿Necesitas dinero en metálico?

Lou apartó el aire enfrente de él como si estuviera rehusando un puñado de billetes.

—¿Quizá podrías darme unos pocos pases para mis amigos? —señaló.

—Hecho —aceptó Murray. Alargó la mano a través de la mesa y Lou se la estrechó—. Así, dime —prosiguió Murray—. ¿Son alambres?

—Murray —murmuró Lou.

—Alguna clase de control remoto. Pequeñas baterías en las cartas. Diminutas baterías.

—Murray —repitió Lou.

—De acuerdo —balbució Murray—. Lo siento. Es magia, ¿verdad?

—Verdad —dejó ir Lou Bundles—. Es magia.

—Buenas noches, señoras y señores —decía Murray Tropicana—. Bien venidos al Castillo Mágico. Tenemos un espectáculo realmente terrorífico para ustedes esta noche. Por favor, no fumen durante esta actuación, pero no nos ofenderemos si piden algunas bebidas. Y ahora, sin más, el momento que todos ustedes esperaban. ¡Después de cincuenta años, todavía el primero, el único, el sorprendente Lou Bundles!

La noticia había llegado a todas partes y el local estaba lleno. El semblante de Lou era autoritario y tranquilo mientras caminaba por el escenario. Dora y Johnny Duncan estaban entre el público, junto con Jack Greenberg, Joe, Harry Stryker y otros que conocía hacía años, algunos de los cuales nunca le habían visto actuar. Hizo callar al público con un ademán de su mano.

—¿Podíamos tener un piano, por favor? —dijo.

De la derecha del escenario, dos mujeres vestidas de blanco, altas, delgadas, con vestidos brillantes con una abertura hasta la rodilla, el cabello rubio recogido en lo

alto de sus cabezas, empujaron un piano de cola en miniatura hacia Lou. Del bolsillo de su chaqueta sacó la baraja de cartas, la abrió y arrojó el contenido sobre las cabezas del público. En vez de caer revoloteando entre ellas, las cartas quedaron suspendidas donde habían sido lanzadas, flotando sobre las caras vueltas hacia arriba, las cincuenta y dos brillando débilmente bajo los reflectores.

Lou dio la espalda a las cartas, pero ellas no vacilaron. Echó las colas de su esmoquin hacia atrás, se sentó al piano y empezó a aporrear los coros de la apertura de la marcha nupcial de Mendelssohn.

En el aire, sobre el público, las cartas se cuadraron desde sus variadas posiciones y formaron dos filas de veintiséis cartas, encabezadas por la reina y el rey de corazones. Mientras Bundles continuaba tocando, las dos filas lentamente se acercaron al piano, hasta que estuvieron a unas pulgadas de distancia de la cabeza del mago, que paró de tocar y se puso en pie.

—¿Quieres —dijo, señalando con la cabeza a la reina de corazones— tomar al rey de corazones como tu legítimo marido? —La carta se inclinó ligeramente, como si asintiera. El público estalló en un aplauso espontáneo, como si dudase de las intenciones de la reina—. ¿Y tú quieres —siguió Bundles— tomar a la reina de corazones para ser tu legítima mujer? —preguntó al rey.

La carta asintió como la otra había hecho.

—Entonces, por el poder que se me ha investido como vuestro único mago personal, ahora os declaro marido y mujer —declaró—. Puede besar a la novia.

Las dos cartas se volvieron lentamente una hacia la otra en el aire, girando sobre su eje tan torpe y cuidadosamente como si fueran figuras tañadas en un intrincado panorama cronometrado para moverse e inclinarse, para hacerse reverencias y besarse al mediodía, a las nueve y a las tres y a medianoche. Había un silencio sobrecogedor, mientras el mismo Lou Bundles, ciertamente no una figura tallada, se inclinaba.

El restaurante de Joe había cerrado para todos, excepto los asiduos, para una fiesta en honor de Lou. Todos sus amigos que habían estado en el Castillo Mágico se encontraban allí, así como otros que no habían ido al espectáculo, pero que no se habrían perdido una fiesta. Papel de crepé flotando desde las luces fluorescentes, y las mesas colmadas de sombreros de fiesta y matracas como si fuera la víspera de Año Nuevo.

—Da a esta gente lo que quieran, Joe —dijo Lou Bundles—. Y ponlo en mi cuenta.

—¡En, Lou, cielo! —exclamó Dora Duncan—. ¿Qué te parece un poco de magia por los viejos tiempos?

Lou estaba cansado y quería sentarse; quería tomar una copa y reír un rato. Había hecho su actuación antes y trató de decir que no, pero la gente no quería un no por respuesta, y finalmente cedió. Alargó su mano como había hecho antes en el Castillo Mágico, y la gente guardó silencio.

—Vosotros, compañeros, sois el mejor grupo de amigos que un viejo nunca ha tenido —empezó—. Nunca os podría decir que no.

Sacó la baraja, guiñó un ojo a Dora, sopló en sus dedos, escogió una carta al azar y la tiró hacia sus amigos. Cayó al suelo como cualquier carta haría.

—¡Eh, tú! —dijo—. Vuelve aquí. —La carta no se movió. Lou habló entre dientes, tiró otra carta y observó como también caía al suelo. Levantó la baraja y preguntó—: Eh, compañeras. ¿Qué os sucede?

—Tómalo con calma, Lou —repuso Dora.

Johnny Duncan se agachó y cogió las dos cartas. Lou tiró otra, que también cayó al suelo.

—No lo comprendo —dijo.

—Está bien, Lou —murmuró Dora—. No tiene importancia.

—Sólo estás cansado, Lou —indicó Greenberg—. Tú mismo lo dijiste.

—No sé qué les sucede —añadió Lou.

—Son cartas viejas, Lou —advirtió Johnny.

—Tíralas y coge una baraja nueva —sugirió Jack.

—No sabéis de qué estáis hablando —les contestó Lou.

Agarró las cartas que tenía Johnny y una de ellas se rasgó por la mitad. La miró atónito. En una mano sostenía la cabeza de la reina de picas, y en la otra su cuello complejo y adornado de joyas. Tenía que salir de allí: necesitaba aire.

Lou Bundles estaba sentado junto a la mesa de la cocina, con las gafas de leer en la punta de la nariz. Las cartas estaban esparcidas delante de él. Con cinta adhesiva, goma Elmer y un exquisito cuidado estaba arreglando la reina de picas y retocando las otras en el cuello, ya que habían quedado dobladas, arañadas o melladas por los malos tratos que habían recibido durante las últimas semanas.

—Ya está —observó—. Todo lo que necesitáis es un poco de descanso, compañeras. Ser un poco más viejos, sólo toma un poco más de tiempo. Es bueno que ninguna de vosotras tenga un hueso roto. —Se recostó en la silla y cruzó los brazos— ... Estoy pensando en daros una nueva mano de cera, compañeras. Voy a tener que hacerlo yo solo, si quiero hacerlo bien. No sé en quién confiar estos días.

Levantó la reina de picas y la mostró a las otras, que yacían en la mesa, o se apoyaban en el salero, el pimentero, el azucarero, el tarro de arenques.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Qué os parece? Todas las estrellas del cielo no son más bonitas que vosotras, compañeras, cuando estáis suspendidas en el aire. Dije a Murray sólo una actuación al día, necesitáis descanso.

Se inclinó hacia atrás en la silla y cogió una flamante caja de piel de cartas del mostrador.

—Tengo una sorpresa para vosotras, compañeras; así podréis viajar con la mayor comodidad. Real y genuino cuero; treinta y siete dólares con cincuenta centavos. Y tengo una nueva idea para esta noche. ¿Estáis a punto? Mirad: me siento al piano y

empiezo a tocar *Hojas de otoño*. ¿La conocéis? —Se levantó y agitó las manos hacia delante y hacia atrás como si fuera un bailarín de huía moviéndose con movimiento lento—. *Las hojas caen* —cantó con su cascada y ronca voz—. *Junto a mi ventana, las hojas de otoño, rojas y doradas*. Ahora vosotras, compañeras, vais a hacer un arce, realmente New England; y después, al llegar a cierto punto, caéis revoloteando al suelo, pero, en vez de ponerlos en movimiento, volvéis rápidamente a un primaveral cerezo en flor como en Washington. Prepararé alguna canción sobre el tiempo del cerezo en flor, no os preocupéis. ¿Qué os parece? ¿Lo intentamos?

Lou empezó a cantar *Hojas de otoño*, y las cartas sobre la mesa oscilaron, luchando contra el tiempo y la gravedad.

Cantó más fuerte y las cartas parecía que lo intentaban con más fuerza, temblorosas como si tuvieran parálisis.

—¡Vamos! —gritó Lou—. ¡Volad, levantaros de aquí, sois cartas voladoras!

Pero se quedaron inmóviles.

Lou las miró fijamente como si hubieran decidido traicionarle.

—Me engaños —exclamó—. Un par de grandes actuaciones de manera que todo el mundo crea que mi magia ha vuelto, ¿es esto? ¿Así puedo parecer un loco aún más grande? No os necesito. He sido el asombroso Lou Bundles durante cincuenta años sin vosotras y todavía lo soy. Mirad esto.

Anduvo con paso majestuoso hacia la nevera, abrió la puerta de golpe y cogió tres huevos. Apenas había empezado a hacer juegos malabares cuando uno de los tres cayó en el linóleo y salpicó las zapatillas de Lou. Cogió otro huevo, continuó haciendo juegos malabares y pronto éste se había unido al revoltijo en el suelo.

—¿Queréis más magia? —gritó mientras asía un cuchillo de carne—. Ahora veréis, ahora...

El cuchillo que había tratado de esconder en la manga de su albornoz chocó contra el suelo y él miró el largo rasguño sangriento que sus dientes serrados habían dejado en su muñeca. El mundo material se estaba volviendo contra él. Miró fijamente las cartas durante un momento, y ellas devolvieron la mirada, implacables, como cualquier baraja de cartas, sin inteligencia, sentimientos o espíritu, cincuenta y dos rectángulos de papel plastificado con números impresos y caras en dos simples colores, negro y rojo.

—Señoras y señores —dijo Murray Tropicana—, les presento al mismo, al único, al asombroso Lou Bundles.

Lou recibió una de las ovaciones más grandes de su vida. Las cartas estaban a salvo metidas en el forro de su chaqueta.

Había estado pensando mucho desde la mañana. Las cartas eran, no había otra manera de decirlo, eran *viejas*. Eran todavía más bonitas, más finamente detalladas y particulares que cualquier juego que se pueda encontrar hoy en día. Aunque sus colores estaban un poco desteñidos y sus bordes rotos y doblados, todavía se podía

decir que procedían de una época donde la artesanía importaba. Tenían carácter. En realidad ellas eran todo lo que Lou había deseado que un día se dijera de él.

—Muchas gracias, señoras y señores —dijo. Esta noche su corazón estaba muy tranquilo y no sentía en absoluto el más ligero sudor o nerviosismo. Era un hombre en el punto culminante de su poder; podía decirlo. El público estaba pendiente de cada palabra que decía—. ¿Saben? Cuando yo tenía cuatro años vi a un mago sacar un conejo de un sombrero y me dije: «Lou, ésta es tu vida». Y durante los últimos sesenta años la magia ha sido mi vida y yo he amado cada minuto de ella. Tengo recuerdos: he visto cosas y he hecho trucos que otra gente sólo pueden soñar.

El público creía que estaba a punto de llevarles por el camino de recuerdos, en un viaje por los mejores trucos del incomparable Lou Bundles.

—La magia es el espectáculo más grande del mundo —manifestó—. Y cuando un mago no puede crear magia durante más tiempo, es el momento para él de hacer las maletas. Hoy me he dado cuenta que el momento ha llegado para mí. —Levantó sus manos hacia el público en el tradicional gesto de rechazo—. Sé que seréis amables y trataréis de decirme que no; pero, bien, tendréis que confiar en mí. Lo siento, familia, esta noche no hay trucos; es mejor abandonar cuando todavía estamos en la cumbre.

Tomó la baraja de cartas de su bolsillo y las levantó.

—Todas vosotras, las cincuenta y dos —dijo—. Adiós y que Dios os bendiga.

Luego se marchó del escenario. El público se quedó en silencio sentado en sus sillas, sin saber cómo reaccionar. Lou sólo podía esperar que a las cartas les quedase algo para el último hurra.

Pero no tenía que haberse preocupado. Mientras abría la tapa, las cincuenta y dos revolotearon por el escenario y durante diez breves segundos, antes de que volaran para reunirse con Lou, formaron en grandes letras mayúsculas, antes de que la oscura cortina de terciopelo cayera, la palabra

«ADIÓS»

La principal atracción

Se encontraba en la Bola Rosa. La multitud estaba a sus pies, clamando su aprobación. Gestos de hermosas chicas agitaban pompones y entonaban su nombre mientras la sección de gente con cartulinas movía sus letreros para descubrir las sílabas que todo el estadio ahora voceaba en un ritmo de dos tiempos. Por el altavoz, la suave voz del locutor trataba de calmar a la multitud.

—¡Atención, por favor! Como sabéis, tenemos hoy un invitado especial con nosotros. Un miembro honorario de siete equipos de fútbol, baloncesto y béisbol. El estudiante más popular de su clase. ¡Un gran atleta y un compañero estupendo! ¡¡Brad Bender!!

El crescendo de gritos se volvió discordante y metálico y Brad se despertó por el fastidioso zumbido de su despertador digital. Las seis y cincuenta y nueve. Le dio un fuerte golpe, gruñó y se estiró. Encima de él, a través del tragaluz de su dormitorio, captó el azul oscuro de otra mañana de junio en el sur de California. Sonrió y se dio la vuelta. Luego se miró en el espejo, lo suficiente para estremecer a alguien. Tenía que admitirlo: esos modelos de la revista *Gentleman's Quarterly* no tenían nada que hacer con él. Sonrió, se levantó y dio un beso a su reflejo.

—Canalla —dijo y guiñó un ojo.

Su madre abrió alegremente la puerta de su dormitorio a las siete y cinco en punto, como él le había ordenado. Los cinco minutos le permitían incorporarse y pensar cosas buenas acerca de sí mismo, preparar su regazo para la bandeja del desayuno.

—¡Buenos días, sol! —dijo ella, poniendo con habilidad el zumo de naranja y las tostadas delante de él. Ella cogió un periódico doblado de debajo de su brazo y lo agitó ante él—. Formas parte del equipo honorario All-State —le hizo saber.

—Siempre formo parte del All-State —repuso él.

Su madre sonrió con benevolencia.

—Ahora date prisa y come o llegarás tarde a clase. Tu padre y Shelley ya han salido.

Brad miró el vaso de zumo recién exprimido y las dos rebanadas de pan integral. Suspiró y negó con la cabeza.

—Ligeramente tostado, mamá —protestó—. *Ligeramente* tostado.

En el cuarto de baño silbaba mientras terminaba con el último trozo de incipiente barba en su perfecta barbilla cuadrada y limpió las pizcas sobrantes de crema de afeitar. Abrió de golpe el botiquín y escudriñó las botellas y frascos en orden alfabético: Brut, Clinique, Dior, hasta Ralph Lauren y Stetson. Eligió Paco Rabane en el camino de vuelta desde Zetienne; lo salpicó en su cara y lo extendió alrededor con

un movimiento rápido que había estado ensayando para el baile de gala de la noche. Se sonrió a sí mismo, ampliamente, mostrando sus perfectos dientes blancos. De repente, su madre apareció en el espejo, alargándole su cazadora con la inicial de la universidad.

—Bien —dijo ella—. ¿Estamos de buen humor?

—Hoy anuncian el rey del baile de gala —declaró—. ¿No es para estar contento?

—Bradley —manifestó su madre—. Estoy muy orgullosa de ti. ¿Quién será la afortunada chica? ¿Janet, Cindy, Sonia, Laura?

Como un loro, Brad repitió:

—¿Gloria, Becky, Juliette? —Después se dio palmadas en la cara, como si se despertase de un trance—. Las posibilidades son sorprendentes. —Estuvo encantado de ver a Wylie Barrett aparecer detrás de su madre. Wylie era una especie de idiota, pero era divertido e hizo una traviesa imitación de la señora Bender. Además adoraba a Brad. Levantó dos dedos detrás de la cabeza de la señora Bender y dijo—: Elige a Shirley Cráter, amigo.

Brad reaccionó como si hubiese sido pegado en el plexo solar. Después apuntó el dedo hacia su garganta e hizo exagerados ruidos como de náuseas, mientras se tambaleaba hacia el lavabo y hacía una pantomima de vomitar.

—¡Oh, Bradley! —prorrumpió la señora Bender. Wylie andaba y hacía gestos exagerados detrás de ella, articulando las palabras junto con ella—. En realidad Shirley es una *chica perfectamente agradable*.

—Es una gatita presumida —repuso Brad—. Deja que Cliff Smert se la lleve. Él es un amante de los animales. —Se dio la vuelta y se volvió hacia el espejo para terminar de peinarse.

—Así, ¿qué te parece, jefe? —preguntó Wylie—. ¿Necesitas un paseo?

—¿Otra vez el Vespino, Wylie? —dijo Brad. Su madre estaba de pie, con los brazos cruzados, contemplando el reflejo de su hijo. Wylie asintió con la cabeza—. Gracias, amigo. Cogeré el Chevrolet Camaro. —Se dio la vuelta para quedar enfrente de ellos y preguntó—: Bien, ¿qué os parezco?

—Guapísimo —contestó Wylie, y su madre, tan rotunda, le hizo una señal de aprobación.

Stan White, un voluminoso estudiante de primer año, que había sido reclutado como guardaespaldas personal de Brad en setiembre, había guardado la parte derecha del estacionamiento enfrente de la escuela permaneciendo de pie allí y amenazando de muerte a cualquiera que se acercara. Brad paró tranquilamente el Chevrolet en el lugar. Salió, asintió con la cabeza e inquirió:

—Buenos días, Stan. ¿Tienes la sección de deportes?

—Ya lo creo —contestó White, que le alargó un montón de papeles.

Brad los puso en la capota del coche, los firmó rápidamente y luego empezó a pasear hacia las puertas delanteras de la escuela. Era amable, sereno, definitivamente

agraciado. Era la viva imagen del atractivo. Como si fuera un imán, las chicas empezaron a moverse hacia él y él se paraba a charlar, dirigiendo a cada una de ellas una sonrisa, dándoles una copia firmada de la sección de deportes con el artículo del All-State. Después vio a Cliff Smert, limpio, con las mejillas sonrosadas, vestido con una chaqueta deportiva de marinero y una corbata; iba rodeado por un pequeño grupo cerca de las puertas; Cliff, el presidente de la clase, destinado a Princeton, a punto de ser inscrito como republicano. ¿Qué estaba haciendo allí?

Sintió una mano que le apretaba el brazo y se volvió para encontrar a Shirley Cráter, la chica más fea de Rocridge High. ¿A quién le importaba si ella era el número uno en cálculo? ¿A quién le importaba si su promedio para los exámenes de acceso a la universidad era de 1 548? Sus dientes estaban cubiertos de alambres brillantes y la elaborada pieza del aparato de ortodoncia que llevaba la hacían parecer una extraterrestre. Sus gafas debían de tener por lo menos dos pulgadas de grosor, y sus ojos, ligeramente bizcos y aumentados a la duodécima potencia, se unieron a los de él y ardían con adolescente pasión. Era como ser adorado por los Cangrejos Monstruosos. Su otra zarpa ahora se cerraba alrededor de la única sección de deportes que quedaba.

—Gracias —susurró Shirley con voz ronca.

Brad pensó ahora que *realmente* podía vomitar. En un arranque instintivo le quitó de un tirón el periódico de la mano de ella, como se podría escapar del camino de un coche a toda velocidad, como Superman retrocedería ante la criptonita, y empezó a buscar las palabras, algo que nunca le había pasado con el fútbol.

—¡Hem..., oh..., lo siento, Shirley!... Pero yo, ¡oh!..., ya he prometido este último a... ¡Oh!...

Se apartó de Shirley, cogió a uno de primer curso que pasaba y le metió a la fuerza el periódico entre los brazos.

—Cógelo o muere —exclamó Brad entre dientes.

Shirley Cráter estaba sinceramente decepcionada.

—¡Oh, bien! —dijo valientemente—... Cuando tengas más... —Le dirigió una enorme sonrisa metálica—. Adiós —declaró y se fue enfadada.

Sólo él podía hacer que la seria Shirley actuara de esta manera. La observó cómo se marchaba, como si ella fuera su vida brillando ante él, y se estremeció.

En el aula se repantigó en la parte de atrás con sus amigotes, mascando chicle y contando chistes, mientras el director, el señor Hiller, canturreaba los anuncios de la mañana.

—Así —dijo—. Si tienen que mascar chicle entre las clases, tráguenselo antes de volver a entrar.

»Ahora, el anuncio que todos estáis esperando. La corte real de la promoción de estudiantes de último año... —Brad hizo callar a sus amigos y se sentó erguido, esperando la coronación—. El año pasado la chica más popular escogió a su amigo;

así este año al chico más popular le tocará escoger. Pero *este* año vamos a intentar algo diferente. Algo más digno de consideración que un concurso de popularidad. — La abierta sonrisa de Brad se apagó ligeramente y giró la cabeza, como para oír mejor. Cliff Smert se movió en su silla y levantó algo en una mano y un puñado de dólares en la otra—. Reunir dinero para que la biblioteca adquiriera un programador — continuó el señor Hiller—. Vamos a hacer una lotería para un lector de discos compactos, y el que venda más boletos en las próximas veinticuatro horas, será este año en Rockridge High...

De manera que era *eso* lo que ese granuja había estado haciendo, pensó Brad, mientras Cliff Smert agitaba los billetes como un pompón. Estaba fuera de la puerta antes de que el señor DeTaglia pudiera pararle, y prorrumpió en la oficina del director justo en el momento en que el señor Hiller terminaba los anuncios.

Brad estaba de pie con las manos en las caderas, preguntándose qué le sucedería si estrangulaba al director. Le detendrían seguramente, quizá más.

—¿Cuántos? —preguntó el hombre, con afectación. Brad tomó el fajo de boletos y arrancó unos veinte, después devolvió el resto.

—Esto lo cubrirá —dijo y salió con paso airado, dando un portazo tras él.

De todos los temas aburridos, las ciencias era el más aburrido, pero Brad Bender no estaba aburrido hoy. Estaba pensando las maneras de asesinar a Cliff Smert. El señor Barrick, un pequeño hombre tímido, seguía tan apasionante como siempre.

—La lluvia de meteoros de esta noche es la más extensa de esta clase, en este hemisferio, desde que tenemos documentos, de modo que es una oportunidad que se presenta una vez en la vida obtener una vista panorámica. Quiero que todos ustedes observen la lluvia de meteoros esta noche, y quiero decir exactamente *observarla*. No solamente una mirada por la ventana...

Brad se inclinó hacia delante e hizo crujir el hombro de Smert.

—¿Crees que eres extraordinario porque te me adelantaste una hora, payaso? —siseó—. Bien: mírame. ¿Parezco preocupado por ti? ¿Parezco molesto?

—Seriamente preocupado —respondió Cliff con placidez.

—¿Sí? Bien: desayuno tipos como tú y escupo sus huesos después —siguió Brad.

—Señor Bender —preguntó el señor Barrick—. ¿Cuál es el trabajo?

Momentáneamente desconcertado, Brad dijo:

—Usted nos dijo, ¡oh!, que esta noche lloverá.

La clase se rió con disimulo.

—Meteoros —rectificó Wylie en voz baja.

—Usted nos dijo que miráramos una lluvia de meteoros —puntualizó Brad.

—No, señor Bender —se explicó el comediante—. Yo les *dije* que la observaran.

—Te mataré, amigo —susurró Brad a Cliff, pero a decir verdad Cliff Smert no parecía muy asustado.

Shirley Cráter sabía que no era bonita y que no era popular, pero *era* inteligente, y tan pronto como le sacaran el aparato corrector pensaba convencer a sus padres para que le compraran lentillas y salieran del sur de California; sabía que podría ser casi guapa. Mientras tanto tenía este enamoramiento fastidioso y apasionado por el más guapo y más satisfactorio chico de su clase. Siempre que le veía, ella se sentía indispuesta, un sentimiento verdaderamente incómodo; pero sabía que el verdadero amor era así. Y leyendo a los poetas románticos, se enteró de que se dedicaría a ello o moriría.

Mientras caminaba fuera de la cola del comedor llevando su bandeja, se dirigía directamente a la mesa en que Brad Bender se sentaría, la única mesa vacía en el patio, como siempre, guardada por ese inescrutable idiota musculoso que en septiembre había firmado sin discutir por una vida de humillación. Ella le miró con cautela, todavía no la había atacado, y puso su bandeja.

—¡Hola, Stan! —dijo, tratando de dar a su voz un deje. Se sentó—. Ésta es de verdad la mejor mesa. Eres muy listo de cogerla. El mejor sitio de la cafetería. No me extraña que Brad se sienta aquí.

—Está *ocupada* —indicó Stan.

—Sé que se supone que nadie se sienta aquí, excepto Brad, quiero decir; pero estoy segura de que a Brad no le importará; de hecho estábamos hablando precisamente esta mañana, y... me gusta tu camisa. Quiero decir, yo y Brad teníamos muchas cosas de qué hablar y creo que sería un planteamiento muy positivo; quiero decir que él es popular y yo soy inteligente, y si la gente popular y la inteligente se reúnen más a menudo... ¿Sabes qué quiero decir?

Estaba desanimada por el hecho de que hoy, como ayer y anteayer, Stan había levantado la silla con ella y la había llevado a una mesa muy lejos de la de Brad. Sin embargo, hoy había sido lo bastante afortunada de coger su bandeja.

Brad se instaló en la mesa e hizo a Stan monitor de la fila compuesta exclusivamente de chicas deseosas de comprar un boleto por el privilegio de sentarse, incluso por un momento, con él.

A Darcy Cook le dijo:

—Y cuantos más boletos compres, más se llega a una conclusión ya prevista; que tú serás mi elegida para reina.

A Debbie LaBrava le dijo:

—Reina Debbie. De verdad me gusta cómo suena esto. De una manera regia. ¿Sabes qué quiero decir? ¿Cuántos decías?

A Marilyn Monrovia le indicó:

—Perfecto, yo soy sagitario también. Así la noche del baile de gala en las estrellas. ¿Puedo anotarte para diez bole...

Con horror vio a Shirley Cráter camino de colisionar con su mesa. Se había quitado las gafas, cambiando sus ojos de faros locos en arrugadas rendijas, y no

seguía la fila precisamente porque no podía verla. Brad rápidamente asió a un estudiante de primer curso y lo puso delante de ella, como un muñeco de entrenamiento. Ella fue directamente hacia él, y entonces sonrió alegremente y cogió su brazo como había cogido el de Brad aquella mañana y murmuró:

—Cogeré diez. Uno por uno.

Esa noche, después de su cena favorita, hecha por su madre, y el elogio del All-State, hecho por su padre, Brad Bender se retiró a su habitación para recrearse. Cuando terminó de contar la recaudación de los boletos, puso los pies en el escritorio y telefoneó a Cliff Smert.

—¡Hola! Ha llamado a la residencia de los Smert —dijo Cliff—. Cliff júnior al habla.

—¡Qué sabor tiene la agonía de la derrota, traidor? —preguntó Brad—. ¿Es como lamer un cenicero?

—No has ganado todavía, Bender —declaró Cliff, pero Brad podía notar que estaba violento, incluso cuando la bravata continuaba. Escuchó ociosamente mientras giraba en su silla. El viejo Barrick tenía razón: el cielo estaba rayado por los meteoros. Bastante impresionante, como todos los pases rozando el suelo que él había cogido. De hecho, parecía un desfile de cinta cósmica perforada.

—Escucha, Cliff —dijo—. La única cosa que podría detenerme ahora es un acto de Dios.

Un tremendo rayo de luz pasó silbando por la claraboya, tan brillante y ruidoso que Brad quedó durante un momento inmóvil. Después se agachó bajo su escritorio, dejando caer el teléfono. Una explosión blanca centelleó unos momentos más tarde, acompañada por un tremendo ruido. Se puso en pie, abrió la ventana y se asomó fuera, pero todo parecía normal. Cuando cogió el auricular, Cliff estaba diciendo una y otra vez:

—Brad, Brad, ¿estás bien?

—¿Rezas con regularidad, sabelotodo? —le espetó y luego gritó—: *Bien: dile que ha perdido.*

Colgó el auricular de golpe y se volvió hacia la claraboya otra vez justo a tiempo para ver otro meteoro, más grande y más brillante que el anterior, que se dirigía directamente a su habitación. Oyó un ruido acelerado, algo entre una ráfaga de viento y un avión aproximándose, y se metió debajo de la cama mientras la habitación estallaba.

Los científicos, periodistas y la policía estuvieron allí la mayor parte de la noche. Volvieron de nuevo por la mañana y Brad estaba encantado con toda la publicidad. Mientras el fotógrafo del *Times* de Los Ángeles se abría paso alrededor del dormitorio de Brad, éste se complacía en ponerse en tantas fotos como fuera posible. Estaba programado aparecer en las noticias de la mañana y de la tarde y en varios noticiarios de radio. Se había hablado incluso de un especial *National Geographic*.

Pero desgraciadamente los científicos no estaban interesados en hacerle una entrevista por el momento; les fascinaba mucho más la habitación en sí. Brad decidió quedarse en caso de que hiciera más preguntas.

—Esto es increíble —exclamó uno de los científicos—. Quiero decir que prácticamente todas las cosas de esta habitación han sido magnetizadas. Estoy sorprendido de que tú no lo estés.

Brad sonrió cortésmente y se alejó poco a poco del hombre, que parecía un poco chiflado, como todos los científicos, yéndose hacia atrás junto al espejo de tamaño natural en su puerta. Con indolencia echó una mirada sobre su hombro para mirarse, no quería defraudar a sus *fans*, y lo que vio hizo que la sangre se le helara en las venas. Había una regla de metal atascada en su espalda, y su jersey parecía un papel secante, cubierto de sujetapapeles.

—¿Han localizado al otro? —preguntó otro científico.

—No, todavía lo están buscando —repuso el individuo jefe—. Personalmente, tengo mis dudas. Las posibilidades de dos meteoritos cayendo en la misma noche son *astronómicas*.

Todos rieron. Era el mismo chiste tonto que su tonto profesor de ciencias había hecho.

—Lo sé, lo sé, pero todo el vecindario lo vio. Incluso este joven...

Brad esperó que no empezaran a preguntarle; no quería ser interrumpido del difícil trabajo de desenganchar la regla de su espalda. Se alejó un tanto de ellos y el brazo de la lámpara de su escritorio giró y dio contra su cabeza, pegándole con fuerza. Rió, un poco nerviosamente.

—¡Eh, vosotros, compañeros! —dijo, y entonces recordó todas las películas que había visto.

Los científicos, una vez descubrían algo misterioso, siempre lo apartaban para examinarlo. Recordó *La mosca* y *La cosa* y *El hombre de hielo* e incluso *E.T.* Se imaginó a sí mismo atado a una mesa de frío aluminio, con uno de esos focos de vapor de mercurio deslumbrando sus ojos. Un compañero con una bata de laboratorio con una voz como Peter Lorre se inclinaba sobre él diciendo:

—Debemos medir esta carga, joven, no temas. El flujo eléctrico. Estoy a punto de insertar este tubo en...

Todos los científicos le estaban mirando, de modo que se apoyó contra la puerta y trató de sonreír mientras preguntaba:

—¿Un agujero bastante grande, eh, amigos?

Cerró la puerta con llave en cuanto salieron, pero no hacía diez minutos que se habían ido cuando su madre llamó:

—Bradley, sal de aquí. Llegarás tarde a la escuela.

—No iré —manifestó a través de la puerta.

—¿Por qué no? —se extrañó ella—. ¿Estás enfermo?

—Sí —afirmó él.

Después oyó la voz de Wylie:

—¿Estás enfermo?

—Eso es lo que dice —adujo la madre—. Que está enfermo.

—¿Qué quieres decir con que estás enfermo? —terció Wylie.

—No iré a la escuela, Wylie —respondió Brad.

—¿Por qué no? —preguntó Wylie.

Brad miró su imagen reflejada en el espejo. Había estado recogiendo cosas, más o menos. Ahora estaba cubierto con imperdibles y alfileres, sujetapapeles y grapas, trastos metálicos que nunca había visto. No sabía siquiera de dónde habían venido, pero se quedaban volando por el aire y pegándose a él.

—No te lo puedo decir —contestó él y su voz sonaba horrible.

—Tenemos que ir —urgió Wylie—. Si no perderás...

—No me importa ser el rey del baile de gala —interrumpió Brad.

La papelera metálica se deslizó por el suelo y se le pegó a la pierna; le dio una patada.

—Perderás con Cliff —se le ocurrió decir a Wylie.

Envió a Wylie por delante e hizo lo que pudo para quitarse la variedad de objetos metálicos de sus ropas, pelo y cara. Era un trabajo difícil. En cuanto se había despegado un sujetapapeles del cuerpo, tenía que pensar la manera de quitárselo de las manos. Su carga era tan fuerte que parecía atraer objetos a través de la tela y el cuero; una mirada a sus zapatos le evidenciaba el hecho. Se contentó con despejar los chismes con un peine de plástico, casi como haciendo saltar tapones de botella.

Hasta que no llegó cerca del coche no descubrió la extensión de su problema. Abrió la puerta de golpe, perdió el equilibrio y cayó cuando su mano quedó atrapada. Se soltó y trató de cerrar la puerta de golpe, pero volvió rápidamente y le golpeó el brazo. Tratando de marcharse, comprendió lo que Debbie LaBrava quería decir cuando le dijo:

—Me siento muy atraída por ti. Entonces comprendió la ironía.

«¡Oh, Brad —un millón de chicas decían suspirando al unísono—, eres tan atractivo...!»

Aumentando su cólera, levantó la mano a la fuerza y dio una rápida patada a la puerta, pero su zapato se pegó al lado, y cuando dio un tirón para despegarlo, de nuevo se encontró en el suelo. Furioso, se puso en pie y buscó algo con lo que asestar un golpe al coche, pero el montón de herramientas que colgaban del interior de la puerta del garaje —una azada, una pala, una horca— constituía un problema más. Incluso mientras observaba la bicicleta rosa de su hermana, ésta se enderezó sola de la puerta del garaje en que estaba apoyada y empezó a rodar hacia él.

La cara de Stan White, normalmente impasible, reflejó un sobresalto cuando Brad llegó al lugar del estacionamiento que Stan estaba guardando para él.

—Ni *una palabra* —dijo Bender.

Tratando de mantener un poco de dignidad, con cuidado hizo girar una pierna sobre la bici, pero chocó con la calzada cuando la otra pierna permaneció fija sobre el cuadro de la bici rosa, y cuando levantó la vista, White parecía desconcertado, mientras él yacía allí dando patadas a la máquina.

Había que hacerlo o morir. Se puso en pie lo mejor que pudo, se quitó el polvo y sin otra palabra desfiló entre montones de mirones hacia la oficina de Hiller. Depositó la bolsa de la recaudación y se marchó. Pero cuando anunció su victoria a Hiller, el director le dijo.

—No tan aprisa, Bradley. Debo contar los recibos.

Incluso su corbata, sujeta por un clip metálico, flotaba desde su chaqueta y apuntaba como una cobra a Brad Bender, ese encantador de serpientes.

De modo que esperó el fallo, y las cosas se ponían peor, si eso era posible. En la clase de ciencias, Barrick seguía hablando, actuando por primera vez como si Brad Bender realmente fuera una celebridad.

—La lluvia se extendió sobre un campo tan amplio —decía— y el porcentaje de meteoros que sobrevive a la entrada en la atmósfera es tan pequeño... Bien: las posibilidades contra esto han sucedido a alguien de nuestra clase... ¿Señor Bender?

Brad, sentado con aire miserable en su pupitre, advertía cómo sus zapatos se deslizaban hacia atrás hasta quedar unidos a las patas de metal de la silla. La chica que estaba a su lado llevaba grandes pendientes de argollas, y parecían los aros flotantes de un mago desafiando la gravedad y señalando a Brad. La chica que se sentaba delante de él llevaba un collar que se había deslizado de su pecho a su espalda y ahora se elevaba en el aire, estirándose hacia él. Cuando el aparato para los dientes del muchacho gordo cercano a él se le pegaron al brazo, se levantó y se excusó, y, mientras tropezaba con la puerta, la papelera rodó detrás de él.

Las clases estaban en período escolar y los pasillos permanecían desiertos, de manera que pensó que haría un descanso mientras nadie le miraba. Empezó paseando por las filas de casilleros y se dirigió hacia la puerta para irse a casa cuando sintió que era empujado contra su voluntad y las suelas de goma de sus zapatos patinaban a través del linóleo, mientras él trataba de resistir al empuje magnético. Pero ni siquiera él, hombre musculoso del All-State, tenía la fuerza suficiente. Pronto estuvo con los miembros extendidos contra los casilleros, pegado de la cabeza a los pies, su cara machacada contra la rejilla de ventilación.

A punto de llorar, cedió a la atracción y trató de recobrar el aliento. Después empezó a moverse de lado a lado hasta que fue capaz de darse la vuelta de golpe, de modo que su espalda estaba tocando a los casilleros, todavía fuertemente pegado en una postura de crucifixión, pero por lo menos ya no parecía como si estuviera cariñoso con una pared de metal. En esta posición trataba de parecer relajado, mientras una de las profesoras de matemáticas de segundo año, en su camino al salón de profesores, se detuvo. Le dedicó su más atractiva sonrisa y ella asintió con la

cabeza, una victoria para Bender: ella podía haberle pedido su permiso para estar en el pasillo.

Tardó la mayor parte de la hora en hacer el camino de vuelta a los casilleros, girando de delante a atrás, «¡Bam, bam, bam!», hasta que, por fin, fue capaz de separarse violentamente y lanzarse contra una pared de ladrillos. Se quedó de pie allí, tan impasible como pudo, mientras observaba a un hombre con bata blanca que estaba en la puerta de la oficina de Hiller.

—Es bastante increíble, por supuesto —estaba diciendo el hombre—. Pero parece que hubo dos meteoros y ambos cayeron en Rockridge y ambos golpearon los dormitorios de estudiantes de este instituto. Tenemos al otro estudiante en observación, pero si puede decirme dónde encontrar a Brad Ben...

Así que era verdad: iban a atarle y asarle, sujetarle con púas y alambres y hacerle comer mercurio. Estaría en un especial *National Geographic*, pero inconsciente mientras le señalaban con un palo con puntera de goma. Se escapó mientras podía, yéndose por el pasillo y dando la vuelta a la esquina; la fina capa metálica del surtidor le atraía y pasó a la parte de la escuela que conocía mejor, el gimnasio. Allí sabía muchos sitios donde esconderse.

Abrió de golpe la puerta de los vestuarios y después se paró; su corazón latía con violencia, mientras despegaba su mano del pomo de la puerta. Tratando de no hacer demasiado ruido, caminó con mucho cuidado hacia el centro de la fila de casillas, esperando que la doble atracción a izquierda y derecha le dejara sin tocar. Sin embargo tenía razón: mientras caminaba, todos los candados se pusieron erectos y le saludaron.

Pero se había equivocado; no había sitio alguno donde esconderse. En la habitación de las toallas vio a otro hombre con una bata de laboratorio hablando con el viejo Charlie y Brad rápidamente se metió dentro de la habitación de las herramientas y permaneció allí en la oscuridad, su espalda contra la puerta, esforzándose por oír lo que los hombres estaban diciendo. La oscuridad susurraba y entonces sintió una especie de red redondeada atándose a su pierna. A su alrededor el aire estaba zumbando, vibrando. Encendió la luz y vio con horror el error que había cometido. Un guante de catcher estaba pegado a su pierna y toda la habitación estaba llena de jabalinas que se agitaban bruscamente, zapatos con clavos para correr, con las puntas afiladas y plateadas bajo la luz fluorescente, palos de golf, bates de béisbol de metal. Se dio cuenta de que contaba con unos segundos antes que todo el conglomerado peso del mundo atlético uniera sus fuerzas contra él. Trató de abrir la puerta y consiguió pasar justo cuando con enorme estrépito de objetos golpeó la parte opuesta y cayó al suelo.

Pasó corriendo delante del científico y Charlie. Sus caras eran grotescamente grandes y deformes mientras decían: —Nos gustaría hablar con usted, señor Bender... Él corría con movimientos lentos, como en un sueño, mientras la voz del señor Hiller venía del interfono:

—Atención, por favor. Los boletos de lotería han sido contados y el rey del baile de gala de este año es ¡BRAD BENDER!

La campana sonó y de repente los vestíbulos se llenaron de estudiantes y el aire se llenó de objetos metálicos, plumas y aparatos de ortodoncia, relojes, pendientes, joyas baratas de todas clases, volando hacia él hasta que fue un montón de metal moviéndose lentamente. Le atrapó un aire tan espeso como miel fría cuando la gente alargaba las manos hacia él, tratando de asirle.

Pero esta vez estaban tratando de atacar. Chica tras chica —Darcy Cook y Debbie LaBrava, Marilyn Monrovia y Janet, Cindy, Juliette, Laura— le gritaban:

—¡Laura dijo que iba a ser tu novia! —silbó Darcy.

—¡Idiota! —vociferó Debbie.

—¿Dijiste a Jeannie...?

—¡Mentiroso!...

—¡Traidor!...

Pasó peleando a través de todas ellas lo mejor que pudo, rechazándolas como a bloqueadores del equipo contrario, mientras más y más metal se le pegaba; el cubo de la fregona del portero, un tablero con pinzas, varias carpetas de anillas, y el alborotador montón de chatarra conocido como Bender cruzó ruidosamente las puertas principales de la escuela seguido por una multitud alborotada.

Vio la bicicleta de su hermana, su única esperanza de escapar, y se dirigió a ella. Pero no parecía progresar mucho: de hecho parecía correr hacia atrás. Y entonces se dio cuenta de que estaba siendo empujado, lenta e inexorablemente, hasta que se atascó con un enorme estruendo al asta de la bandera de la escuela. Advirtió que parecía un accidente de coche. Se encontró a sí mismo rodeado por las sádicas, curiosas, alargadas caras de pesadilla de todos los que él siempre había condescendido o, de lo contrario, ofendido: estudiantes de primer curso que había desairado, chicas que había humillado, sus profesores, todos, gruñendo, gritando, vociferando venganza.

—¡De acuerdo! —gritó—. ¡Soy magnético! ¿Qué pasa? —Despegó el guante de catcher de su pierna y lo arrojó salvajemente contra la multitud. Éste se deslizó hacia abajo y le golpeó el pie—. ¡Menuda gracia!

Pero la multitud no parecía estar de acuerdo. Ahora retrocedían y empezaban a aplaudir su desgracia, a silbar y mofarse y pitar. Buscó alrededor algún amigo, pero no había nadie en quien pudiera confiar. ¿Estaba alucinando?

—De modo que crees que mi Vespino no es bastante bueno para ti —gruñó Wylie.

—*Ligeramente* tostado, mocosos ingratos —decía su madre.

—Ni una vez te ofreciste a sacar la basura —gritó su padre.

—Tú creías que me gustaba guardarte sitio en el estacionamiento —rugió Stan White.

¿No había nadie que aún le adorase? ¿Nadie en quien pudiera confiar? Brad

Bender oyó un gran estrépito, como si un gigantesco camión de basura se estuviera dirigiendo hacia él. Sonaba como cientos de guijarros golpeando dentro de latas, como palancas golpeando las capotas de los coches, como si todas las latas de cerveza hechas en Milwaukee fueran aplastadas. La multitud se dividió en dos, como el mar Rojo, y vio otro milagro.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Yendo hacia él, nacida de una corriente de magnetismo, cubierta, lo mismo que él con metal: trozos de metal, joyas, utensilios de cocina, partes de coches extranjeros, sus zapatos de suela de goma frotando contra la acera, incluso mientras ella se levantaba fuera de sí misma por la fuerza inexorable de su atracción por él, y con una mirada de completo abandono en su rostro, rojo de felicidad, estaba Shirley Cráter.

«¡El otro meteoro!», pensó mientras ella se arrastraba más cerca, más cerca...

Y entonces se sintió despegado del palo de la bandera. Se agarró hacia atrás para sujetarse, pero él también estaba siendo empujado, empujado hacia Shirley.

—¡Oh, Dios! —gimió—. ¿Alguien quiere ayudarme? —Pero la multitud estaba delirante de venganza. Con su cuerpo inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, sus manos intentaban asir el aire—. ¡Noooooo! —gritó, mientras Shirley Cráter, un proyectil lanzado, las gafas ahora tiradas; sus labios se fruncieron, sus ojos se cerraron y sus brazos se abrieron, estaba volando hacia él.

Se besaron, no pudo evitarlo. Sus vestimentas metálicas chocaron enviando una pequeña lluvia de trozos entre las cabezas de los estáticos mirones. Incluso Brad Bender tuvo que admitir la verdadera fuerza de su atracción.

El tren fantasma

Fenton Globe sabía lo que era estar obsesionado por el pasado. Cuando se casó con Joleen Sizemore y se trasladaron a Chicago, era consciente de que su niñez en Iowa, la rica tierra negra y las onduladas tierras de labranza, las millas y millas de maíz, las manadas de vacas lecheras, aún estaban muy ligadas a él. Era consciente también de lo culpable que se sintió cuando llevó a su padre a una residencia de reposo después de la muerte de su madre. Quería a su padre, y su hijo Brian en particular quería mucho al viejo, pero actualmente el apartamento en que vivían era estrecho y oscuro y Fenton se consolaba pensando que su padre preferiría mirar por las ventanas de una residencia de reposo los campos de maíz que por las del apartamento de su hijo el asfalto y los coches.

Y realmente Daniel Globe parecía encontrarse bastante bien. El viejo miraba fuera con fijeza las musarañas durante un buen rato y de vez en cuando sus agrietados ojos azules se entrecerraban ligeramente, como si oyera algo a lo lejos, el silbato de un tren o el ladrido de un perro. Aun así, cuando Fenton, su mujer e hijo se trasladaron a un apartamento más aireado y espacioso, con una habitación para huéspedes, dejó que su padre se quedara en el mismo sitio.

Sin embargo, a los cuarenta y cinco años supo que era hora de volver a casa; volver a Iowa, a un primitivo sentido de la familia. No iba a subir hasta la cumbre en el negocio de los seguros y, cuando era sincero consigo mismo, sabía que no le importaba. De modo que compró un trozo de tierra en Janesville, cerca de donde había crecido, y construyó la casa que él y Joleen siempre habían querido. No tenían mucho dinero ahora; había cogido un trabajo como agente de una pequeña firma de seguros cerca de Waterloo, pero tenían una casa nueva, estaban en Iowa y estarían todos juntos. Quizá comprarían un caballo, si podían permitirse vallar el lugar, y tendrían un pequeño jardín. Tenía suciedad bajo las uñas. Todo iba a crecer.

Cuando Fenton y Joleen fueron a recoger a su padre, el director de la residencia de reposo Shady Nook le dijo que el viejo había estado actuando de una manera extraña desde que le hablaron del traslado.

—El otro día le encontramos envolviendo regalos de Navidad —dijo el señor Cole. Era mitad de agosto—. También he oído a algunos de nuestros residentes hablando sobre cómo el señor Globe está planeando irse a un largo viaje, uno que ha estado esperando durante toda su vida.

—Parece como si papá está contando cuentos otra vez —repuso Fenton—. Cuando yo era niño contaba las historias más asombrosas.

—Quizá sea esto —prosiguió el señor Cole—. Sin embargo, no es raro en la gente de su edad empezar a tener fantasías engañosas.

—La mente de mi padre está tan sana como un puente de acero —le espetó

Fenton—. Siempre lo ha estado.

El trayecto a lo largo de la autopista nacional 80 no fue muy divertido: camiones con remolque, humo de diesel y tubos de escape. Pero Fenton torció en Malcolm y tomó la carretera estatal 63 hacia el norte, junto al río Iowa, hacia Tama y Toledo, pocas millas al este del poblado indio Mesquakie. Pronto el aire estuvo cargado con los calientes olores de final de verano, de alfalfa, maíz y vacas. Su padre, como un muchacho, estaba de pie con la cabeza sobresaliendo por la ventana del techo del Chrysler.

—¿Cómo huele ahí arriba? —gritó Fenton a su padre.

—Magnífico —dijo el viejo—. Simplemente magnífico.

Se sentó y empezó a jugar con el interruptor eléctrico de la puerta de detrás del portaequipajes, subiendo y bajando el cristal.

—Creo que te gustará la nueva casa, papá —indicó Fenton—. La he diseñado yo mismo con un dormitorio en la planta baja para ti, de modo que no te canses subiendo y bajando escaleras.

—No os preocupéis por mí —contestó el viejo.

—Y Fenton ha puesto un calentador especial en su habitación para que no coja frío por la noche.

—Eso es muy atento, pero no estaré tiempo suficiente para disfrutarlo.

—No hables de esta manera, papá. La gente puede convencerse a sí misma de todo. Tú mismo decías que no te pasaba nada malo. Tienes años y años por delante.

—¿Dices que la casa está cerca de Waterloo? —preguntó su padre.

—Eso mismo —dijo Fenton—. En Janesville. Creo que reconocerás la región. No está lejos de donde naciste.

—¿Sólo un campo de maíz, decías? Es gracioso que me llevéis donde yo debía haber muerto hace setenta y cinco años.

—¡Basta, papá! —le reprendió Fenton—. Una cosa es hacer broma con tus amigos en Shady Nook, pero si sigues hablando así a Brian, nunca se irá a dormir. Ya sabes qué imaginación tiene.

—Él estaba impaciente por verte, Abu —dijo Joleen.

Abu era como Brian solía llamar a su abuelo.

—Quizá algún día pronto puedas llevarme a donde sucedió —siguió el viejo—. No he ido desde que me llevasteis a aquel sitio.

—No tendremos que ir lejos —añadió Fenton—. Parece que los raíles solían atravesar el campo detrás de la casa que compré.

—¿Tu propiedad? —dijo Daniel—. ¿El accidente sucedió en tu propiedad?

—Sí —asintió Fenton—. ¿Puedes imaginártelo? No lo supe hasta el final. La chica de la oficina de escrituras en Waterloo me lo comunicó.

—¿Exactamente dónde está tu propiedad? —preguntó Daniel.

Mientras torcían por la sucia carretera y llegaban a la calle recién pavimentada, Fenton se sorprendió una vez más por lo desconcertantemente rara que la casa parecía fuera de allí. Estaba muy nueva, de un blanco deslumbrante, cubierta de aluminio resplandeciente bajo el sol de agosto; dos pisos, tres dormitorios, una sala para la televisión y cuarto de estar y una gran cocina para comer en ella. Un garaje de dos plazas. Postigos en todas las ventanas. Alrededor de ella, la tierra se extendía como lo hacía durante cientos de años. Sólo la casa era nueva.

Movió la cabeza ligeramente, como si esto pudiera hacer salir el pensamiento. Brian vino corriendo desde detrás de la casa gritando.

—¡Abu, Abu!

Su padre se apeó del coche rápidamente. Cogió a Brian y le hizo girar hasta que el chico se subió a los hombros del viejo. Estaba encantado por los lazos entre ellos y ahora deseaba que hubieran llegado antes.

—Brian, ten cuidado —manifestó Joleen, pero Daniel sólo movió su cabeza hacia ella para decirle que todo iba bien.

Fenton miraba a su padre con atención, mientras el viejo contemplaba la casa. Se sorprendió de ver qué viejo parecía bajo la luz implacable. Su pelo era blanco, sus ojos parecían estar hundidos en su cráneo de modo que, incluso a pleno sol, la oscuridad se reunía a su alrededor. Su barba era blanca y huesuda y su cara parecía demacrada y larga, como si la gravedad, trabajando sobre él durante tres cuartos de siglo, hubiera estirado la carne.

—¿Qué te parece, papá? —preguntó Fenton.

—No me gusta —se sinceró su padre—. No, señor. Ni una pizca.

—Quizá le gustará más desde el interior —repuso Joleen.

—¡Oh, la *casa* está muy bien! —dijo Daniel—. Es muy grande y agradable. No me gusta donde la habéis puesto, es todo.

Daniel Globe escondió los regalos de Navidad cuidadosamente envueltos en un estante del armario y volvió a su maleta. «No», pensó. Donde su hijo había puesto la casa era un gran error. Soltó los cierres y miró sus viejos trajes, ligeramente húmedos de la lavandería de Shady Nook. Fenton se había tomado todas estas molestias, estrictamente innecesarias. Daniel Globe no esperaba estar por aquí lo suficiente para apreciarlo.

Sabía que el tren llegaría. Sacó toda la ropa y, para estar seguro, comprobó que su billete estaba todavía donde lo puso. Después se dirigió hacia la cocina, toda de linóleo y formica, reluciente acero inoxidable, y que no era en absoluto como la cocina de su Maisie, oscura de madera y muchos años.

—No me hagas decirlo otra vez —reñía Joleen—. Tu abuelo es diez veces mayor que tú, así que necesita diez veces más de descanso.

—Pero yo sólo quiero preguntarle sobre los indios —dijo Brian—. No tiene que

correr o algo así.

—Quizá mañana.

—Pero yo nunca juego con nadie —protestó Brian—. Ninguno de los chicos del colegio viene porque es demasiado lejos para ir en bici.

Daniel sacó la cabeza por el rincón, captando la atención de Brian. Puso el dedo en sus labios y se aseguró de que Joleen no le viera.

—Tienes muchos juguetes con los que jugar —dijo Joleen.

—De acuerdo —asintió Brian, corriendo fuera de la cocina.

Joleen le miró irse con sorpresa. Cuando se dio la vuelta, Daniel pasó corriendo y salió fuera bajo la luz del sol.

La hierba y las carriceras le llegaban hasta la rodilla mientras caminaba, llevando a su nieto de la mano, los ojos atentos al suelo.

—¿Es aquí donde los indios solían luchar, Abu? —preguntó Brian.

—Es uno de los sitios —dijo Daniel.

—¿Qué indios eran?

—Justo por aquí el jefe Sac Keokuk luchó contra los sioux —explicó.

—¿Alguna vez conociste a alguien a quien un indio le quitara el cuero cabelludo? —quiso saber Brian.

—Brian, los indios fueron la primera gente en esta tierra —continuó Daniel—. Era de ellos, toda. Tenían derecho a hacer lo que hacían para proteger sus familias y tierras y forma de vida.

Brian tiró de su mano, se inclinó y cogió algo.

—¡Mira, Abu! Es una punta de flecha. Encontré una punta de flecha india.

Daniel tomó el objeto de Brian y lo estudió. Cuando era niño, había encontrado docenas de artefactos en los campos alrededor de la granja. Pero éste era sólo una piedra afilada.

—Lo siento, chico —dijo.

Pero algo más captó su ojo. Ahora se agachó y cogió el oxidado trozo de hierro de cerca de medio pie de largo.

—¡Estupendo! —exclamó Brian—. ¿Es esto una lanza india?

Daniel rió y dijo:

—No, Brian. Es un travesaño de vía férrea.

—¿De un tren? —preguntó Brian—. ¿Quieres decir que un verdadero tren solía pasar por aquí?

Daniel asintió con la cabeza, atento a estudiar el suelo para más evidencia.

—El Highball Express —dijo—. Pasaba por aquí donde estamos andando ahora.

—¿Qué camino hacía? —preguntó Brian.

—Esto es lo que vamos a describir —declaró Daniel.

Continuaron andando. Unas cien yardas más adelante encontraron una pieza

torcida y oxidada de un antiguo semáforo en la maleza y, pasada ésta, tres traviesas de vía férrea, todavía colocadas, aunque las vías habían sido eliminadas.

Tendría más o menos la edad de Brian, quizá sólo un poco más joven. No había cosechas en absoluto, entonces era tierra de pasto y había una arboleda allí arriba, pensó, donde estaba aquel depósito de agua azul.

—¿Qué sucedió aquí? —preguntó Brian, que sostenía un trozo de metal torcido en sus manos.

—El viejo Highball Express se salió claramente de sus vías. Mató a todos a bordo.

—¿Tú lo viste? —inquirió Brian.

Daniel asintió con la cabeza, se arrodilló y puso su oreja en el suelo, donde los raíles habían estado. Vio algo a través de la maleza, algo de un blanco deslumbrante.

—Iba en línea recta del oeste al este sin torcerse una pulgada —explicó Daniel.

Se arrodilló y señaló derecho hacia el oeste.

—¡Bam! —dijo Brian—. Derecho a través de nuestra casa nueva.

Su hijo creía que se había ido volviendo progresivamente más raro. Daniel lo sabía y por supuesto se paseaba al atardecer, mirando a través de los campos de maíz, echándose con la oreja pegada al suelo incluso justo después de llover. Pasaba la mayor parte de su tiempo con Brian, y esta tarde era especialmente importante. Había cosas que necesitaba explicar a este chico que jugaba con tanta atención con su tren de juguete. Mientras la locomotora de pequeño tamaño empujaba su carga de furgones y vagones de pasajeros alrededor del trazado en forma de ocho, Brian maniobraba un ficticio portaequipajes en posición en las vías, y Daniel retrocedía mientras la locomotora golpeaba el portaequipajes, se torcía, se levantaba de los raíles y se volcaba de lado.

Brian le miró durante unos segundos y luego dijo:

—Abu, ¿qué hizo que el Highball Express se saliera de sus vías?

Si no lo contaba al chico esta noche, nunca lo haría.

—Un chico —contó—, de tu edad más o menos, estaba esperando el número cuatrocientos siete para cogerlo e ir a visitar a su abuelo en la ciudad sioux. El tren llegaba con retraso y el chico estaba cansado y aburrido, de modo que se echó en el suelo cerca de la vía con su oreja pegada al raíl; así podría oír si el tren llegaba.

—¿Cómo tú a veces te echas en el campo? —preguntó Brian.

—Sí —afirmó Daniel—. El chico, como estaba muy cansado, se durmió allí mismo. Nunca he entendido esta parte, pero cuando el tren llegó, tocando su silbato y retumbando y sonando, no se despertó. El guardafrenos le vio de repente, me imagino, y tiró del freno con fuerza, bloqueando las ruedas del Highball Express. Y todo este peso y la presión hizo que las vías se doblaran sobre sí mismas. —Los ojos de Brian estaban muy abiertos—. Y ese chico se despertó justo a tiempo para ver a todo el tren levantarse y dar una vuelta como un perro amaestrado. Justo a tiempo

para oír los gritos de los pasajeros. —Sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó los ojos.

La voz de Brian era tranquila.

—¿Eras tú ese chico, Abu?

—Yo *era* ese chico, Brian, y esta noche ese viejo cuatrocientos siete va a hacer lo que debería haber hecho hace setenta y cinco años. Va a llevarme donde debo estar.

—¿Cuánto tiempo estarás? —preguntó Brian.

—¡Chico, nunca volveré! —La cara de Brian se había vuelto blanca; había asustado al muchacho—. Bien —dijo, poniéndose en pie—. Vamos, chico: tenemos trabajo que hacer. El tren no alcanzará la habitación de tus padres cuando vayas a través de la casa. Pero tú y yo estaremos justo en su camino; tenemos que mover algunas cosas.

—Ya es suficiente —gritó Fenton, apareciendo de repente por la puerta.

—¿Me has estado espiando? —masculló Daniel, en voz baja y áspera—. Déjame hacer.

—Si vives aquí, papá, tienes que seguir las reglas de la casa y la número uno es no contar historias de miedo a Brian. Sabes lo susceptible que es.

—Te lo he estado diciendo y diciendo, pero simplemente no quieres escuchar. Es mejor que empieces a cargar algunas cosas y os vayáis a dormir a cualquier otro sitio.

La cara de Fenton enrojeció y sus manos ahora estaban apretadas a sus caderas.

—Has ido demasiado lejos hoy, papá. Lo siento. —Se dio la vuelta y salió de la habitación.

—Ven aquí, chico —dijo Daniel, alargando la mano y cogiendo a Brian por la manga—. Alrededor de medianoche verás una luz amarilla, como nunca has visto antes, viniendo hacia la casa como el ojo de un dragón de hierro. Luego olerás madera quemándose, aunque sólo es principios de septiembre, y no sabrás de dónde viene. Y oirás un largo silbido lúgubre avisándote de que te quites de en medio.

—¿Qué haremos? —preguntó Brian, encogiéndose de hombros.

—Supongo que la única cosa que podemos hacer, viendo que tu padre no me cree, es poner unas pocas de tus cosas favoritas donde estén a salvo. —Miró alrededor de la habitación con los juguetes y recuerdos de Brian, algunos soldados de juguete, un transformador de plástico gris, un balón de béisbol firmado, un banderín del Chicago Cubs y un viejo elefante relleno—. Si tuvieras que salvar algo de aquí, ¿qué salvarías primero?

Brian corrió hacia él y él le alargó sus brazos. Hundió su cara en la camisa de su abuelo y dijo.

—A ti, Abu. Te salvaría el primero.

Fenton y Joleen estaban en la cocina.

—Creo que por fin se han ido a la cama —dijo él—. Durante un rato, estaba seguro de que tendría que llamar al doctor, ¿sabes? En toda su vida no ha sido capaz

de olvidar o sobrevivir a ese accidente.

—¿Quién podría? —preguntó Joleen—. Es una cosa horrible con la que vivir.

—Pero nunca habló mucho de ello antes —adujo Fenton—. Siempre lo ha mantenido en silencio.

—Mi abuelo Noble era así también. No habló nunca sobre la flota que mandó en las aguas alemanas hasta que se volvió chalado y contaba a todos que la misma flota había llegado al lago Michigan para darle otra oportunidad.

Fenton miró a su mujer con aspereza.

—No es lo mismo.

—¿Qué es entonces?

—Creo que es el traslado —indicó Fenton—. Volver a donde creció. —Hubo un fuerte ruido y carcajadas en las escaleras del segundo piso. Fenton se incorporó. Luego sonaron una serie de ruidos sordos—. ¿Qué demonios está pasando? —gritó Fenton mientras iba de la cocina a la sala de estar.

Brian había estado tratando de ayudar a su abuelo a llevar una maleta, pero él la había dejado ir y el viejo estaba tirando de ella mientras golpeaba de escalón en escalón. Se paró un minuto y miró a Fenton.

—No te preocupes, hijo —dijo Daniel Globe—. Como yo lo veo, el Highball dejará completamente a salvo vuestra habitación y sólo arrasará la mitad de la cocina. Pero Brian y yo, ¡demonios!, estaremos justo en el camino. Vosotros dos id corriendo a la cama; nosotros nos las arreglaremos.

—Papá —dijo Fenton—. Si estás tan seguro acerca de todo esto, ¿por qué no me enseñas dónde están las vías?

—No seas tonto —repuso su padre—. Las arrancaron hace años.

—Entonces ¿cómo puede un tren pasar a través de esta casa si no es por las vías?

—El Highball Express no necesita vías, lo mismo que un fantasma no necesita alas y hélices para volar.

Fenton miró a su mujer, que estaba haciendo círculos alrededor de su oreja derecha con su dedo índice. «Sería mejor llamar al doctor, después de todo», pensó.

Fenton estaba esperando en la puerta principal al doctor Steele cuando llegó y le completó los imprecisos detalles que le había dado por teléfono. Así, el doctor Steele fue capaz de decir, cuando Fenton le llevó a la habitación donde el viejo estaba doblando y volviendo a doblar sus ropas:

—Señor Globe, he venido a hablar con usted de un tren llamado Highball Express.

—Bien, es casi la hora —arguyó Daniel—. He estado tratando de decírselo a esa gente todo el día, pero no quieren escucharme. Quizá usted pueda meterles en razón. Ahora sé que no tenemos tiempo de trasladar la casa, pero si pudiéramos solamente sacar las cosas de valor, sería una ayuda para cuando el amigo del seguro llegue mañana.

—¿Qué le hace estar tan seguro de que vendrá esta noche? —preguntó el doctor, con las manos dentro de la cartera negra.

Fenton pudo ver que estaba preparando una jeringuilla.

—Porque hice lo que solía hacer cuando era niño —dijo su padre—. Puse mi oreja en la vía y lo oí.

—¿Y va a pararse por usted?

—Sé que lo hará. Tengo el billete.

Metió la mano en el bolsillo y buscó el pedazo de papel que había guardado allí. Fenton lo cogió por los hombros mientras el doctor frotaba el interior de su codo con un algodón.

—¿Qué estáis haciendo a Abu? —preguntó Brian.

—Aquí está mi billete —siguió Daniel—. ¿Quieres verlo, chico? —Lo alargó a Brian. Parecía no haber notado las manos que le sujetaban o la aguja hasta que ya estaba en su brazo—. ¡Ay! —gritó—. ¿Qué es esto, una maldita avispa?

—Sólo algo para ayudarle a dormir antes de su viaje —repuso el doctor.

—Pero no puedo dormirme —protestó el viejo—. Eso es lo que pasó la última vez. Eso fue todo el problema. Fue la razón de que toda esa gente muriera. ¿No lo ven?

—Nadie te echa la culpa, papá —murmuró Fenton—. Estás haciendo el ridículo. Fue un accidente.

—No —balbució el viejo, empezando a tambalearse—. Eso no es verdad. No puede ser así...

—Relájese, señor Globe —continuó el doctor—. No dejaremos que pierda su tren.

Ahora Fenton estaba sujetando a su padre mientras empezaba a pesar cada vez más. Con la ayuda del doctor, medio llevó, medio arrastró al viejo hasta el primer piso, a la habitación que había hecho para él, y lo tendió en la cama.

—No —dijo Brian—. ¿No lo veis? —Su madre le estaba sacudiendo suavemente mientras las lágrimas corrían por las mejillas del niño—. Perdió el tren la primera vez porque estaba durmiendo. Ésta es la razón por la que volvió. No puede dormir ahí. El tren va derecho a través de esa habitación. Le atropellará.

Su madre le mantuvo a distancia y le miró seriamente, de la manera que siempre hacía cuando quería que le escuchase.

—Mírame, Brian: ¿crees realmente que tu padre pondría a Abu en algún sitio donde pudiera ser lastimado?

—No lo sé —casi gritó Brian.

—¿Lo haría, Brian? —insistió su madre.

—No, pero...

—No, no lo haría —aseveró la madre—. Ahora vete arriba a la cama, como un buen chico. ¿De acuerdo?

Los adultos nunca entienden. Observando el billete del Highball Express, Brian

corrió, escaleras arriba, a su habitación.

Una vez dentro, cerró la puerta con fuerza y la aseguró. Encendió la luz y estudió el billete, amarillo y arrugado, fechado en 1910. Aún no sabía seguro si el tren iba a llegar aquella noche, pero era lo que Abu había dicho, y él creía todo lo que Abu le decía.

Fue hasta su tablón de anuncios y, usando una chincheta, sujetó el billete en el corcho. Dobló la colcha de su cama, empujó el colchón y abrió la ventana. La luna estaba casi llena y la noche era clara, pero hasta donde podía ver sólo se divisaban hierbas y maleza iluminadas por la luna, ni una señal del Highball Express. A lo lejos, un perro ladraba.

Saltó de la cama, apagó la luz y colocó su telescopio en el trípode, pero cuando miró a través del ocular siguió sin ver nada todavía. Por un momento le sedujeron las estrellas; el cielo de noche brillaba como nunca lo había hecho en Chicago. Pero no eran las estrellas lo que debía observar aquella noche. Era el Highball Express. Se bajó de la cama, de rodillas y pegó la oreja en el suelo. Entrecerró los ojos como para escuchar mejor, pero todavía no oyó nada. Cerró los ojos.

Era cerca de medianoche cuando se despertó. El viento se había levantado considerablemente y unos pocos papeles sueltos volaban por el suelo. A través de los blancos ojetes de las cortinas, una luz amarilla brillaba proyectando un dibujo diferente tramado a través del techo y paredes. No demasiado lejos en la distancia, un largo, prolongado, solitario gemido sonaba, el murmullo de una bocina. Se frotó los ojos con los puños y se dio la vuelta. Pero la bocina le despertó del todo, mientras se daba cuenta de que no estaba soñando. Se dio la vuelta hasta quedar de rodillas, tirando el telescopio y trepando sobre la cama; miró por la ventana. El viento alisaba su pelo y agitaba su pijama. A la luz de la luna vio la larga y borrosa silueta de un tren, y a su cabeza, una locomotora con un enorme ojo amarillo, dirigiéndose directo a la casa.

En un segundo estuvo fuera de la habitación, golpeando en la puerta de la de sus padres con el puño, gritando:

—¡Mamá, papá! Está llegando. Está llegando de prisa.

—¿Brian? —pudo oír la soñolienta voz de su madre—. ¿Tienes una pesadilla?

—¡El tren! Lo he visto. El Highball Express... Está viniendo directo hacia nosotros. ¡De prisa!

—Brian, cállate. Despertarás a tu abuelo —dijo su padre.

Con un sobresalto recordó por qué estaba llegando y susurró: «Abu», mientras corría a su habitación y cogía el billete del corcho donde lo había clavado. Bajó volando las temblorosas escaleras; la noche estaba llena con un denso ruido sordo, que procedía del suelo debajo de la casa, y el enorme reflector amarillo de la máquina parecía llenar la planta baja. El silbato sonó otra vez.

Brian abrió de golpe la puerta de su abuelo. Abu yacía sobre su espalda, la boca abierta, el brazo colgando hacia atrás sobre su frente.

—¡Abu! —gritó Brian—. ¡De prisa! —Estaba sentado ahora al lado del viejo, tirando de su camisa, sacudiéndole—. ¡Abu! Tienes que levantarte. Es el Highball Express. Está aquí. Está viniendo hacia tu habitación.

El viejo se movió y sus ojos parpadearon.

—¿Qué? —dijo—. ¿El cuatrocientos siete?

Brian podía oír a su padre gritar mientras bajaba las escaleras, y luego por encima de su hombro vio a su madre de pie aturdida en la puerta de la habitación del abuelo.

—¡Mamá! —gritó Brian—. ¡Date prisa!

Pero ella se volvió hacia su padre.

Sin esperar un segundo más, Brian arrastró a su abuelo por los sobacos fuera de la cama y hacia la puerta. El viejo estaba ahora completamente despierto y tropezó con sus pies, pasando de prisa con Brian.

Se habían puesto detrás de un sofá, la casa entera estaba moviéndose en los cimientos, como si un tornado formara torbellinos a su alrededor. El aire de la planta baja era intensamente amarillo, y los oídos del chico estaban gritando con el sonido del silbato y la bocina del tren. Y entonces la puerta principal de la casa estalló.

Yeso, vigas de madera, cristales y cemento volaron violentamente hacia dentro. Brian vio la puerta principal salirse de los quicios y rodar por la habitación como un coche patinando. El aparador del comedor se partió por la mitad y cayó al suelo. El ruido era terrible; el estallido, violento.

En la sala de estar, parándose, estaba una locomotora de dieciocho toneladas, negra como el carbón, echando vapor por sus ruedas. Se deslizó hasta detenerse en unos invisibles raíles. Desde las ventanas de los vagones de pasajeros una misteriosa luz brillaba, mezclándose con la del ojo amarillo de la locomotora, bañando la casa con pálidos y magullados colores. Había gente en el tren que ahora miraba a Brian y a su familia; las mujeres llevaban sombreros de fieltro negros adornados con plumas de faisán, las caras tapadas con velos de tul negros; los trajes de los hombres tenían amplias solapas y casi todos llevaban chaleco. Brian nunca había visto trajes como éstos antes, excepto en un libro del colegio.

El conductor trataba de bajar una escalera plegable.

—Esta maldita cosa —dijo—. Nunca va, nunca va. —Vio a la madre de Brian acurrucada en su bata y se tocó el sombrero y dijo—: Buenas noches, señora. —Luego con su voz más autoritaria gritó—: Viajeros al tren. Tengan sus billetes a punto, por favor.

A su lado, su abuelo se puso rígido.

—Mi billete —indicó—. No puedo ir sin mi billete.

—Aquí está tu billete, Abu —dijo Brian, y se lo alargó—. ¿Puedo venir yo también?

Su abuelo se arrodilló y le tocó la barbilla; sus ojos eran amables, un poco tristes

y muy jóvenes, como los ojos de un niño de nueve años.

—Lo siento, Brian. Tú perteneces aquí, con tu mamá y tu papá. Y yo pertenezco a este tren.

—¿Vas a ver a tu abuelo en la ciudad sioux?

—Bien, chico —dijo Abu—. No es tan fácil.

—Pero volverás dentro de poco, ¿verdad?

—Me temo que esta vez no —repuso el abuelo—. Pero tú estarás bien. Sé que lo estarás.

—¿Quién me contará cuentos de cuando los indios luchaban y todas esas cosas?

—¿Recuerdas lo que te dije sobre las factorías, los grupos guerreros y el Pony Express? Mientras recuerdes eso, yo estaré siempre aquí contigo.

—¿Está a punto, señor Globe? —apremió el conductor.

—Espero que mi billete sirva todavía —bromeó Abu, y tendió al hombre el papel arrugado y amarillo.

—Siempre sirve, señor Globe. Le hemos estado esperando mucho tiempo.

Ahora su abuelo se volvía a su madre y decía:

—Gracias por alojarme, Joleen. Siento no poder quedarme más tiempo.

—¡Viajeros al tren! —gritó el conductor.

El viejo abrazó a su hijo, dio un beso a Joleen en la mejilla, y luego volvió donde estaba Brian. Se inclinó y le estrechó su mano.

—Y tu papá creía que me estaba volviendo loco —le reprendió—. Tengo una mente que nunca me abandona —continuó—. Siempre la he tenido. Tu regalo de Navidad está en el armario de mi habitación. —Y puso algo en la mano de Brian.

Las caras de los pasajeros a bordo eran muy risueñas mientras veían al viejo subir, y apenas estuvo arriba de aquellas escaleras el conductor las quitó, saltó a la plataforma, y el tren empezó a moverse, lentamente al principio, agitando sus pistones contra las ruedas, hinchándose de vapor, y después con mayor y mayor velocidad, mientras las enormes ruedas negras de hierro daban vueltas cada vez más de prisa.

Les pareció que en muy poco tiempo se quedaron solos.

El padre de Brian pasó su brazo alrededor de la madre de Brian y el chico quedó solo, mirando fijamente el enorme agujero en la casa a través del cual había pasado el tren. Y entonces pareció arreglarse solo lentamente al principio y luego con más y más velocidad, hasta que el cuarto de estar era el mismo de antes, yeso y madera, cristal y cemento, sin tocar. Dio la vuelta y corrió a la habitación donde había estado el abuelo, pero allí no había nadie; sólo la huella de un viejo y frágil cuerpo en la cama. Bajó corriendo al cuarto de estar donde todavía estaban sus padres. Se precipitó a abrir la puerta principal y corrió al exterior.

La noche estaba en calma e iluminada por la luna. La alta hierba y la maleza disminuían con la distancia, inclinadas como con escarcha por la luz plateada. Hacia el oeste vio una pequeña mancha amarilla, como una luciérnaga o una estrella

moviéndose a una velocidad increíble, y oyó el largo y lúgubre lamento de un silbato, el sonar y retumbar de los caballos y los gritos salvajes y chillidos de lo que podía haber sido, pensó, una fiesta de guerra sioux. Miró la palma de su mano donde había una punta de flecha.

La canguro

Cuando yo tenía siete años y mi hermano ocho, mis padres se divorciaron y nos trasladamos desde Malibú al valle de San Fernando. Habíamos sido una familia bastante feliz, o así lo creíamos Lance y yo; mi padre ganaba bastante dinero como ejecutivo de publicidad; mejor que mejor para comprarnos los últimos juguetes de alta tecnología, y mi madre había dejado su trabajo de agente inmobiliario para quedarse en casa con nosotros y para satisfacer todos nuestros caprichos, lo que fue su gran error.

Éramos niños malcriados e indisciplinados, acostumbrados a salir con la nuestra, y cuando mi madre dejó a mi padre, le echamos la culpa del trastorno de nuestras vidas. Echábamos de menos la playa, las puestas de sol y todos nuestros amigos. No pensamos ni por un minuto sobre lo que ella echaba de menos o había dejado, y cuando tuvo que volver a trabajar la jornada completa, no perdimos ni un minuto en hacerle saber qué resentidos estábamos por la nueva forma que habían* tomado nuestras vidas.

Mi madre, Lance y yo tomamos posesión de nuestro nuevo hogar, una casa desastrada de dos habitaciones en una ruinoso subdivisión llamada Hacienda Rancho, un bochornoso día de julio lleno de niebla. Los hombres de la mudanza chorreaban de sudor y el pelo rubio de mi madre estaba rizado por la humedad. Animosamente, ella se movía dentro y fuera de la casa, llevando cajas, repartiendo vasos de té helado, tratando de hablar alegremente a los dos hombres blancos y a los dos negros que estaban malhumorados y silenciosos mientras arrastraban parte de los muebles de mi madre dentro de la casa. ¿Ayudábamos nosotros? Sólo un poco, principalmente para hacer saber a los hombres dónde tenían que ir las cajas en las que ponía «Juguetes». Cuando por fin se marcharon, nuestra comida del microondas se enfrió mientras buscábamos las cajas que ponían «Cocina» para la vajilla de plata.

Yo llevaba entonces gruesas gafas y tenía un remolino de pelo, lo que me convertía en el perfecto pequeño imbécil, y Lance tenía una sonrisa burlona de peleón, pecas y los ojos opacos muy abiertos de un joven criminal. Ya habíamos decidido no dar una oportunidad a ese lugar; había empezado nuestra guerra de guerrillas para hacer saber a nuestra madre qué desgraciados éramos.

—Odio el Valle del Sol —dije—. Hace que me piquen los ojos.

—No hay chicos en el vecindario —se lamentó Lance.

—No puedo respirar —exclamé—. Hay demasiada niebla.

—Sí —me apoyó Lance—. El aire del océano era mejor. Papá dice...

Mi madre interrumpió la letanía.

—Llegaréis a querer este sitio —aseguró—. Lo prometo. Sólo darle un poco de tiempo. Quizá podáis encontrar a alguien que tenga piscina.

—¿En el Valle del Sol? —dijo Lance—. Probablemente nadie de aquí tiene ni siquiera un cubo.

—Hace demasiado calor —continuó—. ¿Por qué no tenemos una casa con aire acondicionado? La casa de papá tiene aire acondicionado.

—Esta comida apesta —se quejó Lance—. Papá siempre nos lleva a comer fuera.

Bastaba con esto, como ambos sabíamos. Como muchos adultos, mi madre era susceptible a la culpabilidad, y podíamos casi siempre, como acabábamos de hacer, reducirla a las lágrimas.

Por la mañana empezamos de nuevo. Lance corriendo de habitación en habitación disparando su escopeta automática, que hacía un ruido como el mortecino gemido y el ¡bam! de unos buenos fuegos artificiales. Mi madre recorría la casa buscando su maletín, ignorante de que yo estaba sentado tranquilamente aplicando acuarelas a su funda de charol. Los dibujos animados sonaban por la televisión, tan alto que se podían oír por toda la casa.

—¿Alguno de vosotros ha visto mi cartera? —gritó mi madre. Como de costumbre, la ignoramos—. Tierra a Lance y Dennis —dijo ella. Lance estaba de pie en el sofá, disparándome a mí, añadiendo sus gritos a los ruidos de su pistola—. ¡Estate quieto, Lance! —ordenó mamá, y entonces vio lo que yo estaba haciendo—. ¡Caramba, Dennis! —exclamó y tiró del maletín.

—¿No te gusta? —pregunté.

El timbre de la puerta sonó.

—Debe de ser la canguro —indicó mamá y fue corriendo.

Lance me miró y yo le miré, y sonreímos abiertamente. La verdadera diversión estaba a punto de empezar.

Su nombre era Patti y conducía un Mustang rojo; tenía diecisiete años y llevaba su largo pelo rubio en una cola de caballo que le llegaba más allá de la región lumbar.

—No hagáis enfadar a Patti —advirtió mi madre.

—¡Oh, no se preocupe, señora Paxton! —dijo Patti—. Me llevo realmente bien con los niños.

—Eso está bien, querida —repuso mamá, aliviada de estar lejos de nosotros durante ocho horas—. Llámame si me necesitas.

Patti la necesitó, por supuesto, pero no llamó; de hecho, pasó corriendo delante de nuestra madre, chillando, mientras mamá llegaba por la calle. Sujetaba la despuntada mata de pelo que sobresalía de la goma donde habíamos cortado la cola de caballo. Cuando mi madre abrió la puerta, hicimos un alto, nuestras caras manchadas con pinturas de guerra (sombra de ojos y lápiz de labios), y Lance dejó de azotar a un caballo imaginario con un látigo hecho del pelo de una mujer de rostro pálido que nosotros habíamos secuestrado y torturado.

La señora Abbott fue la siguiente.

—Chicos, recordad nuestro trato —dijo mi madre—. Si dais algún problema a la señora Abbott, no habrá Reino Mágico, ¿entendido? —Sonreímos recatadamente.

La señora Abbott era perfecta: una viuda de unos sesenta años, tenía la cara cuadrada, los ojos fríos, el aspecto de no aceptar tonterías, lo que era una provocación. Era temeraria y rotunda, llevaba una chaqueta de punto con ese calor, una bolsa con labor de punto bajo el brazo y un diminuto perro peludo bajo el otro.

—Debo decirle algo —confió mi madre—. Los chicos de vez en cuando son un poco revoltosos.

—¡Oh, sé todo acerca de los chicos! —dijo la señora Abbott—. Revoltosos lo son en todas partes. El señor Abbott, que Dios tenga en su gloria, era un boxeador amateur y me enseñó unos pocos de sus trucos. De manera que si estos amigos me vienen con tonterías, el señor *Weege*, aquí presente, y yo les dejaremos sin sentido. ¿No es verdad, señor *Weege*? —Dio un codazo al perro, que gruñó, como si alguien se hubiera sentado en un almohadón que rebotaba.

Nos portamos bien hasta después de comer. Ella se sentó en una silla haciendo punto, mirando *Mientras el mundo gira*, cuando Lance cambió el canal para ver los dibujos animados.

—¡Vuélvelo a poner! —ordenó la señora Abbott. Su tono llevó al señor *Weege* a un estado de semivigilancia, y rechinó ruidosamente.

—Queremos ver los dibujos animados —dijo Lance.

—Yo quiero ver mi serial —repuso la vieja—. Y cuando estoy en vuestra casa yo impongo las reglas. ¿Por qué no vais fuera a tomar el fresco? —Alargué la mano por encima de su labor de punto y acaricié al señor *Weege* donde creí que debían estar sus ojos—. Es un lindo perrito —dije con voz adorable.

Me la gané al instante.

—¿No es un buen chico? —preguntó.

Lance y yo teníamos una clase de perversa extrasensorial percepción aquellos días.

—Hay un pequeño cachorro en la casa de al lado al que le gustaría el señor *Weege* —dije—. ¿Podemos llevarlo a jugar con él?

Acabábamos de conocer a *Cupcake*, un doberman adulto, el día anterior, y tratamos de hacerle entrar en nuestra casa sin ser mordidos. Persiguió a la señora Abbott haciendo eses y el señor *Weege* estaba tan aterrorizado que emitía un palpable aire de asombro, sin aliento hasta que estuvimos seguros que podíamos ver sus pequeños ojos salientes. Terminó todo con la señora Abbott gritando desde el sofá mientras tratábamos que *Cupcake* se marchara tirando afuera, por la puerta de atrás, las hamburguesas que mi madre había descongelado para la cena. Después hicimos a la señora Abbott un chocolate laxante para calmar sus destrozados nervios. La ambulancia llegó para llevársela, muy conmocionada y bastante deshidratada, en el momento en que mi madre llegaba a casa del trabajo.

Si hubieran llamado a un psicólogo infantil, hubiera dado vueltas a su lápiz y

hablado de familias rotas, inseguridades infantiles, hostilidad reprimida y aburrimiento. Si hubiera sido inteligente también habría hablado, rotundamente, de mezquindad. Lance y yo necesitábamos una dosis de medicina fuerte, de una especial clase de doctor.

Como se podría esperar, la fama de los malvados Paxton se difundió, y la lista de canguros de mi madre creció con posibilidades tachadas. Se volvió astuta en el teléfono, intentando asegurarse una promesa antes de revelar su nombre, o incluso nuestra dirección, tratando de dar un alias. Por regla general, la mención de «señora Paxton» era la causa de que la persona que había sido llamada colgara sin ceremonias.

Acabábamos de tirar el último frágil nervio de mi madre cuando encontró una ayuda en la agencia La Asistente Feliz, y llamó.

—Hola —dijo—. Necesito una canguro para mis dos hijos. Siete y ocho. —Hizo una pausa—. Señora Paxton —continuó. Y luego con una voz de total incredulidad —: *¿Puede?* ¡Es fantástico! Ésta es la dirección...

Estábamos colocando el cubo de agua fría sobre la puerta de nuestra habitación cuando Jennifer Mowbray llegó.

¿Cómo describirla? Una Carmen Miranda de piel negra, una caricatura de una caricatura, un milagro. Era gorda, con un pecho tan grande que parecía una enorme almohada y unas caderas tan anchas que la hacían girar en vez de andar. Llevaba un sombrero de ala ancha de paja y su vestido, aquel primer día, era de algodón ligero, con exuberancia de loros, palmeras y buganvillas. Tenía una sonrisa casi inverosímil y dientes como un cocodrilo, ojos perpetuamente abiertos de par en par en homenaje a las maravillas del mundo, un aro de oro a través del lóbulo derecho de la oreja y cadenas de cuentas baratas alrededor del cuello. Su voz tenía el deje rítmico de Jamaica, los rápidos altos y bajos de la inflexión que hacía su sonido en parte curioso, en parte autoritario. Fumaba un cigarro delgado y oscuro.

La puerta se abrió de par en par ante esa visión, esta víctima perfecta, y ella dijo:

—Hola, señorita. Soy Jennifer. La agencia me envía.

Mi madre estaba tan sorprendida como yo: nadie en el Valle del Sol se parecía a Jennifer; ni tampoco nadie en Malibú. Jennifer parecía sacada de un programa de televisión, o de un libro, completamente de otro mundo.

—¡Oh, estoy encantada de verte, Jennifer! —dijo mi madre, y la hizo pasar.

Lance pasó de puntillas, con un rollo de cuerda en la mano, como un personaje de dibujos animados de la Warner Brothers. Mi madre no se dio cuenta, pero Jennifer sí.

—Mire —mi pobre madre decía—: esos chicos son un poco revoltosos, debo advertírselo. Chicos, venid aquí a conocer a Jennifer.

Pero Jennifer agitó su mano en el aire como si espantara mosquitos.

—¡Oh, sólo son niños! —dijo—. Tienen imaginación, es todo. Sólo necesitan

ocupar sus cabesotas, es todo lo que necesitan. Sólo hasen tonterías de niños, señora. Váyase corriendo pal trabajo y yo me encontraré muy bien con los pequeños amiguitos.

No teníamos que ser descubiertos; estábamos escondidos detrás de la puerta de nuestra habitación, mirando a las dos de hurtadillas. Lance había fijado la pieza de madera, la cuerda y el cubo y, cuando Jennifer nos encontrara, su sombrero de paja estaría como después de un temporal de primera hora de la mañana. Mi madre se encogió de hombros y se fue hacia la puerta; esperamos con impaciencia el sonido de Jennifer tarareando en la sala de estar. Y después oímos el fuerte sonido de sus pisadas viniendo hacia nosotros.

Lance no pudo esperar.

—Jennifer —llamó—. Estamos aquí.

Corrimos a la pared opuesta, la mejor para ver el panorama completo, justo cuando Jennifer abría la puerta de golpe y entraba a grandes pasos por la puerta, parándose justamente debajo del cubo de agua. Todo sucedió como un hechizo; la madera resbaló, el cubo se inclinó y el agua se derramó. Pero Jennifer debía de tener otro hechizo porque el agua se heló en el aire, como si el tiempo se hubiera parado en ese pequeño rincón del universo, mientras seguía en todas las otras partes.

—¡Hola, pequeños caballeros! —repuso Jennifer—. Estoy en la cosina si me necesitan.

Y se marchó.

Lance y yo corrimos hacia la puerta y miramos con asombro la cascada helada que prontamente se deshelo, ahora que Jennifer se había ido, y nos caló hasta los huesos. Oímos su voz rítmica:

—A vosotros, hombresitos, os gusta jugar a jueguitos, ¿verdad? —dijo—. A mí me gustan los juegos. Es bastante difícil pa los niños pequeños engañar a la vieja Jennifer. Las bromas con la vieja Jennifer a veces risan el riso.

Y se rió.

Entró en la habitación mientras nos estábamos cambiando la ropa, y la hicimos ponerse de espaldas hasta que terminamos.

—Vosotros, hombresitos, mejor vigilar los costipaos —dijo—. Dad a Jennifer las ropas húmedas.

—Hablas raro —manifesté mirándola detenidamente.

—Sí —afirmó Lance—. ¿De dónde eres?

—¡Oh! —exclamó ella—. Soy de un sitio lejano, de las islas.

—¿Como Hawai? —preguntó Lance.

—Algo así —contestó ella y tenía la mirada perdida. Estaba de pie y se balanceaba mientras hablaba, como movida por fuerzas que no podíamos ver—. Un sitio espiá, con magia en los vientos. El buen viento llega a la costa por la mañana, y el mal viento sopla en la oscuridá. Todo el mundo es felís y bailan y cantan, un

lugar que os gustaría ver a hombresitos como vosotros.

—No existe un lugar como ése —dijo Lance indignado—. Sólo en los libros.

—Hombresitos como vosotros tienen muchas cosas que aprender sobre el mundo fuera de vuestra puerta trasera. Especialmente en el Valle del Sol.

Pero yo no estaba muy interesado en geografía por aquel entonces. Estaba más preocupado por devolvérsela a Jennifer.

—Vamos a jugar al escondite —dije.

Y Lance contestó:

—¡Sí!

Era una vieja costumbre nuestra y nos la sabíamos al dedillo.

Jennifer parecía desconcertada.

—No conosco ese juego —indicó.

—Es fácil —dijo Lance—. Tú te escondes y nosotros tratamos de encontrarte. Cerramos los ojos y contamos hasta cincuenta para darte tiempo de alejarte.

—Vosotros, pequeños cocodrilos, ¿no vais a haser alguna broma a la vieja Jennifer? —Expulsó un fino chorro de humo de su cigarro al aire, luego lo apagó en una pequeña caja de plata que había atado a su ánturón.

—¿Estás bromeando? —dije—. *Siempre* jugamos al escondite con nuestras canguros.

No le dimos la oportunidad de decir una palabra; nos volvimos de espaldas, nos tapamos los ojos y empezamos a contar en voz alta.

Se fue de la habitación de puntillas. Por supuesto, al minuto que se fue nos destapamos los ojos y echamos una mirada para ver dónde estaba, y vimos cómo se metía en el armario del vestíbulo. Continuamos contando en voz alta mientras llevábamos el baúl que guardaba nuestros juguetes fuera de nuestra habitación y lo colocábamos contra la puerta del armario. Después arrugamos algunos periódicos, encendimos el borde de uno con una cerilla y empezamos a avivar el humo bajo la puerta con las manos. El humo era denso y amarillo, y empecé a toser.

—¡Fuego, fuego! —gritábamos los dos, tratando de parecer tan asustados como podíamos mientras nos estábamos riendo.

Nos volvimos para escaparnos, para observar lo que pasaría cuando Jennifer empezara a aporrear la puerta y descubriera que no se movía, pero en vez de la pared del vestíbulo, nos encontramos empujando una puerta mientras el humo llenaba el exiguo recinto donde estábamos. No sé cómo sucedió, pero en vez de Jennifer, *nosotros* estábamos encerrados en el armario lleno de humo, y tan pronto como comprendimos dónde estábamos, empezamos a gritar en serio.

Pareció eterno, pero probablemente fue cuestión de segundos antes de que la puerta se abriera y saliéramos dando traspiés, tosiendo y llorando al vestíbulo. Jennifer estaba allí, con los brazos cruzados en su pecho mirando divertida, aunque sus ojos brillaban.

—¿Qué estáis haciendo aquí dentro? —dijo—. Se supone que estáis buscando.

El baúl no se veía por ninguna parte.

Después de comer, nos dijo que durmiéramos la siesta, y juramos venganza. Se sentó en la sala de estar, tarareando una horripilante canción, trabajando distraídamente en un trozo de encaje. Decidimos la táctica del sapo con cuernos que siempre había resultado antes.

Lance sacó nuestros animalitos de sus jaulas y los dejó sueltos por el vestíbulo; como siempre, corrían frenéticamente por el sofá, bajo el cual estaba oscuro y frío.

—¡Cuidado! —gritamos, mientras entrábamos corriendo en la sala de estar—. ¡Sapos con cuernos!

Jennifer paró de tararear, dejó a un lado su encaje y miró mientras los sapos se deslizaban por sus zapatos y bajo el sofá.

—Me párese que dos niños pequeños no deben asustarse por sapos con cuernos —dijo ella—. Dulces bichos pequeños sólo son.

Se puso de rodillas y alargó la mano bajo el sofá, pero lo que sacó era una monstruosa ampliación de lo que habíamos soltado. Diez veces más grande, con una cresta de verdes armamentos a lo largo del lomo, los lagartos parecían venenosos y carnívoros, y sus escurridizas lenguas rojas lanzaban llamas por sus bocas. Chillamos y corrimos a nuestra habitación, mientras Jennifer caminaba hacia nosotros sujetándolos como si nos los ofreciera.

Cerramos la puerta con llave y nos amontonamos sobre la litera superior, y luego observamos con asombro cómo ella abría la puerta y entraba en la habitación, con las manos vacías, pero no menos espantosa que si todavía blandiera los lagartos. Tenía que admitirlo: no podía recordar cuándo lo había pasado tan bien; los adultos estaban más satisfechos cuando se defienden y ganan. Ella examinó la habitación y luego meneó la cabeza como si estuviera preocupada, una reacción que captó mi curiosidad.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Vosotros, chicos, haséis algunas peligrosas trampas aquí —dijo—. Yo he visto chicos pequeños en las islas actuar de esta manera y nunca cantan ni bailan de nuevo.

¡A veces no se los ve nunca más! No sé, chicos, no quiero asustar a los pequeños caballeros, pero cuando los sapos con cuernos pueden trastornar a vosotros...

—Eso era sólo una broma —contestó Lance, defendiéndose—. No somos personas que se asustan fácilmente. —Jennifer miró fijamente la puerta de nuestro armario, que estaba cerrada—. ¿Qué pasa? —preguntó Lance.

Ella estaba muy tranquila y misteriosa.

—No quiero asustaros chicos, porque pareáis como hombres mayores en cuerpos de niños pequeños. Y no hay rasón alguna en la verde tierra de Dios pa asustarse de nada si tú siempre escoges el camino del bien y la abundancia. De modo que vosotros, pequeños buenos compañeros, sabéis que no tenéis que estar asustados.

Ella hizo una pausa.

—Pero hay un *dupi* en vuestro armario.

—Mamá no nos deja tener ningún pez —dije.

—Un *dupi* no es un pez, ¿no sabéis? —continuó ella—. ¡Un *dupi* es un espíritu! Lance y yo nos miramos.

—¿Como un fantasma? —quiso saber Lance.

Jennifer asintió con la cabeza gravemente. Se sentó en la litera inferior, haciendo crujir los muelles de la cama y dando palmaditas a la ropa de la cama a cada lado de ella.

—Venid aquí abajo y sentaros al ladito de Jennifer —prosiguió.

Para mí no sonaba como una invitación. Con cautela hicimos lo que nos decía.

—Allá en las islas, cuando alguien muere y el cuerpo pierde su espíritu, ese espíritu vuela al sielo, o baja al lugar malo. Hay buenos *dupis* y hay no tan buenos *dupis*. Pero el *dupi* malo es un espíritu que no tiene lugar donde ir; no puede ir arriba, no puede ir abajo. Eso hace al *dupi* malo despreciable y gusta asustar a los niños pequeños. A veces se esconde bajo las camas y a veces se esconde en el armario.

Levanté los pies del suelo y me abracé los tobillos.

—Ese *dupi* es uno que se esconde y un monstruo —siguió contando Jennifer—. Algunos de ellos son tan malos que un chico puede mirar a uno en un espejo y convertirse en una columna de sal, y todos los pequeños animales lamen hasta que desaparece.

—¡Caramba! —exclamé, cautivado por sus palabras.

Como Lance era un año mayor que yo, me dijo con voz hastiada:

—No hay tal cosa como fantasmas. Y nunca he oído hablar de un *dupi*.

—Hay muchas cosas que los niños pequeños nunca han oído —repuso Jennifer—. Y los niños pequeños malos son los que gustan más a los *dupis*. Cuando los niños pequeños no son buenos, los *dupis* están preparando un sitio para ellos. Eso es porque algunos chicos hacen lo que sus mayores dicen. —Estaba dispuesto a jurar vasallaje, pero pude ver que Lance se encontraba molesto—. Mejor me voy a hacer algo para señalar vuestra mamá.

Cerró la puerta detrás suyo. Miré fijamente el armario.

—No seas tan ingenuo —me reprochó Lance—. No existen los *dupis*. Sólo está tratando de asustarnos para que nos portemos bien.

—Pero ¿qué pasará si existen? —le pregunté, ante mi primera señal en aceptar todas las posibilidades.

—No seas un crío —continuó Lance, profiriendo el insulto supremo—. No existen los *dupis*.

—¡Ah, sí, pues demuéstramelo! Abre el armario y enséñamelo.

—No quiero enseñarte nada —vaciló Lance, altivo como una dama ofendida...

—¿Eres un gallina? —dije.

—No soy un gallina.

—Entonces abre el armario.

—Abre *tú* el armario —adujo.

—Yo ya sé que *estoy* asustado —reconocí.

—Vamos —dijo—. No podemos dejar que ella nos fastidie. Vamos a jugar a indios y vaqueros.

Así que cogimos la caja de maquillaje de nuestra madre y nos untamos las caras. Mamá había hecho que tirásemos la cola de caballo de Patti, así que usábamos un pedazo de cuerda para tender la ropa como látigo, lo necesitaríamos más tarde para atar a Jennifer. Cogimos nuestra escopeta y dardos, nos pusimos los pantalones de camuflaje; el fuerte olor de plátanos fritos flotaba en el aire. Movía sus hombros mientras estaba de pie allí, tarareando su horripilante canción.

—Vamos —dijo Lance, y fuimos.

Hice el ruido de una ametralladora con mi garganta y Lance profirió una serie de penetrantes gritos de guerra, mientras entrábamos atropelladamente en la cocina, disparando dardos al azar.

Lo que encontramos no era Jennifer; lo que encontramos cambió el curso de nuestras jóvenes vidas. En vez de una dentada sonriente mujer jamaicana, encontramos a tres guerreros sioux con plumas y pinturas de guerra. Eran delgados y con la piel oscura, pintados con ocre y bermellón, y de los carcajes que colgaban de sus espaldas sacaban flechas con puntas de verdad y empezaron a dispararlas contra nosotros; pasaban silbando y se pegaban con un *zas* en el yeso, detrás nuestro. Los azotamos con la cuerda, aterrorizados, dejando caer nuestras escopetas de dardos, y corrimos hacia el comedor.

Pero el resto del grupo guerrero había llegado antes que nosotros, y encontramos otra barrera de flechas desde esa dirección. El aire estaba repleto de horripilantes gritos de venganza, y bajo esto, desde algún lugar, venía el monótono redoble de un tambor. Cuatro guerreros indios más se levantaron de su posición oculta detrás del sofá y las puntas de sus flechas estaban en llamas; una pasó como un rayo cerca de mí y prendió las cortinas de la sala de estar.

Lance me agarró y me empujó fuera de mi terrorífico trance; juntos esquivamos y nos abrimos paso a codazos, y nos encontrábamos casi en nuestra habitación cuando la puerta al final del vestíbulo se abrió violentamente, la puerta de la habitación de nuestra madre, y un jefe a horcajadas sobre un pony pinto llegó arrollador hasta nosotros con una lanza en ristre en su brazo. Gritamos y entramos corriendo en nuestra habitación. Las flechas se clavaban en la puerta, que cerramos con llave y, buscando un lugar para escondernos, nos dirigimos al armario.

Lance, el ídolo de mi niñez, se había equivocado, y yo resolví no seguir más su caótico mandato. Abrimos el armario de par en par, sólo para cerrarlo de golpe, chillando. Mi intuición, como debería haber supuesto, tenía razón en todo. *Existían los dupis.*

Mi madre llegó aquella noche a casa mucho más tarde que lo normal, y, aunque Jennifer tenía que irse a las cinco y media, se quedó con nosotros, incluso nos dio

algo para cenar. Cuando mi madre abrió la puerta, se quedó escuchando, pensando que los tres debíamos de estar muertos. Jennifer, sentada en la silla grande, hacía su labor y tarareaba su tonada de las islas que ya no parecía tan horripilante, sino una canción secreta de los iniciados que nos habíamos vuelto mi hermano y yo. Nosotros estábamos tumbados en el suelo a sus pies, dibujando indios y *dupis*, tarareando con ella.

—¡Hola, mamá! —dijo Lance—. ¿Qué tal el trabajo?

—¿Quién está castigado? —preguntó mi madre.

—Nadie, señorita —contestó Jennifer, poniéndose en pie.

—¿Le han creado algún problema? —quiso saber mi madre.

—¡Oh, no! —mintió Jennifer—. Son *buenos* caballeritos.

Mi madre estaba sin habla. Jennifer sonreía mientras guardaba su labor, metiendo discretamente los billetes que mi madre le daba en la bolsa junto con los hilos de colores.

—¿Querrás volver mañana, Jennifer? —pregunté.

—Por favor —casi rogó Lance, posiblemente la primera vez que pronunciaba estas palabras sin coacción.

—Pero esto es cosa de la señora —dijo Jennifer—. Vosotros caballeros lo sabéis.

—¿Podría Jennifer volver mañana? —pregunté.

—¿Por favor, mamá? —dijo Lance.

—Claro, por supuesto —respondió mi madre, completamente perpleja.

—¿Y podremos jugar a más juegos? —se interesó Lance.

—Sí —dije yo—. ¿Alguno más de los de imaginación?

Me estremecí recordando cómo me había sentido siendo atado a los postes en la alfombra de la sala de estar, las llamas alzándose alrededor de nosotros, los indios gritando y chillando en círculo.

Jennifer se inclinó y puso una mano en cada uno de nosotros.

—Ahora no necesitáis a la vieja Jennifer para jugar a la imaginación. Todas esas cosas están en vuestras cabezas. —Dio unas palmadas a mi cabeza con su dedo índice—. Vosotros sólo debéis recordar que no necesitáis molestar ni preocupar y dar dolor de cabeza a la gente mayor. Ahora debéis dar a la vieja Jennifer un beso de despedida.

Besamos sus suaves y calientes mejillas y luego, cogiendo sus manos, la acompañamos hasta la puerta. Mi madre, aturdida, caminó hacia la cocina. Lance la siguió diciendo:

—Adivina qué, mamá.

Yo me quedé detrás, viendo salir a Jennifer. Lo que vi no me sorprendió, aunque Lance, más tarde aquella noche, dijo que no creía una palabra de lo que le contaba. Mi padre y mi madre estaban definitivamente divorciados y nunca tendríamos de nuevo una vida como la de antes. Mi madre trabajaba ahora, jornada completa, de modo que teníamos que aprender a ser más independientes. Pero teníamos una buena

cabeza como principio, pensaba. Conocíamos la imaginación.

Contemplé a Jennifer mientras caminaba calle abajo, donde ningún coche esperaba. Pero antes de que alcanzase el círculo del farol más cercano desapareció de la vista, igual que la escarcha desaparece bajo el sol de la mañana. El cielo nocturno estaba salpicado de estrellas y oí el ligero susurro de aquella encantadora canción sin palabras, como si viniera de los cielos.

Santa Claus 85

Es tema de discusión precisar cuándo, por primera vez, las personas nos volvemos cínicas, pero nadie puede discutir que la pérdida de la fe es un serio problema social. Lo saben los políticos elegidos porque, en general, no tenemos fe en el gobierno; muchos de nosotros hemos perdido la fe en los dirigentes de negocios e industrias, en nuestras instituciones de educación y en la policía. Y la pérdida de la fe en la religión organizada ha preocupado a los teólogos durante mucho más tiempo del que algunos desearían reconocer.

Pero quizá ninguna institución ha sufrido tanto en este aspecto como la de un hombre de buena voluntad e iniciativa pacífica, conocido como Santa Claus. Por qué tan poca gente joven todavía cree en él es una pregunta que, afortunadamente, no preocupa al viejo; de hecho, ni siquiera se da cuenta de que existe un problema.

La última Nochebuena, por ejemplo, aunque su mujer trató de advertirle de que nadie en el mundo compartía su sencilla fe en la bondad de la naturaleza humana...

La nieve, llevada por el viento, se apilaba contra la pared y el viejo casi estaba a punto de salir. Como siempre, había detalles de último momento que se debían comprobar, porque se consideraba responsable de nada menos que de la felicidad del mundo, una responsabilidad bastante grande. Su mujer había ensanchado la cintura de sus pantalones y ahora, con ellos puestos, los estaba ajustando de manera que no estuvieran ni demasiado ceñidos ni demasiado holgados, mientras él revisaba su itinerario. Pero el entusiasmo por su trabajo pronto le hizo sonreír ampliamente y frotarse sus gordiflonas manos rojas.

—¡Oh, qué gran noche será ésta! —exclamó el señor Claus.

—No, si no te estás quieto —dijo su mujer, pinchándole con un alfiler. Él gritó y se apartó lo más lejos que pudo dentro de sus brillantes pantalones rojos, pero ella le agarró fuerte—. Algún espectáculo habrá si los pantalones se te caen en medio de un reparto —dijo ella.

—Este traje se supone que no encoge, ¿sabes? —repuso él.

—No encoge, querido. Pero si sigues acercándote a las galletas, tendré que poner una cinta elástica en estos pantalones.

Pero su marido no la escuchaba: mentalmente estaba comprobando los artículos en una lista.

—Steve Heptinstall, Roanoke, Virginia —rememoraba—. ¿He envuelto su guante de catcher?

—Sí, querido —respondió la mujer.

—Claire Rinfret, París, Francia. ¿He...?

—Sí, querido.

—Mis manoplas —recordó el señor Claus.

—Están en la repisa de la chimenea, donde las pusiste —dijo la mujer.

—Por cierto —dijo él—. Mientras estabas fuera dando de comer a los renos, uno de esos duendes llamó, invitándonos a pasar el día de Año Nuevo con ellos.

—¿En Hollywood? —quiso saber la señora Claus—. No, gracias. Demasiados neones. Y si me preguntas por ellos, te diré que sólo son un puñado de traidores.

—Se tienen que ganar la vida, querida. —Se puso el abrigo rápidamente, dio una mirada al espejo de cuerpo entero y no pudo contenerse—. ¡Oh, estoy tan excitado! —dijo—. No puedo esperar a salir y ver todas esas caras sonrientes y felices.

—Acuérdate, querido —continuó la señora Claus—. El mundo ha cambiado durante los últimos cien años. Tú lees los periódicos, ves las noticias de la noche. Hay un mundo moderno y sofisticado fuera de aquí.

—¿Estás diciendo que no siga con esto?

—No —dijo la mujer—. Tú sigue, pero a tu manera. Es sólo que la gente no cree en las cosas igual que antes. Como en las Navidades o Santa Claus. —Casi susurró las últimas palabras.

—¡Tonterías! —exclamó el viejo—. Incluso en los peores tiempos los niños me recuerdan, me esperan, y ¿voy a defraudarles?

—No, querido —dijo la mujer—. No lo harás.

—Quizá algunos no tengan lo que han pedido —admitió el señor Claus—. Pero yo he hecho el trabajo. Yo lo envió. Y con un toque personal, acuérdate. De manera que mi filosofía es...

—Cuanto más cambian las cosas, tanto más se quedan igual —advirtió su mujer.

El señor Claus le guiñó un ojo y rió, y justo entonces, mientras su mujer todavía estaba allí con aguja e hilo, uno de sus botones saltó.

La señora Claus le despidió con un beso, pero él estaba tan preocupado con su próximo viaje, que casi ni le devolvió el beso.

—Ten cuidado con los setecientos cuarenta y siete —le recordó ella—. Y no vayas escabulléndote de los controladores aéreos, como hiciste el año pasado. ¿Tienes la lista? —Él dio una palmada en su bolsillo trasero y asintió con la cabeza—. ¿La has comprobado dos veces?

—No te preocupes —contestó el señor Claus—. Todo está en orden. —Abrió la puerta principal y la nieve golpeó su cara—. Ésta será la mejor Navidad desde mil cuatrocientos noventa y dos.

Caminó hacia la puerta de la valla, hecha con estacas, y dio un fuerte silbido. De un establo vinieron galopando ocho pequeños renos, que arrastraban un gran trineo. La mujer, tiritando en la puerta, agitó la mano.

—Que lo pases estupendamente —gritó.

—Estaré en casa mañana al mediodía —dijo el señor Claus—. ¡Arre, *Dasher*, *Dancer*, *Donner* y *Vixen*! —El trineo salió dando bandazos hacia delante en medio

de la impetuosa ventisca; las campanillas atadas en las correas de los renos tintineaban alegremente—. ¡Ho ho ho! —gritó el señor Claus a nadie—. ¡Feliz Navidad!

La ciudad de Larchmont está en una división territorial del gobierno local, conocido como el condado de Westchester, que, a su vez, pertenece al estado de Nueva York, en Estados Unidos; pero lo que da a Larchmont y a sus alrededores, como Mamaroneck y Scarsdale, su carácter es la proximidad a esa metrópoli conocida como ciudad de Nueva York, a la que un gran número de habitantes del condado de Westchester viaja cada día para llevar a cabo sus ocupaciones, como médicos, agentes de bolsa, abogados y hombres de negocios. En general, las familias de allí son prósperas y viven en casas amuebladas con lujo, llenas de los más modernos y sofisticados muebles y accesorios, lo mismo que de los tesoros del pasado conocidos localmente como antigüedades. Tener tantos bienes materiales hace que esas gentes, en general, sospechen de los extraños, incluso de los que dicen: «¡Ho ho ho!»

Y al estar en una latitud de aproximadamente 41 grados al norte del ecuador y 73 grados, 50 minutos al oeste de Greenwich, el condado de Westchester, durante los meses de diciembre hasta marzo, tiene una buena cantidad de nieve. El 24 de diciembre de 1985 yacía bajo cuatro pulgadas de nieve en polvo, suficiente para hacer la conducción un poco difícil y para convertir en realidad los sueños de unas Navidades blancas.

En su habitación, Bobby Mynes, de ocho años, sufría de la misma falta de fe que afligía a tantos paisanos suyos. Su madre y su padre le acompañaban; su madre subiéndolo las sábanas blancas hasta la barbilla, su padre de pie con los brazos cruzados.

—*Por supuesto* existe Santa Claus —manifestaba la madre.

—Eso no es lo que Jed y Jeff decían —objetó Bobby.

—Jed y Jeff Marshall sólo te están tomando el pelo porque son mayores que tú.

—¿De verdad? —preguntó Bobby.

—De verdad —aseguró su padre.

—Pero Nancy Benedict lo decía también y tiene mi misma edad.

El señor y la señora Mynes se miraron furtivamente; el señor Mynes se encogió de hombros.

—Bien —dijo la madre—. Me imagino que los chicos Marshall deben de haber hablado con ella también.

—Sí —dijo Bobby, dándose la vuelta. No parecía convencido.

—Debes estar alerta esta noche, Bobby —le previno su padre—. Nunca se sabe a quién se puede ver en Nochebuena.

Los padres le dieron las buenas noches, deseándole una feliz Navidad, y cerraron la puerta detrás de ellos. En cuanto se marcharon, Bobby se inclinó y rescató una oscura pistola de juguete que había escondido debajo de la cama, la cargó y disparó

contra un póster de Clint Eastwood como Harry el Sucio que colgaba del techo inclinado de su dormitorio. El dardo dio en el cuadrado mentón de Clint y se quedó clavado. Es frustrante dudar a los ocho años.

Estaba durmiendo cuando el trineo aterrizó suavemente en el tejado, cuando el fuerte clip-clop de las botas se oyó a través de las tablillas de la chimenea. El señor Claus miró abajo hacia la negra oscuridad, pero, mientras bajaba la cara, su nariz restregó la delgada rejilla de metal que los Mynes habían instalado para impedir las chispas y cenizas fugitivas. Trató de tirar para soltarla, pero había sido argamasada y además, aunque el señor Claus no lo sabía, le salvó de la humillación de haberse quedado metido en esta chimenea en particular.

Tiró un enorme saco de juguetes a la blanda nieve y después se deslizó hacia abajo por un tubo de desagüe, pasando justo por la ventana de Bobby. Pero el chico no se despertó. ¿Quién sabe qué ocurría bajo esos párpados cerrados? ¿Visiones de dulces? Con más probabilidad robots y transformadores.

El señor Claus estaba ahora enfrentado con una situación que se estaba volviendo cada vez más familiar para él. Como un vulgar ladrón buscó una ventana y, contento de encontrar una, subió y metió dentro su saco de juguetes y después levantó su torpe masa sobre el alféizar. Se quedó de pie y escuchó, pero ni una criatura viviente se movía, ni siquiera un jerbo cavaba debajo de la viruta de madera en la jaula en la cocina.

Sin embargo, una criatura electrónica se estaba moviendo, guiñando su único ojo. El condado de Westchester, como se ha dicho antes, estaba preparado para rehuir los hurtos. Así, sus habitantes habían invertido en los más avanzados dispositivos de seguridad, otra empresa capitalista nacida de la ola de incredulidad cuya prima hermana era la paranoia.

El señor y la señora Mynes estaban en su habitación envolviendo regalos cuando el señor Claus tropezó con el ojo eléctrico; el panel de alarma contra ladrones lanzó destellos y su fuerte pitido sonó. Segundos más tarde, el teléfono de los Mynes repiqueteó.

—Segur-Tec —dijo una voz como de robot—. ¿Me puede dar su clave para prevenir la entrada de intrusos?

—Cinco siete dos tres —contestó el señor Mynes—. Llame a la policía.

Colgó, alargó la mano hacia el panel de alarma y apretó el botón rojo.

El señor Claus, un espíritu confiado, nunca supo quién le pegó. Mientras estaba de rodillas poniendo regalos bajo el árbol, los focos le iluminaron y desde los altavoces estéreos una aguda voz automatizada gritó:

—¡Ayuda, llamada a la policía, ayuda, ayuda! ¡Entrada ilegal! ¡Policía, ayuda!

El señor Claus se puso en pie, desconcertado. Deslumbrado y desorientado por las luces, agarró su saco y fue dando tropezones hacia lo que creyó que era la puerta principal; pero tropezó con la habitación de Bobby Mynes. El chico se sentó rígido en

la cama, apuntó con la pistola de dardos y disparó, golpeando directamente al señor Claus en la frente.

Mirando fijamente al niño, el traidor, el hombre retrocedió directamente a los brazos del señor Mynes, que le esperaba.

—Aléjese de mi hijo —gritó el hombre, alimentado por las historias de la televisión de niños violentados y raptados.

El señor Mynes trató de tirar al hombre al suelo, pero no pudo rodear con sus brazos la barriga del señor Claus.

—Ten paciencia —protestó el señor Claus—. Hay para todos.

Se soltó, como un armatoste, y se movió hacia la parte delantera de la casa, donde abrió de golpe la puerta en una repentina explosión de deslumbrantes focos. Una autoritaria voz, dijo:

—¡Alto, quédese congelado!

Hacía frío, pero el señor Claus, después de todo, venía del polo Norte. Y no tenía intención alguna de hacer tal cosa.

Era el sheriff Horacio Smivey, de la policía de Larchmont, y estaba imitando a un policía de la tele, al policía Andrew Renko.

—¡Suelta el saco y levanta esas manoplas! —le conminó.

Bobby Mynes, en bata y zapatillas y acompañado por sus muy turbados padres, echo a correr en medio de las luces y la nieve recién caída. El señor Claus se volvió hacia el niño que tan recientemente le había asaltado y le perdonó; se había asustado, el pequeño pícaro. ¿Quién no lo hubiera hecho con esa loca voz gritando «¡Ayuda!» desde la sala de estar? Sonrió, sus mejillas rojas como manzanas pulidas, su larga barba blanca como la nieve que caía y sus ojos brillaban mientras guiñaba un ojo a Bobby. Con unos segundos más, su barriga podía haber temblado como un tazón lleno de gelatina. Y en ese momento, como en *Peter Pan* de Disney, cuando Peter pide ayuda para reanimar a Campanilla, Bobby Mynes *creyó*.

Esposaron al señor Claus y le empujaron hacia una gran camioneta.

—Mamá —dijo Bobby—. Es él. Es mejor que le suelten.

—Hace frío aquí afuera —repuso la señora *Mynes*—. Entremos.

La policía abrió las puertas de la camioneta y tres hombres flacos, apestando a whisky barato, todos vestidos con extravagantes trajes rojos adornados con falsas pieles blancas, con barbas artificiales de algodón y garbosos gorros rojos, abrieron sus brazos al señor Claus.

—Ven adentro —gritó uno—. Cuantos más mejor. ¡Qué gran traje!

Mientras iban hacia la cárcel, Bobby Mynes trataba de explicar a sus padres que ellos, como todos los sensatos adultos del mundo, no escuchaban mucho a los niños.

Wetherby, veintitrés años y nuevo en la policía de Larchmont, conducía, mientras Smivey, Dios bendiga su cínica alma, estaba sentado con la escopeta y refunfuñando, como siempre, sobre su trabajo, excesivo y mal pagado. Los tres hombres vestidos

para parecerse al señor Claus se habían dormido; sólo el señor Claus permanecía preocupado sobre este nuevo método de transporte. Se sujetaba a la reja de tela metálica que le separaba de Wetherby y Smivey, tratando de mantener la verticalidad mientras la camioneta saltaba sobre las calles nevadas.

—¿Cuántas casas has visitado esta noche, amigo? —preguntó Smivey.

—Alrededor de cuarenta millones hasta ahora —contestó el señor Claus—. Millón más o menos. —Smivey puso los ojos en blanco y sonrió a Wetherby—. Así que se pueden imaginar —continuó el señor Claus—. Tengo todavía una larga noche por delante. Apenas he empezado. ¿Tenemos que ir muy lejos?

—¿Con prisas por ser encerrado? —preguntó Smivey.

—En realidad —dijo el señor Claus—, tengo una lista prácticamente inagotable, y agradecería poder volver a mi trineo lo más rápido posible. La población aumenta. La señora Claus puede soltar una pulgada o dos de esta chaqueta cada año, pero no puede poner cinta elástica en los pantalones del mundo. ¡Ho ho ho!

Smivey se volvió enfadado.

—No más risas —gruñó, como si fuera una nueva orden en Larchmont—. Nada divertido pasa nunca en este coche a menos que yo lo diga, ¿de acuerdo, Wetherby?

—Sí, señor —respondió Wetherby, aunque su tono no era muy entusiasta.

—Sí, señor, sheriff Smivey —dijo Smivey y Wetherby le obedeció.

—¿Smivey? —manifestó el señor Claus—. ¿No será por casualidad Horacio, hijo de Leonardo Smivey?

—¿Cómo sabes esto, abuelo?

—En realidad —explicó el señor Claus, consultando su lista—, vuestra casa iba a ser la próxima.

Tratando de levantar los ánimos en la camioneta (y tratando de fastidiar a Smivey, la verdad sea dicha), Wetherby empezó a cantar un villancico, y Claus se le unió.

—Basta ya y gira a la izquierda —gruñó Smivey—. Odio estas canciones y odio estos adornos...

—Oiga —le interrumpió el señor Claus—: parece que no tiene usted ningún espíritu navideño.

—¿Por qué habría de tenerlo? —inquirió Smivey—. Es sólo otro día, uno de los trescientos sesenta y cinco. Mi espíritu está al mismo nivel, con robos a mano armada, vagabundos y conductores borrachos, todos los síntomas del espíritu de fiestas.

—Parece bastante horrible —añadió el señor Claus.

—No sabe ni la mitad —dijo Smivey.

Bobby Mynes disparaba dardos a Clint Eastwood.

—Bobby Mynes, escúchame —decía su madre.

—Estás equivocada —contestó Bobby.

—Cada Navidad —siguió la madre— unos pocos viejos muy malos tratan de...

—Era Santa Claus —repuso Bobby.

—... robar a aquellas personas que son más ricas que ellos.

—No estaba robando. Estaba *dando*. Y tú y papá le habéis hecho arrestar como si fuera un terrorista o algo así.

La madre levantó la cabeza como si oyera algo a lo lejos.

—Escucha —continuó.

—Tenemos un gran problema —dijo Bobby—. Ponerle en libertad ahora.

Habría estado a sus anchas durante los años sesenta.

—¿No son campanillas de trineo lo que oigo? —quiso saber la señora Mynes. Bobby gimió—. Rápido, vete a la cama. Santa Claus está llegando.

—Pero ya ha *estado* aquí.

—Ahora estate bien callado —ordenó la madre—. Y si tienes suerte, le podrás ver.

La madre se fue de puntillas, una caricatura del silencio. Mientras la luz del dormitorio se apagaba, las cortinas que había detrás de la cabeza de Bobby estaban llenas de las siluetas de ocho pequeños renos.

En la comisaría, al señor Claus le estaban haciendo las fotografías, de cara, perfil izquierdo, perfil derecho. Wetherby terminó de tomar las huellas dactilares de los tres Santa Claus borrachos.

—Es para clamar al cielo —dijo el sheriff Smivey—. ¿Qué está durando tanto? No tengo toda la noche.

—¿Habla en serio de fichar a estos pobres tipos en Nochebuena, señor? —preguntó Wetherby.

—Puedes apostar a que sí.

—Pero son sólo unos tipos inofensivos que estaban solos y bebieron unas copas de más.

—Fíchalos —gruñó Smivey—. ¡El siguiente!

El siguiente era el señor Claus. Se levantó con toda la dignidad que pudo reunir y se acercó al policía *Wetherby*, que le indicó:

—Dedo índice, mano derecha, por favor.

El señor Claus presentó su mano a Wetherby, como él deseaba.

—Me gustaría hablar un momento con usted, Horacio —dijo—. Sobre su espíritu navideño.

—Guárdese para el juez —barbotó Smivey.

—Pulgar derecho, por favor.

—¿Pasará la Nochebuena con su familia, Horacio? —preguntó el señor Claus.

—El sheriff no está casado —explicó Wetherby, tomando la mano izquierda del señor Claus.

—¿Y qué tal con algunos amigos? —insistió el señor Claus.

—No tiene ninguno —repuso Wetherby entre dientes—. Creció en un orfanato.

—¿Escribiendo mi biografía? —bramó Smivey.

—No, señor.

—¿Hay algo más que quiera decir?

—No, señor.

—Bien —dijo Smivey—. Siga ese camino —señaló agarrando al señor Claus y conduciéndole por la habitación. Wetherby cogió la hoja en la que había presionado los dedos manchados de tinta del hombre. Los pequeños cuadrados designados a cada huella estaban en blanco. Levantó la ficha a la luz, pero no apareció marca alguna—. ¿Qué está pasando aquí? —se extrañó.

Vestido con su equipo de Joe comando y llevando una escopeta de dardos, Bobby Mynes se deslizaba desde la ventana de su habitación a un montón de nieve. Algo de nieve se metió en sus botas, pero no había que desanimarse por unas pocas molestias; tenía una misión que cumplir.

—Vamos, amigos —dijo—. Eso es, por este camino.

Los renos le obedecieron. Sus guarniciones de campanas empezaron a tintinear mientras adquirían velocidad y Bobby podía oír los delicados golpecitos de sus diminutas patas mientras él subía en el trineo y los nueve se fueron hacia la cárcel de la ciudad.

—¿Quiénes son esos pobres tipos, sheriff Smivey? —preguntó el señor Claus con verdadera preocupación, señalando a los hombres vestidos con ropas que querían parecerse a las suyas y que ahora yacían en varios estados de desaliño en tres colchones.

—Ése es un borracho y alborotador de la taberna de Wayfarer —explicó Smivey—. Y ese otro se desmayó en el hospital antes de que pudiera llevar los regalos a la sala de los niños. Y ese miserable desgraciado fue sorprendido robando adornos del gran almacén donde estaba trabajando la semana pasada.

El señor Claus movió la cabeza verdaderamente perturbado.

—Por regla general, la primera vez que un niño cree en algo más que en su propia madre o padre es cuando cuenta el verdadero deseo de su corazón a uno de estos extraños barbudos rellenos. Es gracioso que estos hombres que se visten como Santa Claus normalmente no tienen hijos suyos. Y la tristeza de la Navidad casi desaparece un año más al ser enviados a este desgraciado lugar. La gente *cree* en ellos, Horacio.

—Tienes razón, veterano —repuso Smivey.

—¿Te he defraudado alguna vez, sheriff?

Smivey miró al señor Claus y pensó en el tiempo en que había creído; le hizo sentirse incluso peor.

—Tú fuiste precisamente la primera de muchas decepciones.

Con su voz más amable el señor Claus inquirió:

—¿Te importaría contármelo?

—Yo era sólo un crío —empezó Smivey— cuando escribí una carta a Santa Claus; nueve páginas a un solo espacio, diciéndole que había sido lo más bueno

posible. Me había cepillado cada diente, hecho todos los deberes y todo lo que le pedía era una escopeta de rayos verdes de Buck Rogers.

Smivey abrió de par en par la puerta de la celda hacia la cual había estado conduciendo al viejo.

—¿Y no te la trajo? —quiso saber Santa Claus.

Sonrió a Horacio Smivey y algo viejo y oxidado se encendió de repente en el pecho de Smivey.

—A veces incluso Santa Claus comete errores —dijo el viejo.

El corazón de Smivey estaba latiendo a ritmo acelerado y sus manos manejaban torpemente la cerradura. Pero su buen sentido logró lo mejor de él; sus ojos se estrecharon y su corazón aminoró la velocidad.

—No —prosiguió—. No, es una locura. No puede ser. ¿Me oye? Usted no puede ser. Entre aquí.

Cerró de un portazo la puerta de metal y se dirigió con arrogancia desde el vestíbulo hacia la oficina principal. Tristemente, el señor Claus le vio marchar.

—Justo lo que este triste viejo mundo necesita —dijo—: una Navidad sin Santa Claus.

Si ha seguido de cerca esta historia, recordará que hay un personaje del que no hemos oído hablar desde hace rato. Sus pequeñas manos aparecieron de repente asiendo los barrotes de la ventana que separaban a Santa Claus del mundo exterior. El señor Claus no le vio al principio, pues había caído en un estado de desaliento del cual no pudo despojarse, ya que dos de los falsos Santa Claus estaban apoyados en él, roncando.

—Santa Claus soy yo, Bobby Mynes —susurró el chico—. Voy a sacarte.

Ató la punta de una cuerda muy gruesa a la ventana de la cárcel y la otra punta a la parte de atrás del trineo. Clint Eastwood se lo había enseñado.

Mientras tanto, Horacio Smivey y Wetherby estaban ocupados en un altercado referente a las huellas dactilares desaparecidas.

—¿Estás seguro que se las tomaste a ese tipo? —preguntó Smivey.

—Afirmativo, señor —respondió Wetherby.

—Ya he tenido bastante de este viejo —repuso Smivey—. Vamos.

Llegaron a la puerta de la celda justo cuando Bobby introducía dos dedos en su boca y silbaba. Automáticamente, los renos dieron una sacudida y empujaron hacia delante; la cuerda se puso más y más tensa y, bajo la presión y fuerza de los renos, la ventana empezó a soltarse. Sucedió lentamente al principio, como un dique que empieza a romperse con una sola grieta, pero después toda la pared se abrió con violencia, con los ladrillos volando en todas direcciones. Los cuatro Santa Claus corrieron a través del agujero de la pared, los tres falsos dispersándose. El señor Claus corrió hacia el trineo. Smivey se quedó de pie furioso y asombrado, mientras el trineo con Bobby Mynes y el viejo en el asiento del conductor empezaba a ganar

velocidad, arrastrando una ventana con barrotes por la calle principal.

El trineo pasaba por delante de los coches aparcados y de las tiendas cerradas, traqueteando y sonando, hasta que Bobby fue capaz de desatar la cuerda; afortunadamente no había tráfico, debido a la nieve, a la fecha y al hecho de que eran las dos de la madrugada. Era magnífico conducir así, hasta que oyeron el coche de policía. Detrás de ellos, con la sirena sonando, luces rojas destellando, patinando y gruñendo, venía Horacio Smivey.

Los renos cogieron velocidad, pero lo mismo hizo Smivey.

—¡Rápido! —gritó Bobby—. Nos está ganando terreno.

Santa Claus restalló el látigo y encaminó el trineo hacia un parque de la ciudad, cubierto de nieve. Sin dejarse intimidar en su deseo de atrapar a este tipo, a este falso, a este supremo estafador que, por un momento en el calabozo, casi le hizo creer, a Smivey le patinó una rueda y, coleando en dos esquinas, dio un viraje en la entrada opuesta del parque. El trineo estaba cruzando un prado y Smivey dejó el macadán y aceleró directamente hacia el viejo y el niño.

—¡Agárrate, Bobby! —gritó Santa Claus.

Porque, justo cuando parecía que el coche patrulla les cortaba el paso, el primer par de renos se dirigió hacia el aire, como si sus patas saltaran una suave pendiente invisible, y los otros los siguieron elegantemente en fila; el trineo, cargado con regalos para todo el mundo, se abalanzó sobre la cabeza de Horacio Smivey, dejando, en su cara una expresión de asombro y una rociada de nieve de los patines del trineo. Había sido incapaz de admitirlo cuando estaban en la cárcel, pero por un momento tuvo la sensación de que *era* Santa Claus, cuando no vio las huellas digitales en la ficha...

Aquí había una prueba irrefutable. Se quedó mirando al cielo negro sin estrellas mientras el trineo se volvía más y más pequeño; oyó el casi imperceptible «¡Ho ho ho!» del hombre que había arrestado y luego vio algo cayendo a la tierra.

Cayó a sus pies en el suelo; lo cogió con mucho cuidado, con tanta delicadeza como si fuera una bomba. Pero era un regalo, envuelto en papel de una clase que no había visto desde que era un crío. Dentro había una pistola de rayos verdes de Buck Rogers, de la clase que se vendían en 1933, una antigüedad.

A Smivey se le hizo un nudo en la garganta y lágrimas corrieron por sus mejillas, así que cuando miró de nuevo al cielo lo vio lleno de estrellas y cuatro trineos desapareciendo hacia el sur, hacia Manhattan. Y ese viejo y oxidado motor llamado *fe* empezó a empujar los pistones de su corazón otra vez.

La historia de la fe que vuelve a un adolescente y a un soltero de mediana edad puede no resolver los problemas de nuestros días, pero es un principio. Los políticos y los educadores, los oficiales que aplican la ley y los eclesiásticos simplemente tendrán que trabajar para imitar el ánimo y el desinterés del señor Claus, que resultan reconfortantes, ¿no creen?

Cómo Bobby Mynes llegó a su casa aquella noche, y lo que sus padres le dijeron —ellos no creyeron en el rescate de Santa Claus, pero, después de todo, eran adultos, cínicos, paranoicos, los poseedores de un sistema Secur-Tec—, bien, esto es otra historia.

Una copa más

Puedo contar un cuento increíble sobre el mejor de ellos, pero puedo jurar por todo lo sagrado que esto sucedió; es la pura verdad, de la primera a la última palabra, así que Dios me ayude. Corría 1934, en el sur del Bronx, y el invierno era terrible en Nueva York. Los tiempos eran malos, la gran depresión. Yo era afortunado por tener un trabajo, aunque fuera de barman en Maroni's. Mucha gente no tenía tanta suerte.

Tony, el propietario, no era un mal tipo, sólo estaba preocupado por poder subsistir. Ese lugar había sido un despacho de bebidas clandestinas sólo un par de meses antes, y aunque vender bebidas alcohólicas ahora era legal, Maroni's era todavía un lugar sórdido. La mayor parte del tiempo yo lavaba vasos, barría el suelo, decía a los asiduos que no había más crédito y gritaba a la gente vestida de rojo del Ejército de Salvación.

Él, ¿quién podía censurarlo?, venía cada tarde para librarse del frío. Había escogido la pequeña esquina barrida de nieve, justo al lado de la puerta del bar, y oíamos el monótono sonido de su campana como el toque de muertos, sin cesar.

¿Quién podía censurar a quién? Ninguno de nosotros tenía un céntimo: Daniel McLaren, que trabajaba de vendedor en unos tiempos en que nadie compraba; Francis Pearse, un empresario de pompas fúnebres con muchos cadáveres y sin nadie que le pagara por su arreglo apropiado. Y yo, que trabajaba en parte por las propinas, aunque no eran lo que se podría llamar abundantes. Tony estaba tan preocupado que empezaba a marcar con tiza las botellas y a compararlas con los recibos del día. Empezó a mirar cada bebida que yo servía y yo era un primo con un corazón de oro. Era duro para un hombre.

Era un viernes por la tarde, a fines de diciembre, la peor época del año, cuando todo empezó. El trabajo de la semana se había terminado, con nada menos que dos largos días por delante para pensar cómo la Navidad estaba justo a la vuelta de la esquina y nosotros sin dinero en los bolsillos. Francis estaba sentado en la barra, con las manos cruzadas; Dan no había llegado todavía; Mike Malloy, un viejo borracho de sesenta y muchos años, estaba roncando, boca abajo, en un charco de cerveza. Levantó la cabeza, rió como sólo una persona completamente borracha puede reír y se desplomó con un ruido sordo.

El ruido que hizo llamó la atención de Maroni.

—Pregunta al caballero si quiere una copa —dijo; resoplé y no me reí.

Fue entonces cuando se abrió la puerta y el tipo del Ejército de Salvación entró. Antes de que pudiera decir una palabra, le espeté:

—Ya damos a la oficina.

—¿No quieren ayudar a los que están peor que ustedes mismos? —inquirió.

—Seguro —repuso Tony—. Siéntese y caliéntese. Luego venga a comprobar este

inventario. Todas las bebidas gratis que estos tipos me han estafado; no hay nadie que esté peor que yo.

Al cabo de un rato oí la lúgubre campana tocando fuera de nuevo.

Tony volvió a su trabajo, examinando el whisky de centeno, y Francis me miró de una manera suplicante. Como dije, yo era un tipo blando. Pero también tenía ganas de divertirme. Tan tranquilo como pude, serví un trago de whisky y lo dejé en la barra, solo. Cuando Francis alargó la mano para cogerlo, yo lo aparté y le exigí:

—Veinticinco centavos.

Él retiró la mano y me miró como si yo fuera un perro que le acabara de morder.

—De acuerdo —masculló, dando palmadas a su traje, bolsillo por bolsillo.

McLaren llegó justo entonces, se quitó el abrigo y pidió una bebida.

—Gracias, Joe —dijo.

Pero yo se la alejé de él también. Era como un juego de feria, sólo que mejor; mi mano era más rápida que las suyas.

—Veinticinco centavos —le exigí también a él.

Mientras tanto, Francis se estaba palpando arriba y abajo como si fuera un poli cacheándose a sí mismo. Después se encogió de hombros y dijo, oigan esto:

—¡Ah, buen barman! *Dejadle beber y olvidad su pobreza, y recuerda sólo su miseria.* —Esto hizo que hasta Malloy abriera los ojos—. Proverbios treinta y uno, versículo séptimo —recitó Francis.

Realmente era un buen católico.

Dan tenía también un aspecto miserable, más de lo normal. Hurgaba en sus bolsillos buscando un cigarrillo y vi que sus manos temblaban.

—¿Cómo crees que se siente uno al ir a casa con tres críos y una mujer y sin dinero en la cartera? *Tú* —entonces señaló hacia mí— no sabes nada de esto.

Era verdad: yo no estaba casado.

—Ver esos jóvenes ojos brillantes empezando a marchitarse de desesperación... —dijo—. Navidad a la vuelta de la esquina y no les puedo ofrecer nada; ni siquiera veinticinco centavos para ver una película. Todo lo que puedo hacer es sonreír y animar sus esperanzas. —Estaba empezando a molestarme; mis mejillas se estaban tensando como cuando me emocionaba—. Por favor, dame esa copa, Joe. Me ayuda a mentir. Es todo lo que tengo en este momento.

Podía sentir que Tony me miraba, pero empujé la copa a McLaren de cualquier manera.

—Quítalo de mi sueldo —casi le grité por encima de mi hombro.

Incluso Malloy estaba impresionado con esto, lo suficiente como para salir de su estupor y golpear sobre un taburete del bar, que cayó al suelo con estrépito. Así era él.

Pero ¿ves lo que consigues cuando eres amable? En seguida Francis empezó:

—Yo entierro a todos los rufianes baratos y rateros del Bronx, y cuando voy a cobrar, hay una viuda desvalida ofreciéndome su cuerpo patético o algún enfermo

gamberro callejero quiere atracarme. Me deben mucho, fuera de la caridad de mi propio corazón, déjeme decírselo.

Desde el suelo apareció Mike Malloy. Tenía un don para las poesías que se aprendía de memoria; incluso cuando estaba casi inconsciente podía hacer que pareciesen bonitas:

*Preocuparse por el terrible sino de la vida
o lamentarse por lo que es,
sólo traerá desesperación y odio
porque la muerte está donde vive la justicia.*

Eructó, dio una sacudida hacia delante y puso ambas manos en la barra. Con una risa borracha preguntó:

—¿Cuál es el camino, querido, para ir al retrete?

—¿No lo sabes todavía? —gruñó Maroni—. Mereces mearte en los pantalones.

Malloy titubeó.

—En mejores tiempos, te invitaría a una copa, Francis —declaró Maroni—. Eras un buen cliente. —Suspiró profundamente, quizá queriendo decir: «¿Sabes? Un poco de dinero no nos haría daño a ninguno de nosotros. Pero no conozco a nadie estos días que lo tenga fácil».

Desde el retrete la voz de Malloy se alzó sombríamente, una canción de borracho.

—Hice un funeral el otro día —explicó Francis—. Ese tipo llamado Al Compinari. Su esposa le dejó vivir con Toots O'Connor. Después ella averiguó que tenía un contrato con su marido. Estaban todavía legalmente casados, ¿saben? ¿Así qué hizo ella? Se hizo un seguro de vida fuerte y cuatro días más tarde se convirtió en una rica viuda afligida cuando Compinari fue atropellado accidentalmente por un camión.

Del retrete llegaba el ruido de una puerta golpeando y a Malloy tosiendo con sus pulmones tuberculosos.

Era una buena historia; todos estábamos escuchando. Dan dijo:

—Parece una buena manera de ganar unos pocos dólares. El tipo tenía que morir de todas maneras.

—¡Ella podría habérselo dicho! —explotó Francis—. Él podría no haberla palmado.

Maroni, más realista, intervino:

—Seguro que ella está ahora mucho mejor.

—Ni siquiera le compró una caja decente. Simple pino, sin tapicería, la más barata. Lo sé —indicó Francis, golpeándose el pecho.

—No veo nada malo en aprovecharse de una pequeña información confidencial —dijo—. Ninguna razón de emplear las ganancias inútilmente.

Francis me miró como si fuera una serpiente; Dan aprobó con la cabeza, pero era

el único al que le daba bebidas gratis.

Así que Malloy volvió, zigzagueando, tosiendo y cantando una canción que no había oído antes.

*He visto el funeral de mis esperanzas
enterradas una a una;
ni una lágrima se derramó, ni una palabra se dijo.
La solemne tarea estaba hecha.*

—Cállate, Malloy —dijo Tony. Como si fuera una señal, Malloy eructó y cayó al suelo. Tony sacudió la cabeza, en verdad afligido—. La mayoría de los vagabundos que andan rondando por aquí se van a morir. Malloy está tratando de beber hasta morir desde hace años. Probablemente lo logrará también, en especial con este tiempo.

Siempre profesional, Francis miró a Malloy como si estuviera a punto para embalsamarle.

—Pero no cuentes con él para tener dinero con que pagar el funeral —le echó en cara Francis—. Será como todos los otros.

—Esto es verdad —terció Maroni—. Su mujer está muerta, no tiene amigos. No encontrarás a nadie que se preocupe lo suficiente por él como para pagar el funeral.

Francis recitó:

—«Una vida inútil es una muerte temprana». Goethe.

El muy presumido.

—La única manera de pagar el funeral del pobre borracho —sugirió Tony, tamborileando los dedos en la barra y mirando a Malloy— sería un seguro de vida.

Primero nos miramos unos a otros.

Después miramos a Malloy en el suelo. Durante un momento parecía que dejaba de respirar, pero luego pudimos ver algunos pelos de su bigote moviéndose, y su barriga subiendo y bajando un poco. Todos nosotros estábamos llenos de alegría, déjenme explicarlo: todos pensábamos en Malloy de pronto con nuevo afecto.

Estaba fregando vasos aquella noche cuando Dan llegó, satisfecho de sí mismo, como si sólo él fuera afortunado. Malloy estaba sin conocimiento en la barra y Francis miraba fijamente el papel de empapelar, lejos, en alguna parte de la tierra de los borrachos.

Como si fuera el dueño del lugar, Dan se sirvió una copa, pero Tony, que entraba por la parte de atrás, no dijo una palabra, porque ahora todo había cambiado. Malloy volvió a la vida al oír el sonido del licor siendo vertido y dijo con una pronunciación incomprensible:

—Amable señog. ¿Quiegue compagtir un poco de líquido mágico con un pobre viejo que ya no estagá mucho tiempo en este mundo?

O alguna tontería parecida.

—Claro, por supuesto, señor Malloy —dijo Dan generosamente, salpicando alguna ginebra barata en un vaso.

Después sacó algo del bolsillo de su chaqueta; el crujido del pergamino de tamaño legal sacó al viejo Francis de su trance.

—¿Cómo puede ser? —dije yo.

—Malos tiempos, hermano —se lamentó Dan—. Puedes tener mucho por un poco. —Se volvió a Malloy, que miraba fijamente el remolino de ginebra y hielo como si agarrase un clavo ardiendo—. ¿Señor Malloy? —dijo Dan, tan humilde y respetuoso como pudo—. Tengo aquí para el alcalde una solicitud de protesta por las abominables condiciones que han de soportar los pobres niños huérfanos en las fábricas donde los explotan en Nueva York. Estaría muy agradecido si la firma y me ayuda a dejar que nuestras voces se oigan.

Malloy le miró cuidadosamente, como tratando de apuntar con la culata de una pistola.

—¡Oh, los pobres picaros! Señor McLaren, estaguía org... gug... orgulloso, si sólo me señala dónde. No puedo ver muy bien, usted me entiende.

—Firme aquí —indicó Dan, dando a Malloy una pluma y señalándole la línea de puntos donde decía «Asegurado». El viejo garabateó su nombre y Dan de repente sacó el formulario de debajo de él y lo agitó en el aire, para que la tinta se secara—. *Gracias*, señor Malloy; los huérfanos le dan las gracias.

—Egues bien venido, buen hombre —dijo Malloy—. ¿Puedo proponer un brindis para celebrarlo?

—Por supuesto —dijo Dan. Esta vez llenó el vaso tres cuartas partes—. Por los huérfanos —brindó.

Malloy levantó el vaso con las dos manos y bebió con avidez de un trago; luego cayó hacia atrás, como un árbol derribado.

Al momento que golpeó el suelo, Tony dijo:

—¿Lo conseguiste? ¿Lograste que lo firmara?

Con ostentación, Dan nos mostró la póliza; había la firma del pobre Malloy, como firmó su propia sentencia de muerte.

—¡Lo conseguiste! —gritó Francis.

—¡Chiss! —dijo Tony—. Despertarás a Malloy.

—No creo que tengamos que preocuparnos de eso —manifesté yo—. El tipo, después de todo, sólo había bebido una quinta parte de ginebra, poco más o menos.

—Está firmada, sellada y entregada —declaró Dan—. Considerando el cometido, nuestro agente de seguros muy prudentemente aplazó el examen médico. En el momento de la temprana defunción del señor Michael Clancy Malloy, todos nosotros seremos hombres ricos.

—¿Cuándo crees que será? —preguntó Francis.

—No soy médico —dijo Maroni—. Pero no puede durar mucho más tiempo. La idea de su hígado es suficiente para hacerte morir.

—Ha estado tratando de beber hasta morir desde que yo empecé —dije yo—. Y considerando nuestros recursos —aquí señalé a todas las botellas de Maroni brillando a la luz desde el espejo—, podríamos ayudar a nuestro amigo.

Después Dan, deportivo como era él, sugirió un brindis por Malloy y todos bebimos a su salud de una extraña manera.

La tercera semana de enero Tony estaba desesperado. Habíamos dicho a Malloy que tenía una cuenta y él la estaba llenando. Había cajas vacías de ginebra, de vodka, de whisky y de vino. Aunque dijimos a Tony que todos le reembolsaríamos por su ayuda con la bebida, en el fondo era el único con pérdidas.

Habíamos pasado mucho tiempo bebiendo *con* Malloy y todos nos sentíamos peor por esto. Dan tenía venas reventadas en sus mejillas y nariz, Francis había hecho tres funerales mientras estaba completamente borracho. Ahora Dan estaba inconsciente en la barra y Malloy volvía a por más, educado como el día que nació.

—Señog Maroni, señog —dijo—. ¿Podría un pobre hombre, como yo mismo, tomag otro trago?

Podía ver que Tony estaba a punto de estrangular al individuo mientras yo decía:

—Ciertamente, señor Malloy.

Ahora he visto borrachines y he visto burdeles, pero nunca he visto nada parecido a Malloy. Ese hombre podía beber una caja de bebida alcohólica y todavía arrastrarse a la puerta. Vacié todavía una botella más en su vaso sin fondo.

—¡Dios te bendiga, Joe! —me dijo—. Afuera hace un frío teguible esta noche y un hombre necesita un poco de fogtalecimiento sólo de pensarlo. —Levantó el vaso hacia mí y preguntó—: ¿Pondrá esto en mi cuenta?

Lo tragó de un golpe, sonrió felizmente y se cayó de espaldas desde el taburete.

—Se me lo va a beber todo —gruñó Tony Maroni—. No lo puedo creer.

Entonces llegó Francis, negro como un cuervo de un funeral. Cuando vio a Malloy tumbado, su cara se iluminó, se precipitó sobre él y pegó su oreja en el pecho del borracho. Después se levantó y aseveró:

—No está muerto. —Eran las palabras más tristes que nunca pronunció.

—No —dijo Tony—. Pero *nosotros* estamos casi completamente destrozados. En las tres pasadas semanas se ha bebido veintisiete botellas de whisky de centeno, catorce botellas de vodka y cinco de whisky escocés. Cada vez que se desvanece estoy seguro que está muerto, pero él simplemente se levanta, pide disculpas y dice que está sediento.

—Ha de morirse pronto —aseguró Francis—. Necesito el dinero.

—¿Tú necesitas el dinero? Todos estaremos fuera en la nieve con el señor Malloy dentro de muy poco —dijo Tony.

—Quizá deberíamos darle sólo cerveza —aconsejó Francis—. Mi padre, Dios le tenga en su gloria, solía decirme que si das cerveza a un irlandés durante un mes, es hombre muerto. Un irlandés está forrado de cobre y la cerveza lo corroe. El whisky

limpia el cobre y es su salvación.

—Tú sabrás —dije yo—. Pero no podemos esperar otro mes.

—¿Qué pasaría si corroyésemos sus conductos un poco? —preguntó Tony, verdaderamente tranquilo—. Quizá hemos sido demasiado amables con el señor Malloy. Quizá algo un poco más fuerte le aceleraría el camino.

—¿Cómo qué? —quise saber.

—Algún alcohol de madera —dejó ir Tony.

—Pero eso podría matarle —murmuró Francis, todo hipócrita.

—Francis —protesté yo.

Mientras tanto Tony iba al cuarto trasero.

—Pero... ¿eso no es... asesinato? —balbució Francis, realmente inocente.

—Por supuesto que no, Francis —dije, sirviéndole un trago, obsequio de la casa—. Mírale: ¿tú crees que notará alguna diferencia si está bebiendo alcohol de quemar o Jameson? —El buen empresario de pompas fúnebres empezó a mirar con resignación nuestros funestos métodos—. Además —continué—. Esto acelerará las cosas. ¿Entiendes? El dinero...

Francis miró a Malloy y recitó:

—«No está muerto, sino muñéndose, lo que es horrible». Fielding, mil setecientos cincuenta y uno.

Yo estaba a punto de dar un puñetazo a ese asno presumido cuando Tony volvió con el ceño fruncido.

—Sólo encuentro queroseno —dijo.

Francis se volvió pálido como una seta venenosa e incluso yo estaba estupefacto.

—Vamos a ponerlo dentro de esta botella —indicó Tony, inclinando la lata roja—. Lo pondremos en un poco de whisky —lo hice— para quitarle fuerza. —Le puso un tapón y lo agitó—. ¡El especial Malloy! —dijo.

Al oír su nombre, los músculos de Malloy empezaron a crisparse. Podía decir que estaría de pie y en la barra dentro de un minuto. Se incorporó, se frotó los ojos y dio un traspié.

Desperté a Dan, que sabía que no querría perderse esto. Tony llevaba un vaso grande hasta arriba con verdadera ceremonia.

—Gracias —dijo Dan, alargando la mano para coger el vaso—. ¡Qué bien me vendrá una copa!

La tenía casi en los labios cuando Tony gritó:

—¡No! —Y la apartó de él, salpicando la chaqueta de Dan.

—¿Qué clase de matarratas es esto? —dijo Dan—. Huele como quero...

—Esto es una bebida para el señor Malloy —interrumpí yo, y mi voz era realmente firme.

—Señor Malloy —empezó Tony, el espíritu del buen humor—. ¿Un pequeño refresco después de su siesta?

—¡Qué amable! —bisbiseó Malloy—. Estos caballegos son muy amables. —

Levantó la copa para un brindis—. ¿No quieguen acompañarme?

Tony, Francis y yo dijimos un *Nooooo* como si nunca tomáramos eso, pero Dan, que todavía estaba mareado, se avino:

—Yo tomaré una copa.

—¡Oh no, Daniel! —dijo Tony, verdaderamente paternal—. Sabes lo que la parienta piensa de las bebidas fuertes en el aliento.

Dan miró a Tony como si estuviera a punto de perder los estribos, cogió la botella del Especial Malloy y se sirvió un trago.

Yo me quedé pasmado, pero Francis pensó más rápido y declaró:

—Yo tomaré una también. —Y se lanzó sobre la barra, tirando la botella y derramando la copa de Dan por el suelo.

—¡Idiota! —gritó Dan—. Mira lo que has hecho.

—No tiene importancia —dije yo—. Lo limpiaré en seguida. Señor Malloy, puede seguir sin nosotros.

Dan empezó a actuar como un sabueso, arrugando la nariz y olfateando.

—No les impogta si bebo, caballegos —continuó Malloy—. ¡A su salud!

Déjenme decirlo, Francis, Tony y yo estábamos pendientes de cada sorbo. Pero el viejo borracho sólo devolvió el vaso, chasqueó los labios y gruñó:

—Esto es el tónico.

—¿Otro, señor Malloy? —insistí yo, dispuesto.

—Le estaguía muy agradecido —dijo él. Detrás de la barra estaba sirviendo directamente de la lata—. ¡Apurar las copas! —indiqué, poniendo el vaso delante de Malloy.

—Esto es queroseno —insistió Dan finalmente, sumando dos y dos.

Malloy se tragó la segunda copa y sus ojos se cruzaron, su cara se volvió verde pálido, y se echó hacia atrás en el taburete como buscando algo donde apoyarse. Luego dijo:

—Absolutamente delicioso. —Y chasqueó los labios.

—Dale otra copa al señor Malloy —dijo Dan, metido en el espíritu de las cosas.

—Sí —afirmó Francis.

Yo ya estaba sirviendo. Esta vez la cara de Malloy se volvió blanca y sus labios dibujaron una mueca; sus ojos abiertos brillaban y parecían rojos como el fuego, como si el queroseno hubiera encendido algo dentro de él. Se levantó, se balanceó, se cogió el estómago y dijo:

—Estoy... un poco... magueado.

—Siento oír esto, señor Malloy —le dije—. Quizá un paseo rápido por el aire de la noche le aliviará.

—¿Sabes el frío que hace fuera? —notó Francis. Después recordó y declaró—: Frío suficiente para hacer circular la sangre.

—Sí —dijo Tony, como un doctor en medicina—. Un paseo por el aire nocturno puede ser la solución.

Malloy trató de hablar, pero no pudo; su lengua chasqueó un poco, pero sólo emitió ruidos sofocados. Dan le abotonó el abrigo, le puso los guantes y le cogió de un brazo. Tony dio la vuelta corriendo y le cogió del otro. Francis y yo nos pusimos los abrigos y nos unimos a ellos.

No fuimos muy lejos con Malloy —hacía demasiado frío y el viento rugía como un alma en pena—: sólo lo suficientemente lejos de Maroni's para encontrar un hermoso montón de nieve bien grande. Desabrochamos la camisa de Malloy y la parte superior de sus pantalones para que tuvieran todo el provecho del aire nocturno, y le tumbamos suavemente sobre su espalda. Estaba nevando con tal intensidad que pronto tendría una fina escarcha blanca encima suyo.

—Apenas parece verdad, dejándole aquí así —dijo el viejo Francis, tristemente.

—Tienes razón —murmuré, y empecé a echar con la pala nieve sobre la barriga hinchada de Malloy.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó Francis.

—¿Qué te parece que estoy haciendo? —dije yo.

—Joe tiene razón —intervino Dan—. Sería un pecado no hacerle el final lo más rápido posible.

Él y Tony se me unieron, y muy pronto Malloy parecía un montón de nieve. Francis retrocedió y citó al poeta de Avon o alguien así: «Dulce es la muerte que pone final al dolor».

—Vámonos de aquí —sugirió Tony— antes de que nos muramos congelados.

Cinco horas más tarde estábamos de vuelta en Maroni's, cada uno pensando qué íbamos a hacer, y esperando tener pronto el dinero. Pero nos sentíamos preocupados. La radio dijo que estábamos a catorce bajo cero, sin duda era la peor tormenta del año, y se esperaban veintidós pulgadas de nieve.

—No podrán encontrarle hasta la primavera —murmuré taciturnamente—. Será un largo invierno.

—No podemos esperar tanto —urgió Francis—. Quizá deberíamos desenterrarle.

—No podemos arriesgarnos —dijo Dan—. Nos pueden ver.

—¿De qué hemos de tener miedo? —señaló Tony—. Es sólo un pobre tipo sin casa ni hogar. Le dimos un par de copas, se fue de aquí y no tenía a donde ir.

—Pero le dimos un par de copas de queroseno —nos recordó Dan—. Y yo soy el beneficiario.

Tenía miedo, estaba claro, pero de repente todo lo que pude ver era a él largándose con el botín. Miré a Tony y a Francis y los vi pensando lo mismo.

—Quizá deberíamos instalarnos juntos durante un tiempo —insinué.

—Considerando tu admiración por el sol de Florida —dijo Tony.

—Y tu bien conocido amor por los viajes en tren —terció Francis.

—Lo guardaremos en mi caja fuerte —sugirió Tony.

—De ningún modo —dije yo. Porque tampoco confiaba en él.

—Yo lo guardaré —indicó Francis—. ¿Dónde está? —Se dirigió hacia Dan, que le empujó abruptamente.

—¡Quita las manos! —vociferó Tony.

Muy pronto estábamos por el suelo los cuatro, rodando, gritando, dando patadas, mordiendo y dando puñetazos cuando la puerta se abrió y un terrible viento frío barrió una ráfaga de nieve por el suelo. Eran las tres de la madrugada y todos levantamos la mirada, sorprendidos.

—Hace frío, una noche fría fúega de aquí, amigos míos —balbució Malloy. Estaba de pie en la puerta cubierto de nieve, como un fantasma—. Estoy helado hasta la medula de los huesos. —Se fue directamente a la barra y se asió fuertemente con las manos—. ¿Un poco del viejo líquido mágico paga calentagme?

Estoy un poco avergonzado de lo que sucedió después de esto. Le dimos anticongelante y una copita de trementina. Le dimos ginebra y tónica con un chorro de lejía. Hicimos *crêpes* Suzette con gasolina blanca. Le hicimos comer bocadillos de sardinas atados con tachuelas de moqueta y carne magra en conserva con una mostaza especial de veneno para ratas. Cada una de estas delicias le hacía retroceder un poco; sus ojos rodaban en su cabeza, se tambaleó, osciló y se derrumbó en el suelo. Le rodeamos verdaderamente solícitos y le tomamos el pulso, pero incluso cuando no lo pudimos encontrar, y aquí aplaudimos, gritamos, nos abrazamos y bailamos, Malloy sólo estaba gruñendo, se dio la vuelta y se rascó el trasero.

Lo peor fue cuando Dan McLaren se volvió un poco loco y trató de cortar a Malloy a trozos con una hacha. Lo cogí en medio de un golpe, probablemente la cosa más valiente que nunca hice.

—Quieto —dije—. Cuenta hasta diez. —Estaba gruñendo como un perro rabioso—. ¡Tú eres su beneficiario, por el amor de Cristo! —grité—. No puedes asesinarle.

—Está a punto de morir —indicó Dan—. Está a punto de morir.

—Morirá —aseguró Tony, realmente tranquilizador—. No te preocupes: ¡morirá!

Finalmente decidimos que se necesitaban medidas drásticas. Fuimos en un taxi por la calle 149 hacia el río Harlem. Era la segunda semana de febrero, las cuatro de la madrugada, y todas las personas sensatas de la ciudad estaban a salvo y calientes en la cama. Habíamos dado a Malloy un vaso lleno de desinfectante y estaba muerto de pie. Con todas esas piedras en los bolsillos y unos calentadores de plomo en las piernas, era un pesado bastardo y nosotros más o menos teníamos que arrastrarle.

Hicimos un esfuerzo hasta el centro del puente y nos quedamos allí mirando hacia abajo. Témpanos de hielo atascaban el río que apenas fluía debajo de nosotros. Como se pueden imaginar, teníamos prisa porque estábamos a tres bajo cero y nos encontrábamos complicados en un serio crimen. Los puntales y soportes del puente estaban negros de suciedad y sólo los más débiles destellos de luz venían del hielo.

—Parece suficientemente profundo aquí —señaló Tony, y todos nos detuvimos en

seco.

—Vamos a hacerlo rápido y acabar de una vez —apremió Francis.

—De acuerdo —dije yo—. ¿Estáis todos a punto? Cuando diga tres. Uno..., dos...

Le levantamos y le tiramos a las *tres*, pero por alguna razón Dan resbaló en el hielo y perdimos el equilibrio. La pierna de Malloy golpeó una de las vigas y rebotó. Todos nos caímos, excepto Dan, que casi cruzó al otro lado, se agarró en el último momento con las manos y colgaba patéticamente, pidiendo ayuda a gritos. Di un codazo a Malloy, empujándolo hacia el borde, mientras Tony subía a Dan y le ponía a salvo. Justo entonces los ojos de Malloy se abrieron y dijo, realmente débil:

—¿Dónde estoy?

—¡Dios mío! —dije a Francis—. ¿Has traído la sartén? Escucha: golpéale en la cabeza, ¿quieres?

Así que Francis empezó a oscilar, haciendo ruido, asestando golpes alrededor en la oscuridad. Ahora Dan estaba de pie con nosotros, pero lloriqueando como un niño pequeño. Él, Tony y yo agarramos a Malloy por debajo de los sobacos y le levantamos. Francis le estaba aporreando, había sangre en la frente de Malloy, pude verlo incluso con aquella poca luz.

—Para —susurré—. Ayúdanos a tirarlo.

Así que Francis dejó caer la sartén y asió los pies de Malloy, sus zapatos se cayeron y justo mientras el cuerpo de Malloy desaparecía de nuestra vista, vi por última vez sus pies, callosos, feos y negros como pezuñas por la congelación. Nos quedamos allí en la oscuridad, respirando a fondo. Tardó mucho tiempo, pero finalmente oímos un chapoteo, lejos, no tan grande como esperábamos que un cuerpo haría.

Después, ¿quieren saberlo?, Francis se derrumbó y empezó a lamentarse:

—¡Soy un asesino, soy un asesino!

—¡Cállate, maricón! —le insté—. O te echamos a ti también. Vámonos —ordené a los otros.

Fue entonces cuando vi al poli. Había estado allí mirándonos, Dios sabe cuánto tiempo.

—Fue idea suya —gritó Francis, señalando a Tony. Corrimos como locos, pero yo fui el único que logró escapar.

Volví a mi habitación, por supuesto, y la vacié en minutos, con los dólares que había ahorrado. Crucé Harlem y luego me dirigí hacia la Estación Central. Tomé el primer tren hacia Filadelfia, donde me escondí en un hotelucho durante un par de días y leí los diarios de Nueva York.

Francis, Tony y Dan fueron acusados de asesinato, y yo era un hombre buscado. Ellos tres lo dijeron todo, mi foto estaba en primera página.

Me corté el pelo muy corto, como un presidiario, y me puse un bigote postizo.

Llevaba sombrero y gafas oscuras. ¡Oh, los periódicos no hablaban de otra cosa! Cómo habíamos asesinado a aquel pobre vagabundo inocente a sangre fría, cómo lo planeamos todo. «Sindicato asesino», decían los titulares. No sabían ni la mitad de todo. ¿Malloy? ¿Inocente? Además, nunca encontraron el cuerpo.

Me fui a Chicago y me cambié el nombre. Encontré un trabajo sirviendo en la barra en un lugar llamado O’Farrow’s en la parte sur, tosco pero no podía ser melindroso. Seguí el juicio lo mejor que pude. En agosto, el estado de Nueva York electrocutó a mis viejos amigos, a los tres, bajo el testimonio del poli. El hecho de que Dan tuviera la póliza en el bolsillo cuando fueron arrestados no le ayudó mucho.

Así que de nuevo es diciembre, ¿saben?; cerca de un año desde que todo sucedió. Las cosas no van mejor en Chicago de lo que iban en Nueva York, y el señor O’Farrow se queja y gruñe más que habla el viejo Tony.

—No valgo más que una moneda falsa de cinco centavos —dice—. Nadie tiene dinero para una copa, aunque una copa es lo que anhelan.

Me gustaría decirle que se calle, me está poniendo nervioso, pero es el jefe. Estoy ocupado lavando vasos y digo:

—Sólo déles tiempo, señor O’Farrow. La tasca se animará, ya lo verá.

La puerta se abre y ese tipo con el traje del Ejército de Salvación entra; ya había estado antes, y me pone los pelos de punta.

—¡Váyase! —le ordeno—. Asusta a los clientes.

—Un níquel en mi palma —dice— asegura un níquel menos de dolor para los desgraciados de este mundo. —No digo nada—. Es seguro —arguye levantando la voz—. Un níquel menos de la propia destilación de Satanás para deformar el juicio de buenos hombres como usted.

—Vete —le conmino—. Te has equivocado de tipo.

Mueve la cabeza, verdaderamente apenado, y se da la vuelta para salir. Pero otro hombre entra en ese momento, cubierto, con un remolino de nieve a su alrededor. Se sienta en la barra, se quita el sombrero y solicita:

—¡Ah, amable señog! Daguía un poco de ese licor mágico a un pobre viejo que no estagá mucho tiempo en este mundo.

Había fuego rojo en sus ojos, fuego del infierno, se lo aseguro; tenía una cicatriz en la frente. Hubiera conocido esa cara en cualquier parte, puedo apostar que podría. Que me condene si no era el mismo diablo, Michael Clancy Malloy.

La peluca infernal

Harry Ballentine cogió el asa de cuero falso de su maletín con mano firme, mientras seguía al guardia de la prisión por delante de las celdas de los asesinos. Aunque su traje rayado de tres piezas era de un almacén barato, no de los hermanos Brooks, aunque su reloj era un Swatch, no un Cartier, aunque su corbata no era de seda, sino de poliéster, era joven y prometedor, y su guardarropa y equipo pronto le seguirían.

Andaba con la determinación y las espaldas cuadradas que el joven Clark Kent hubiera tenido si hubiera decidido ser un abogado en vez de un periodista. Tras sus gafas algo pedantes, los ojos de Harry estaban muy abiertos a su fe en la verdad, la justicia y en el hecho de que ambas se podían conseguir descubrir de entre el revoltijo de mentiras e injusticia que da a la vida moderna su peculiar estructura picante.

Había sido el primero en el corazón de sus padres, el primero en su clase de estudiante no licenciado, el primero de su clase en la escuela de derecho Probidad, y ahora era el último de la fila, el auxiliar, en la firma de Brack & Worth, abogados. Sólo tenía veintitrés años; todavía no le habían informado de sus notas en el examen de abogacía.

El guardia abrió la puerta de la celda, dejó a Harry dentro y cerró con llave detrás de él. Por un momento, el corazón de Harry palpitó, sólo por un momento, porque el hombre a quien se enfrentaba, aunque parecía bastante inofensivo, con su expresión de lástima de sí mismo, su calva con brillo y sus ojos marrones llorosos, había matado a tiros a tres abogados.

—¿Quién es usted? —preguntó con desconfianza Murray Bernstein. Parecía que le habían visto con un traje de tela de colchón.

Harry abrió su maletín y se sentó; tendió a Bernstein una tarjeta.

—Harry Ballentine, de Brack & Worth —dijo—. Siento que mi nombre esté escrito en lápiz.

—Pero yo he llamado a Worth —protestó Bernstein—. El año pasado hice este simple y pequeño testamento y me atendió Worth. Ahora, cuando realmente necesito ayuda, me envían a alguien que apenas llega a los veinte años de edad.

Un poco desairado, Harry se recostó en la silla y se ajustó las gafas; sabía que parecía joven, muy pulido, como un diligente jefe de patrulla de exploradores, pero tenía su orgullo.

—Con todo el debido respeto, señor Bernstein, desde que usted admitió haber matado a tres abogados en tres ocasiones, el señor Worth creyó que sería necesario enviar a alguien a quien la firma no le importara perder.

Murray movió su cabeza calva.

—Ajá —murmuró.

—No es que no esté entusiasmado —le tranquilizó Harry—. Es un *fascinante*

primer caso.

—Ajá, otra vez —dijo Murray.

—De modo que ahora es el momento en que usted, el acusado, me diga lo que piensa sobre todo lo relativo a las circunstancias que rodearon al supuesto incidente o, en su caso incidentes, por las que a usted, el acusado, se le imputa el crimen.

—¿Qué? —preguntó Bernstein, entreabriendo los ojos—. Pude haber tenido que matar a los otros abogados, pero por lo menos los entendía.

—Dígame con sus propias palabras lo que sucedió.

—Ése es el único problema —manifestó Bernstein con asombro—. No me acuerdo. Un día todo iba bien; los crios se estaban peleando, la mujer me estaba volviendo loco. La vida era estupenda. Éramos una familia simpática y unida. —Sacó su cartera del bolsillo y enseñó a Harry una foto instantánea—. Está tomada hace una semana.

Obviamente se habían metido en una de esas cabinas de cuatro por un dólar que encuentras en los centros comerciales; el pelo de la señora Bernstein estaba teñido y llevaba pendientes que colgaban. Los crios, un chico y una chica, habían escogido claramente a Daniel *el Travieso* como su héroe. Bernstein se parecía a Bernstein, excepto que tenía la cabeza llena de un pelo marrón muy bien cortado y perfectamente peinado.

—¿Dijo hace una semana? —preguntó Harry.

—Sí —dijo Bernstein—. Bueno: una semana y un día. Nos la hicimos la tarde que compré la peluca, ¿sabe? Todos éramos felices, nadie mataba a nadie. Parezco diez años más joven.

—¿Y después?

—Y después no lo sé. Toda la semana es una gran mancha amarilla. Me fui a dormir como un contable y me desperté como el asesino del zodiaco. No lo sé. Siempre había sido un tipo muy tranquilo; lo más violento que hice alguna vez fue poner peces en el depósito de gas del director.

—¿Sabe algo, señor Bernstein? —dijo Harry Ballentine, levantándose—. Le creo. Y voy a defenderle con lo mejor de mi talento. Voy a trabajar día y noche para usted, incluso después de que mi madre diga: «Harry, apaga la luz: estás matando a tu padre».

—¿Cuántos ajás hasta ahora? —preguntó Murray Bernstein.

—Tres —dijo Harry—. ¿Por qué?

A causa de que no bebía café o fumaba cigarrillos (era un abogado, después de todo, no un investigador privado) tenía que tomar pastillas para mantenerse despierto. Beth Hollander, su ayudante, había cubierto su immaculada mesa de despacho con los envases de forespán destinados a mantener caliente la comida rápida. Pero no había tomado nada; nunca se había sentido menos hambriento. Tan absorto estaba en el caso del señor Bernstein que sólo advertía las palabras que salían de los labios

extraordinariamente sensuales de Beth Hollander, ni los mismos labios, ni la manera en que ella cruzaba y volvía a cruzar sus bien proporcionadas piernas, ni el suave susurro de sus medias de nylon, ni la forma en que le miraba, como si ninguna píldora del mundo pudiera refrenar el hambre de ella. Eran las tres de la madrugada. Se estaba cansando de ser sensual.

Harry estaba de pie e iba y venía por la habitación.

—Vuelva a leer lo que dijo la mujer de Murray.

Beth Hollander suspiró.

—Primero confirma que su marido es una persona sin carácter —dijo ella mirando a Harry como si estuviera hablando de él. Y luego citó—: «Murray era un buen chico hasta que compró esa peluca en Pelo Actual. Luego cambió».

—Siga.

—«No fue al trabajo al día siguiente, no podía separarse del espejo. Se quedó admirando lo guapo que estaba. Me susurró en francés, cosa que no hacía desde que estábamos en la universidad: el sexo es estupendo. Fue entonces cuando estuve segura de que algo iba mal».

—¿Estaba tomando alguna medicación? —se preguntó Harry, rascándose la cabeza—. ¿Podía estar siendo dirigido por extrañas ondas de radio a través de sus tramas? ¿Tenía un hermano gemelo? ¿Tenía problemas con la digestión? Tiene que haber algo. —Movié la cabeza y se paseó por la habitación. Luego miró el reloj—. Señorita Hollander, debería irse a casa —dijo, amablemente, mirándola por fin.

—Señor Ballentine —dijo ella—. Harry. —Era hora de mandar a paseo la prudencia, ¡caramba!, era casi la hora de desayunar. Hizo una pausa, dejó la declaración jurada que había estado leyendo, y se movió en el sofá; se levantó, puso la mano en la cadera derecha, alzó la barbilla e hizo un puchero—. Aquí estamos, los únicos en todo el edificio. Hemos pasado casi una noche entera juntos. ¿Ha pensado alguna vez en mí como una mujer?

—Señorita Hollander —dijo Harry, con los ojos ardiendo con resolución—. No puedo pensar en usted como en una mujer mientras que cada criminal tras los barrotes es una mujer. Quiero decir mientras cada barrotes tiene una mujer, mientras cada mujer detrás de los barrotes... —Se hundió en una silla—. Estoy agotado —concluyó.

—¡Oh, de acuerdo! —dijo ella—. Quizá en otro momento.

Miró mientras ella pasaba andando delante de él hasta la oficina exterior, y se agachó a coger el diario de la tarde anterior que el chico había deslizado bajo la puerta de la oficina.

Dio un grito.

Harry se precipitó a su lado y cogió el diario. «Otros dos abogados muertos; asesino cogido», leyó en los titulares, justo al lado de una foto de un hombre calvo, de apariencia dócil, llamado Floyd King. Perplejo y escandalizado, Harry dio la vuelta y volvió a su oficina, seguido por Beth Hollander, que obviamente estaba en

un estado de bastante excitación. Escudriñó el artículo, leyendo fragmentos en voz alta:

—El jefe de policía Martin Hanson dice: «Si estos asesinatos no paran, habrá serios disgustos».

Tiró el diario al suelo con rabia y lo pisoteó.

—Cinco abogados muertos... Floyd King... Murray Bernstein... infierno que pagar... abogados... asesinos calvos...

Se paró mientras las claves empezaban a cobrar forma; en su mente vio algo como un erizo muerto.

—¡Pelucas infernales! —gritó—. ¿Entiende? ¡Una peluca psicópata! Señorita Hollander, ¿qué diría si le dijera que soy un genio?

Harry tomó dos Dexatrim más, bebió un vaso de zumo de naranja, y hacia las nueve había logrado acordar un encuentro con su cliente y Floyd King. Se quedó mirando las pruebas de su teoría mientras ambos hombres se sentaban en un banco, la luz de una bombilla que colgaba reflejándose en sus cabezas calvas.

Inclinándose, como había visto que Perry Mason hacía muchas veces, preguntó:

—¿Por qué lo hizo, Floyd?

—No lo sé, señor Ballentine —se sinceró Floyd King. Era un hombre patético y gordinflón con dedos como pequeñas salchichas—. No haría daño ni a una mosca. No, espere un momento, eso no es verdad. —El corazón de Harry siempre se alegraba por una estricta consideración de la verdad—. Me deshice de una de esas pegajosas moscas que dan vueltas el pasado verano...

—Así, ¿qué le hizo dar él gran salto de cazar moscas a ventilar los sesos de los abogados? —preguntó Harry, ahora cercándole—. Sólo dígame todo lo que sucedió.

—Me levanté —contó Floyd—. Comí mi trigo hinchado. Me puse la peluca.

—De acuerdo —dijo Harry—. Se puso la peluca. Hábleme de la peluca.

Todo tiene sentido, pensó Harry, en su camino a la habitación de objetos personales de la prisión. Ambos hombres habían sido calvos durante años y se habían resignado a su calvicie. Ambos se habían parado en seco en la acera delante de Pelo Actual al ver una peluca que parecía atraerlos. La que ambos habían visto era una cabeza con pelo tan bien proporcionada, tan perfectamente compuesto, tan *real* que hizo que cada uno de ellos entrara en la tienda y sacara la cartera. Ambos habían experimentado una psicótica transformación del carácter después de ponerla en sus cabezas. Ambos lo volverían a hacer por los sentimientos de placer y poder que la peluca había despertado. No era una peluca corriente.

El guardia se estaba cansando de Harry: lo podía ver por la manera que el hombre arrastraba los pies y reía burlonamente.

—Buen hombre —dijo Harry—. ¿Podría darse prisa? Es un asunto de vida o muerte.

El guardia bajó la caja de los bienes de Floyd King y se la dio a Harry, que comprobó el contenido de la lista.

—¿Esto es todo? —preguntó.

—Esto es todo lo que hay —aseguró el guardia.

—¿Está seguro?

—De acuerdo, de acuerdo —indicó el guardia, sacando de su bolsillo un billete de cinco dólares—. Lo he cogido prestado de ese tipo. Crucifíqueme.

—Aquí dice que hay una peluca en esta caja —señaló Harry, enseñando la lista al hombre.

—Me está tomando el pelo postizo —dijo el hombre.

Harry encontró dentro un sobre de papel, rasgado y sacó un solo pelo marrón.

—Tráigame las cosas de Murray Bernstein —exigió.

Tampoco había peluca alguna. Un sobre de papel rasgado con un solo pelo marrón. Harry levantó los dos pelos y los miró de lado. No era un experto, pero podía reconocer dos pelos idénticos.

Incluso mientras ellos estaban allí, la peluca intentaba otra emocionante escapatoria. Después de su encarcelamiento en un sobre de papel, después de la masacre de Bernstein, había tratado de rasgarlo para librarse y deslizarse hasta el hormigón del vestíbulo, permaneciendo claramente a los pies del guardia, quedando como una gran bola de pelusa marrón, como crin de un antiguo fleco de colchón, incluso como la carne del cocido.

Ahora se movía a trompicones como una oruga, levantando el trasero, estirando su parte delantera hacia delante, dejando su parte natural sin tocar. Pronto empezó a jadear en cortas boqueadas como un roedor y tuvo que parar para recobrar el aliento; de esta manera solía pasear, la peluca estaba horriblemente deformada. Se agachó en un rincón, tan discretamente como le fue posible, evitando un par de grandes zapatos, brillantados con saliva, que pasaron corriendo.

De esta manera hizo su camino hacia la puerta de la prisión. Como antes, el guardia que vigilaba los monitores para alguna señal de fuga estaba comiendo y no vio la bola de pelo mientras corría a través de una de las pantallas de televisión; justo fuera de eso estaban las barras sobre las que el letrero decía «Abandonad la esperanza todos los que entréis aquí». Mirando a la derecha, luego a la izquierda, la peluca acumuló valor y resbaló por las barras. Inmediatamente el sistema de alarma de la prisión sonó y el pelo de la peluca se erizó. Una voz eléctrica empezó a repetir:

—No hay oportunidad de escapar. Renuncie y todavía puede tener privilegios conyugales.

La peluca se mantuvo muy inmóvil, y después empezó a moverse tan rápidamente como pudo, como un plumero enloquecido, saliendo disparada y deslizándose entre el golpeteo de pies que la alarma había puesto en movimiento. Finalmente supo que la humillación era su única oportunidad. Encontró un par de zapatos cuyo propietario

estaba relativamente inmóvil y empezó a gimotear y a restregarse contra los tobillos del guardia.

Había poca luz y el guardia estaba distraído por el alboroto. Despistadamente, se agachó y dio unas palmaditas a la peluca.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó—. Vamos, sigue. Márchate.

Con el zapato dio un golpe a la peluca, abrió una última puerta de madera que daba al patio de la cárcel, y la empujó fuera.

«Libre por fin —pensó la peluca—. ¡Je, je, je!»

El jefe de policía Martin Hanson se lo estaba pasando muy bien; había soñado alguna vez con ser un actor que contaba chistes, pero apenas nadie se había reído de él todavía y trataba de ser un compañero ingenioso.

—¿Espera que crea que una peluca es la responsable de esos asesinatos? —dijo a Harry Ballentine—. ¿Y quién fue el responsable de la matanza del día de San Valentín, un sujetador relleno? ¿Charlie Manson es en realidad una faja disfrazada?

—Lo lamentará —dijo Harry—. Si ese pelo vuelve a matar...

—Parece que tenemos quebraderos de cabeza, ¿entiende? Estamos a la cabeza de las desgracias —declaró Hanson y se partía de risa. Miró al lugarteniente Jason Childress, un tipo avergonzado, para ver si se estaba riendo—. Esto es bonísimo —dijo—. No me había divertido tanto desde que Jason se cogió el pene con la cremallera.

Jason no se reía. Tampoco Harry.

—Entonces, supongo que no puede ayudarme a capturarla, ¿verdad? —preguntó Harry.

—No —dijo Hanson—. Pero le ayudaré a peinarla. ¿Cree usted que ésta es una condición *permanente*?

—Jefe —dijo Harry.

—Le digo lo que haré —aseveró Hanson—. Le presto algunos de mis hombres más altamente entrenados y déles órdenes de sacar una red para el pelo.

—¡Adelante y ría, jefe! —dijo Harry—. Pero mientras hablamos, una peluca asesina está acechando las calles de esta ciudad.

—Es una historia que pone los pelos de punta, señor Ballentine. ¡Espeluznante!

—No me cree —dijo Harry a Beth Hollander—. ¿Ha tenido más suerte?

—He hablado con el propietario de Pelo Actual —explicó Beth Hollander—. Que recuerda muy bien. El pelo era francés; pertenecía a una pobre mujer de Niza que fue acusada de asesinato. Era pobre y tuvo que vender su pelo para pagar al abogado, un estafador que cobró «tarifas razonables». El tipo no hizo nada para ayudarla. El día de la ejecución, un hombre confesó.

—¿Quiere decir que ella era inocente? —inquirió Harry—. ¿Que fue culpa del abogado?

—Esa peluca está vengándose —dedujo Beth Hollander.

—Pero esos abogados no la traicionaron —dijo Harry—. Esto no es Francia; es América.

—No dejó herederos —continuó Beth Hollander.

La peluca fue moviéndose a sacudidas por la acera delante de Pelo Actual, esperando que la tienda abriera. Vio a un jovial hombre calvo de mejillas sonrosadas andando arriba y abajo del escaparate principal, con la clara intención de comprar. Por un momento pensó en llamarle «*Monsieur*» o de otra manera para llamar su atención, pero después se dio cuenta de que no deseaba estar en la cabeza de alguien que había encontrado una peluca en el arroyo. Luego vio los zapatos de Mitchell Crouse, el hirsuto director de Pelo Actual. Estaba silbando y agitando las llaves en el bolsillo.

La peluca vio cómo el futuro cliente se marchaba, queriendo evidentemente aparentar indiferencia. Crouse abrió la puerta y la peluca, sin perder un momento, se metió dentro. Mientras subía arrastrándose al mostrador, tirando una peluca sintética de la primera cabeza del escaparate, y se arreglaba ella misma de una manera atractiva, el hombre calvo entró en la tienda.

En un segundo, Mitchell Crouse estaba con él.

—¿Puedo ayudarle? —le preguntó.

—En realidad, sólo he venido a mirar —dijo el hombre.

—No hay obligación de comprar —repuso Crouse melosamente—. De hecho, incluso la puede alquilar, si simplemente desea volver a experimentar la sensación de tener pelo durante un tiempo. Ahora, ¿por qué no se sienta aquí y vemos qué podemos hacer por usted? —La peluca miraba mientras Crouse recorría con sus dedos la coronilla del hombre—. Tiene una hermosa superficie aquí para futuro pelo.

El hombre se levantó.

—La idea de pegamento en la cabeza me repugna —declaró.

—¿Señor..., eh? —dijo Crouse.

—Monroe —contestó el hombre—. Cliff Monroe.

—Señor Monroe —empezó Crouse—, eso es lo que todo el mundo teme al principio. Pero no se siente nada de nada, es como una segunda piel. Ahora vamos a ver si podemos hacerle parecer veinte años más joven. —Se volvió hacia el escaparate.

La peluca se preparó, levantándose ligeramente de la cabeza de muestra hacia los dedos de Crouse. Pero el sinvergüenza cogió otra, hecha de Pelo Milagroso, y la puso como una corona en la testa de Cliff Monroe.

—Fabuloso —arrulló—. Una adaptación perfecta. Esta pieza parece haber sido hecha para su cabeza. El parecido con Tyrone Power es asombroso.

Monroe hizo algunas muecas y se hundió en la silla. Con indecisión alargó la mano hacia la peluca, después dejó caer la mano.

—Yo no... ¿Es pelo de verdad?

—Una réplica exacta. Es más real que el verdadero. Hecho del mismo material que las piezas del transbordador espacial.

—Preferiría tener pelo de verdad —indicó Monroe.

—Creo que acabo de vender la última. No. Espere un momento —dudó Crouse. Se volvió hacia el escaparate y vio la peluca que ahora enviaba ondas de encanto francés en dirección de Monroe—. ¿De dónde sales? —le preguntó.

—¿Qué? —inquirió Monroe.

—No, nada —repuso Crouse, tranquilizadamente—. Después de todo, tengo algo en pelo verdadero. De Francia. El país del *amour*.

Colocó la peluca en la cabeza de Cliff Monroe y ésta empezó a trabajar.

Acarició con suavidad el cuello cabelludo de Monroe y sutilmente cambió sus contornos. Ante sus propios ojos, Cliff Monroe se convirtió en un hombre guapo. Se sentó con una expresión de profunda emoción en su cara. Esta vez sus manos tocaron su nuevo cuero cabelludo con reverencia.

—No lo puedo creer —exclamó—. Me quedo con ésta.

«¡Ah! —pensó la peluca—. Es hora de acabar con la abogacía».

Harry Ballentine daba bandazos a través de las calles en su Volkswagen escarabajo del 67; sabía que no había tiempo que perder. Si Bernstein y King habían comprado la misma peluca en Pelo Actual, entonces *de alguna manera* la peluca asesina regresaría allí. Chirrió al pararse al lado de la tienda, saltó del coche y entró corriendo, con los ojos extraviados y respirando con dificultad. El hombre que estaba detrás del mostrador levantó las manos y dijo:

—¡No dispare! Sólo hay veinte dólares en la caja.

—Estoy buscando una peluca —explicó Harry.

El hombre bajó las manos y miró con desdén el cuero cabelludo del intruso.

—¿Puedo ver por qué? Esa que lleva usted...

Harry sacó un sobre de papel y alargó a Crouse dos hilos de pelo.

—¿Significa algo para usted esto?

La cara de Crouse se relajó mientras cogía lo que Harry le ofrecía.

—Me parecen familiares —dijo Crouse.

—¿Tiene alguna peluca hecha de algo igual a esto?

—Espere un momento —repuso Crouse—. Espere sólo un momento. En realidad acabo de vender...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Harry—. No hay tiempo que perder. ¿Sabe el nombre del comprador? ¿Lo sabe? Bien. Localícele, vaya a su casa, a su lugar de trabajo. No hay tiempo que perder. Yo trataré de investigar la próxima víctima.

—¿Qué está usted diciendo? —inquirió Crouse—. Yo sólo le vendí la pieza. Nunca hago pruebas complementarias. De todas maneras, tengo que ir a una exposición esta mañana. Lo último en la moda para el cuero cabelludo.

—Escúcheme —le explicó Harry—. Mientras esta peluca vaya por nuestras

calles, ningún abogado está a salvo. Todo nuestro sistema legal depende de la detención de una peluca retorcida por el rencor. Si vuelve a matar, caerá sobre su cabeza.

—¿Quiere un vaso de agua? —balbució Crouse.

La peluca en cuestión estaba camino de la oficina de David Zahl, abogado. Era el último abogado vivo de la ciudad que anunciaba «tarifas razonables». Después de él no había límite; la peluca no podía irse hasta que cada abogado cruzado, rayado, hablando con segundas en el área metropolitana estuviera muerto.

Cliff Monroe, con una pistola en el bolsillo y el asesinato en su mente, abrió la puerta de la oficina de Zahl. Detrás de una mesa barata de oficina, vistiendo un sencillo traje, estaba sentado Zahl en persona; hablaba con un hombre de mediana edad algo sobrado de peso.

—Sí —decía el señor Zahl—. Es su testamento. Puede dejar lo que quiera a los peces de colores del mundo.

—¿Es usted Zahl? —preguntó Cliff Monroe—. ¿Afirma tener tarifas razonables?

—¿Quién es usted? —preguntó Zahl, repentinamente nervioso—. ¿Es del departamento de Mejores Negocios?

—Soy un asesino —declaró Cliff Monroe.

—Lo siento —repuso Zahl—. No quiero más clientes.

—Debo irme —se acordó el hombre que estaba con Zahl—. No tengo planeado usar mi testamento hoy.

—No se muevan —indicó Monroe, sacando la pistola del bolsillo y agitándola entre Zahl y el otro hombre. El sonido de unas pisadas corriendo le distrajo por un momento; estaba aún más distraído cuando la puerta se abrió de golpe y un Harry Ballentine con la cara enrojecida y jadeando entró dando traspiés. Monroe se dio la vuelta y apuntó a Harry—. ¿Quién es usted? —gruñó.

—Suelte eso, señor —le explicó Harry—. Yo no tengo pelos en la lengua. Sólo quiero...

Señaló la cabeza de Monroe, donde la peluca había resbalado hacia atrás y cayose al suelo.

—¿Cómo nos encontró? —gritó la peluca.

—Simplemente —dijo Harry—, me esforcé en pensar como una peluca francesa. Es algo que nos enseñaron en clase de agravios.

—¿Usted es abogado? —preguntó Monroe, brillándole los ojos.

Harry dio un paso atrás.

—En realidad no —respondió—. No, en absoluto.

—De acuerdo —apremió Monroe—. ¿Cuál de ustedes quiere morir primero?

—Yo puedo esperar —añadió Zahl—. Dejemos que sea él el primero.

—Entonces es usted —señaló Monroe, apuntando con la pistola a Harry.

Harry tenía que pensar rápidamente, pero ya lo había hecho antes. Le indicó una

mancha en la desteñida alfombra.

—¡Mire! —gritó.

Cuando todos miraban, cogió una lámpara y trató de hacer pedazos la peluca, pero ésta se deslizó antes de que pudiera aplastarla. Todo lo que alcanzó fue a Cliff Monroe, que inmediatamente se desplomó en el suelo.

Más tarde, cuando contaba la historia, hacía una pausa aquí y, con pesar, incluía su único y más grande error en todo el caso; cuando irrumpió en la oficina de Zahl había olvidado cerrar la puerta. En la confusión que siguió a la lámpara, la peluca, en plena fuga, había salido de la oficina, bajado al vestíbulo y metido en un ascensor antes de que Harry hubiera reaccionado.

Las puertas del ascensor se cerraron sobre su mano, que retiró con un grito de dolor. Luego miró los números subiendo hasta que se pararon en el salón de baile; subió corriendo los tres tramos de escaleras, ahora jadeando del todo.

Cuando abrió de un empujón las puertas dobles del salón de baile, se encontró con una exposición de moda. En una pista, un maestro de ceremonias estaba rodeado de modelos. Uno sostenía una tabla de surf y doblaba los pectorales; otro iba vestido como un mercenario y esgrimía una ametralladora. Cerca de él había un *playboy* en pijama de seda y un leñador, un tipo forzado con una gran barba, con una chaqueta escocesa roja y blanca y un hacha.

Cerca del maestro de ceremonias había un cartel brillante que ponía «Pelucas Alfredo».

—Vamos a lanzarlas al mercado y a extenderlas por todo el mundo. —El maestro de ceremonias gritaba a las modelos dando vueltas y vueltas, moviendo sus cabezas a izquierda y derecha—. No importa cuál sea vuestra clientela. Alfredo tiene una peluca adecuada para ti. Una peluca con estilo, con algo especial, con aire, con *savoir faire*, con suavidad.

Harry se apoyó en la pared; su corazón latía violentamente. La habitación estaba llena de hombres, algunos con pelo, otros sin él. Uno con una cabeza de asesino. Los camareros pasaban entre ellos llevando bandejas de plata con tapaderas, instalando un bufet en la parte más alejada de la habitación.

—La calva está pasada de moda —gritaba el maestro de ceremonias—. Mejora, América, con una peluca de Alfredo. Puedes, ducharte, nadar o pilotar un avión con una peluca de Alfredo. Hecha del más fino y resistente al fuego politrel —decía, quitando con rapidez la peluca al leñador—. Tan real que Dios desearía haberlo hecho. Aquí, por ejemplo, el Tuf E Nuf, para aquellos que tratan sus cabellos con aspereza. Perfumado con cedro, este producto es tan fuerte que sacaría al *Queen Elizabeth 2* de su dique seco. Intenta quitarla, Woody.

Se la devolvió al leñador, que intentó inmediatamente rasgarla con sus manos.

Harry Ballentine tenía que empezar por algún sitio, así que intentó coger el pelo del hombre más cerca de él. Se desprendió con facilidad, y Harry lo mordió, le dio

una paliza sin suerte; pero no era la que buscaba. Yacía allí en el suelo patéticamente, sin nada de vida en ella. Su sobresaltado propietario se volvió mientras Harry se dirigía al siguiente. Desafortunadamente, el pelo de este hombre crecía normalmente en su cabeza. Cuando él se volvió, su cara estaba pálida de rabia, y Harry se agachó mientras un puño golpeaba por encima de su cabeza y chocaba con la mandíbula de un tercer hombre.

La pelea se extendió por todo el salón. Harry se dio cuenta de que el sitio más seguro para estar era en el suelo, mientras los puños volaban por encima de él. Anduvo a cuatro patas, esperando que la violencia dejara libre la maldita peluca y cayera en sus manos, que la esperaban; tenía un cortaplumas, un manajo de llaves, los dientes.

—¡Ayuda, asesino, policía! —entonó el maestro de ceremonias mecánicamente sobre el sistema de megafonía.

Las pelucas volaban como trozos de papel en un día de viento. Harry las cogía una tras otra, primero dándoles navajazos, después mordiéndolas fuertemente. Todo lo que obtuvo por sus molestias fue una bocanada de aire.

Luego, de repente se encontró frente a un zapato con cordones gruesos y ojetes de metal de un par de flamantes botas de trabajo plantados en ángulo recto ante él. Levantó la vista lentamente, a lo largo de dos piernas vestidas de marrón, hasta una chaqueta escocesa roja y blanca, una espesa barba, una boca sonriendo de una manera extraña, un par de ojos relucientes y, colocada en lo más alto, como el nido de un terrible pájaro...

Harry gritó mientras el leñador le cogía y le levantaba:

—¡Un abogado! —chilló el leñador—. ¡Árbol va!

Harry se agitó y pataleó, tratando de agarrarse a la parte más alta de la cabeza del hombre, pero sus brazos no eran tan largos como los del leñador y continuó golpeando el aire. Sintió que los brazos del hombre se echaban hacia atrás para el lanzamiento, y fue bajado sólo un poco, lo suficiente para asegurar su presa. Quitó la peluca de la cabeza calva del enorme hombre y de inmediato, desconcertado y turbado, el hombre dejó caer a Harry.

Pero ¿había perdido sus fuerzas Harry? Cayó al suelo con un ruido sordo que retumbó y él y la peluca dieron vueltas y vueltas, él tratando de estrangular aquella pequeña cosa peluda y la peluca haciendo lo que podía por meterse en la boca de Harry y asfixiarlo hasta morir. Daban vueltas entre las piernas de los hombres que caían sobre ellos como árboles talados. Finalmente Harry y la peluca rodaron hasta una de las mesas del bufet. Harry alargó la mano, cogió una tapadera caliente de plata pesada y la cerró de golpe, atrapando a la peluca, que aporreó la parte interior de la tapadera hasta que, exhausta, finalmente se quedó quieta.

—¡Te cacé! —susurró Harry Ballentine—. Llamen a la policía.

Después de que la entrevista en las noticias y la reunión personal con el alcalde,

después de que el panegírico de los compañeros y socios cesaron de fluir, Harry llevó a Beth a la cárcel a ver la peluca, ahora presa en una caja transparente. Estuvieron mirándola hasta que Harry dijo:

—¿Sabe, señorita Hollander? De una manera disparatada siento compasión por algo encarcelado sin beneficio o representación.

Después, finalmente, la besó.

El jefe de policía, con una disculpa en los labios, manifestó:

—Bien, señor Ballentine: supongo que debería haberle creído. Usted es un buen hombre y merece esta victoria. El que ríe el último ríe dos veces. ¡Je je je!

Harry Ballentine dijo:

—Nunca me reiré, jefe, hasta que encuentren una palabra menos embarazosa para el sistema penal.

Aquí termina la historia, más o menos. Excepto que a última hora de la noche, un policía calvo, llamado oficial Schmidt, que estaba de guardia, y la peluca, con su más agradable encanto francés...

Donde hay peluca hay camino.

Ni un día en la playa

Arnold Skamp, echado en su litera, escribía una carta a su casa.

«Querida familia —empezaba—. Espero que estéis bien. Estamos a punto de entrar en acción por vez primera...»

Debajo de él, los otros miembros de su escuadrón estaban jugando al póquer, todos excepto el Irlandés, que estaba sentado limpiando su automática, inconsciente de la oscilación del barco transporte y las débiles explosiones del distante fuego del mortero a través de las aguas del Mediterráneo. Lejos de todos ellos, el Irlandés parecía verdaderamente despreocupado sobre el mañana, cuando desembarcarían en la playa de Porto Nuovo para apoyar el movimiento de las tropas norteamericanas que barrían la fina bota de Italia. En cuanto a él mismo, Arnold Skamp, se sentía sencillamente muerto de miedo.

Los cinco que estaban sentados alrededor de la improvisada mesa de juego hacían más ruido que de costumbre, intentando esconder su inquietud bajo una charla picante llena de bravatas.

«Estoy con un grupo de compañeros estupendos —escribió Arnold Skamp—. Y tengo muchos amigos, a los cuales visitaré uno a uno cuando esto termine».

Como él, aún no tenían veinte años, reclutas novatos, nuevos en acciones de guerra. Ira, el comerciante, era un fullero sabelotodo.

«Ira y un alto tipo enjuto al que llamamos Stick son de Nueva York y me han prometido enseñarme la ciudad cuando volvamos a casa. Ira me enseñará a ser un jugador de póquer también». Stick era en realidad tan flaco que parecía un canutillo de pana.

Tan alto como Stick, Tiny pesaba el doble; era de Georgia, un verdadero blanco del sur y mezquino.

«Tiene un corazón de piedra por fuera, pero es un buen caballero del sur en el fondo —escribió Arnold—. Creo que tengo madera para ser un buen soldado».

Casey, que usualmente se acostaba en el camastro de debajo del de Arnold, era el más amable de todos ellos; era de Fort Wayne, Indiana. Tenía la cara redonda y usaba gafas de concha.

«Tengo que decir que Casey es mi mejor amigo —escribió Arnold—. Es realmente inteligente y podemos hablar de todo. Cuida de mí, es la clase de hermano mayor que nunca tuve».

Y Evergreen era de Los Ángeles; sabía todo sobre Sidney Bechet, Fats Waller y Count Basie, gente de la que Arnold nunca había oído hablar. Siempre estaban juntos; se llamaban a sí mismos el Club y, aunque habían escogido a Arnold como víctima propiciatoria, Arnold pensaba que, cuando la ofensiva llegara, avanzaría si ellos estaban cerca de él. Deseaba ardientemente ser uno de ellos y decidió que, antes que

la guerra acabase, lo sería.

Pero Arnold Skamp estaba acostumbrado a ser un intruso. Hijo único, nacido prematuramente y expuesto al garrotillo, había sido protegido y mimado, y había crecido como un jovencuelo débil con gafas. Sus brazos y piernas parecían haber crecido demasiado y sin gracia alguna. Tropezaba, dejaba caer las cosas, se daba golpes con las paredes y con la gente. Creció aceptando la torpeza como su condición normal, pidiendo disculpas por ella y tomando con resignación las pullas y mofas de aquellos dotados de gracia física, atractivo o dominio de sí mismos. Los envidiaba, pero sobre todo los admiraba; era el enano de la carnada que deseaba más que nada ser uno de la pandilla.

Era el día de Acción de Gracias y allá, en su casa, en El Dorado, Kansas, sus padres estarían sentados cenando con sus tíos, tías y los primos, que le habían condenado al ostracismo y, aunque estaba aterrorizado de ir a combatir, secretamente estaba contento de estar aquí, lejos de la granja, del maíz y de los cerdos. Suspiró mientras el barco se balanceaba y enviaba el lápiz en su mano de blancos nudillos deslizando hacia el margen; sólo deseaba que uno de ellos le pidiera que jugara.

—De acuerdo, caballeros —estaba diciendo Ira, con una exagerada voz de *croupier*—. Póquer de cinco cartas.

Repartió las cartas con un rápido movimiento en círculo y los otros las cogieron.

—¡Bien, chicos! —exclamó Tiny—. Preparaos a perder los calzoncillos. El Señor proveerá.

—¡Jesús, Tiny! —dijo Ira—. No nos des esa mierda del sur.

—¿Qué quiere decir mierda del sur? —se picó Tiny, echándose hacia atrás de la mesa.

—¡Cálmate, soldado! —exclamó Ira—. Regla número uno: no dejar nunca a un chico de ciudad que se ponga nervioso jugar a las cartas.

—Regla número dos —contestó Tiny—. No eches mierda con la pala a un tipo dos veces mayor que tú.

Se instaló atrás, refunfuñando, mientras Ira sonreía para salvar las apariencias y sacaba un cigarro que hubiera hecho ruborizar a Edward G. Robinson. Quitó la envoltura y Stick lo encendió con un mechero.

—¡Vamos, Ira! —intervino Evergreen—. Ya hay bastante mal olor aquí.

—Tú no eres precisamente el soldado agua de rosas.

—Competiré contigo en la elección de Mister Aroma cualquier día —contestó Evergreen.

—¡Por Dios! —casi gritó Casey—. ¿Podemos jugar a cartas?

A lo lejos, Arnold oía el sonido de las explosiones, ahora más fuerte; el viento había cambiado o los transportes estaban reposando inesperadamente cerca de tierra. Los otros permanecían en silencio, escuchando también, olvidando las bromas de momento. Él los observaba y luego miró furtivamente al Irlandés, que seguía limpiando en silencio. Iba a ser terrible por la mañana; uno de ellos podía ser herido o

incluso morir.

—¡Vamos! —murmuró Ira—. ¿Quién corta?

Stick miraba fijamente sus manos. Buscó su cartera y, mientras sacaba un billete, una foto de una chica de menos de veinte años cayó en la mesa.

—Abriré con un dólar —indicó.

—No voy —repuso Evergreen.

—Yo tampoco —señaló Ira, tirando sus cartas boca abajo.

Tiny y Casey echaron las suyas también.

—No podéis abandonar, compañeros —advirtió Stick.

—Parece como si ya lo hubiéramos hecho —dijo mientras recogía las cartas y empezaba a barajarlas.

Tiny cogió la foto que Stick había dejado caer.

—Echad una mirada a la preciosidad de Stick.

—¡Dame eso! —vociferó Stick, pero Tiny era demasiado rápido y la foto fue de mano en mano mientras los compañeros levantaban las cejas, sonreían y silbaban.

—¿Esto venía con la cartera? —preguntó Evergreen.

—¡Eres un hijo de puta! —le espetó Stick, guardando la foto.

Jugaron un rato sin orden ni concierto, la mayoría de ellos con caras amenazadoras, como si el jugar cautelosos aquella noche podría ayudarlos mañana. Arnold miraba, luego escribía, después volvía a mirar. Aunque Ira tenía la boca más grande, parecía el menos apto para tirarse un farol. Casey jugaba al póquer de una manera honesta, calculando las posibilidades, casi nunca arriesgando. Tiny no era demasiado brillante y tenía el temperamento más mediocre. El Irlandés continuaba limpiando y limpiando la automática.

—¡Eh, Arnold! —dijo Tiny, concentrado en sus cartas—. Dame una taza de ese fango, ¿quieres?

Contento finalmente de ser incluido, Arnold bajó de un salto, chocando con la parte de atrás de la silla de Stick, mientras el barco se balanceaba.

—Lo siento —murmuró Arnold.

—Ten cuidado, Arnold —protestó Stick.

Tan rápido como pudo, Arnold llenó una abollada lata con café, la trajo y la puso cerca de Tiny. Puso las manos en el respaldo de la silla de Tiny y vio por encima de su hombro que tenía dos reyes y tres nueves.

—¡Estupendo! —exclamó—. ¡Vaya mano!

—No voy —dijo Evergreen, tirando las cartas sobre la mesa. Ira, Stick y Casey echaron sus cartas también.

—Pequeño gusano mocososo —barbotó Tiny—. Vete lejos de mi.

Ira había recogido las cartas y las barajaba de nuevo.

—¡Eh, Arnie! —dijo—. ¿Sabes jugar al cincuenta y dos pickup?

—Vamos —asintió Casey—. Basta ya. Es el día de Acción de Gracias.

—Me pone los nervios de punta —repuso Tiny.

—Dejad al chico en paz —aconsejó el Irlandés. Todos se volvieron a mirarle. Era la primera vez que hablaba desde habían empezado a jugar a cartas. Su mano se movía sobre la culata del fusil como si estuviera encantada. Se encogió de hombros y dijo—: Un arma limpia es un arma efectiva.

Después de un rato se aburrieron del juego y se echaron en las literas en silencio, excepto Tiny, que silbaba, hasta que el Irlandés le dijo que se callara de una maldita vez. Arnold miraba fijamente al techo y trataba de imaginar el día siguiente. Cerró los ojos con fuerza para tener las imágenes más claras, pero la única playa que se podía imaginar era la rocosa costa de Elk City Lake, en Kansas; las únicas muertes que podía ver eran las de los pollos y cerdos que sus padres causaban. Trató de verse a sí mismo luchando a través de la fría agua azul, llegando corriendo a la playa, mientras las balas escupían arena a su alrededor, pero ni una sola imagen se transformaba en su cabeza.

A las diez y media Evergreen indicó:

—Vamos, chico. Comamos. Tengo el pavo.

Todos se volvieron a mirar, mientras lanzaba en la mesa una lata verde caqui de víveres. Arnold estaba soñando despierto con Kansas y creyó al principio que un pavo real se había materializado. Estaba más confundido cuando Ira dijo:

—Aquí está la salsa de arándano. —Y tiró otra lata de víveres sobre la mesa.

—Galletas hechas en casa y salsa de salchichas —manifestó Tiny.

—Mazorcas de maíz —dijo Stick.

—Batatas azucaradas con pequeñas melcochas derretidas —ofreció Casey.

El Irlandés tiró dos latas y dijo:

—Pastel de carne picada y pastel de calabaza.

Arnold quería unirse a ellos, pero no estaba seguro de cómo hacerlo.

—Traigo el café —dijo.

Todos le miraron como si hubiera cerrado de un portazo la puerta entre ellos y la cena.

—¡Oh, Arnold, por Dios! —gritó Evergreen—. ¿Por qué simplemente no te vas a la mierda?

Era cerca de medianoche, casi la hora de apagar las luces. Evergreen estaba escribiendo en un libro encuadernado de piel; Casey estaba leyendo una copia de *Liberty*. Ira hacía un solitario.

—¡Eh, Evergreen! —preguntó Stick—. ¿Qué estás escribiendo? ¿Quizá una novela?

—Lo único que ha escrito alguna vez es el menú del restaurante de su padre —bromeó Ira.

—Por lo menos sé escribir —repuso Evergreen.

—No hace falta mucho cerebro para escribir —contestó Ira, guardando las cartas—. Hace falta cerebro para hacer dinero. A ver: ¿quién quiere postre? —Sacó una bolsa de plástico con tabletas de chocolate.

—¿Cuál es el precio? —inquirió Evergreen.

—Crees que los precios bajan. Cincuenta centavos —respondió Ira.

—¿Por una malísima tableta de chocolate de cinco centavos? —prosiguió Evergreen.

—No tienes por qué comprarla.

—¡Demonios! —exclamó Evergreen—. Dame una.

—Yo también quiero una —intervino Arnold.

Sacó unas cuantas monedas del bolsillo, que cayeron y se desparramaron por el suelo, mientras trataba de entregarlas.

—Lo siento —dijo Ira—. Está todo vendido.

Después vendió una a Casey. Arnold se echó en la litera, se encontraba mal. No le importaba que le tomaran el pelo, incluso sentía que se lo merecía a veces, pero cuando ellos le mentían o hacían chistes sobre él, se sentía tan triste como en El Dorado cuando los crios en la clase de sanidad ponían papel matamoscas dentro de las mangas de su chaqueta. Simplemente no encajaba ni en El Dorado ni aquí; estaba empezando realmente a compadecerse de sí mismo cuando la mano de Casey apareció desde la litera de abajo, sosteniendo media tableta de chocolate. Justo entonces algo hizo explosión no lejos del barco y todos se quedaron inmóviles, esperando lo que vendría después.

Arnold podía oír su propia respiración discordante compitiendo con las de los otros cuando Tiny estalló. Tomó el chocolate y lo mantuvo apretado.

—No puedo esperar a ponerles la mano encima a esos malditos bastardos alemanes —dijo Tiny—. Enviaremos a los alemanes al infierno y volveremos.

—Lo harás, Tiny —dijo Ira, pero sus palabras sonaron cansadas en el silencio del cuarto de literas.

—Yo también mataré a un nazi —aseguró Arnold, tratando de mantener su voz firme.

Stick rió.

—¿Es verdad eso? —preguntó Tiny—. ¿Tú vas a matar a un nazi?

—Sí —afirmó Arnold—. Seguro que sí.

—Basta, Arnold —dijo Casey—. Déjale.

Todos le dejaron hasta que la voz de Stick, tranquila y vacilante, llegó a Arnold donde estaba acostado, con el gusto de chocolate en la boca.

—Ira —casi susurró Stick—. ¿Has visto alguna vez..., has visto alguna vez morir a alguien?

—A mi viejo —contestó Ira. Padecía tuberculosis.

Solía tener esas largas toses vibrantes. Una noche mi hermana pequeña y yo estábamos con el viejo, acabábamos de tomar un helado o algo así. —Hizo una pausa

y sacó un cigarrillo—. De cualquier modo, papá empezó con uno de sus accesos, ¿sabes?, tosiendo. Creí que se había atragantado con los pistachos del helado o lo que fuera, hasta que vi la sangre en su barbilla. Así que me precipité sobre él y lo cogí en mis brazos y traté de meter aire en su boca. —Sopló el humo hacia el techo en un largo chorro contemplativo—. Pero era demasiado tarde. Ahora cada vez que pienso en el viejo saboreo ese oxidado sabor rojo.

Arnold miró hacia abajo, a ellos dos. Ira se estaba incorporando, ambas manos colgando entre sus rodillas, mientras miraba al suelo entre el humo condensado. Luego Arnold asomó la cabeza sobre el borde de la litera y miró abajo a Casey, que apareció al revés.

—Gracias por el chocolate —susurró.

Casey estaba leyendo, echó una mirada a Arnold, asintió con la cabeza y luego volvió a su revista. Cuando vio que Arnold no se iba, dijo:

—De acuerdo. Eres bien venido. —Pero Arnold tenía algo que preguntar y continuó revoloteando hasta que Casey preguntó—: ¿Qué quieres, Arnold?

Era difícil decirlo, pero Arnold quería admitirlo al final:

—Yo... yo desearía realmente ser como vosotros, compañeros —dijo.

Casey pareció horrorizado por la confesión.

—¿Qué demonios se supone que esto quiere decir? —preguntó.

—Casey —dijo Arnold—. Tengo miedo. Me horroriza pensar en mañana. Me gustaría ser valiente como el resto de vosotros, chicos.

—¿Crees que no tenemos miedo? —inquirió Casey débilmente—. ¿No ves bien? Todos los de aquí tenemos algo que perder. Nunca vi un grupo de chicos más asustados.

Esto le pareció absurdo a Arnold.

—¡Tú no! —objetó—. Ni el Irlandés. Y seguro que Tiny tampoco.

—Probablemente Tiny más que ninguno —murmuró Casey—. Tiene una mujer de diecisiete años y un crío de tres semanas. ¿Crees que no piensa cada minuto en otra cosa que no sean ellos? —Alargó el brazo y dio un puñetazo en la parte inferior de la litera de Arnold—. Duérmete ahora —le dijo—. Te necesitaremos mañana.

Ira se puso en pie y agitó las manos pidiendo silencio.

—De acuerdo, caballeros —comenzó—. Es la hora de la atracción de magia del tío Ira. Las figuras de las cartas traen suerte. Vamos a ver qué figura le toca a cada uno. ¿Quién quiere repartir la suerte? —Movié los dedos como si se estuviera preparando para abrir una cerradura y después barajó las cartas, como un experto. Sacó la primera de la parte de arriba y enseñó la reina de corazones—. Bien —continuó—. Figura afortunada para mí. ¿Quién más quiere la suerte?

Tiró una carta a Stick.

—Figura afortunada —gritó Stick, enseñando la jota de diamantes.

—Yo también —dijo Evergreen—. Jota de picas.

—¡Lo tengo! —gritó Casey, enseñando el rey de trébol.

—¡Rey de picas! —exclamó Tiny—. Figura afortunada como la mía.

El Irlandés sonrió y enseñó la jota de corazones.

—¿Y yo qué? —vaciló Arnold.

—¡Oh! —dijo Tiny maliciosamente—. ¿Nos olvidamos del viejo Arnie? —Saltó sobre la litera de Arnold y gritó—: Lección de vuelo.

Y en unos segundos se le unieron Ira, Stick y Evergreen; cada uno de ellos cogió un extremo de la manta de Arnold y le levantaron fuera de la cama. Los cuatro lo lanzaron al aire. Sus brazos se agitaron mientras salía de la manta y flotaba durante un deprimente momento como si estuviera en el limbo; después cayó y golpeó en la dura cama elástica de lana y miró a las cuatro maniacas caras gritando. La habitación giró y él era lanzado al aire de nuevo. La puerta se abrió de golpe y le dejaron caer bruscamente; él y la manta golpearon el suelo.

—Terminad este alboroto —ordenó el sargento—. Chicos, tenéis un gran día mañana en la playa y quiero que vuestros ojos estén brillantes y listos. Ahora apagad las luces. —Apagó la luz de un golpe y dio un portazo.

En la oscuridad, Arnold agarró la manta y subió de nuevo a su litera, avergonzado, como si él hubiera sido la causa del jaleo en vez de la víctima. Se acostó mientras el barco se balanceaba, resuelto a demostrarles a todos ellos al día siguiente que era un valiente. Mataría a un nazi. Mañana por la noche le aceptarían sin reservas; no más chistes, no más ser el hazmerreír. Mañana sería un héroe. Se lo demostraría.

Al amanecer atacaron. Miles de hombres salieron de los barcos de transporte y abordaron los botes de desembarco. Mientras se preparaban para el asalto, los barcos de guerra en el mar Tirreno bombardearon la costa con artillería, tratando de debilitar la playa italiana, de hacer retroceder a los alemanes lo suficiente para dar un apoyo a las tropas. El cielo gris estaba rayado con fuego.

—¡Todos a los botes! —anunció el altavoz del comandante, y los botes, cargados de hombres asustados y decididos, empezaron a cruzar el último trecho de mar hasta la costa.

El Club se apiñaba, temblando, mientras se movían a través del chapoteo. Arnold se sentía triste, tenía frío, estaba horrorizado; su resolución de la noche anterior le parecían vanas palabras. Miró a los otros y se preguntó cómo se sentirían. Un hombre llamado Granville estaba al timón; había pasado por esto antes y parecía un modelo de tranquilidad.

—¡Los mentones altos, compañeros! —gritaba por encima del estrépito—. ¡Casi hemos llegado!

—¡Vamos, jefe! —gritó Tiny—. Acelere la marcha.

Granville se dio la vuelta y miró fijamente a Tiny.

—Calma, soldado. Tendrás tu oportunidad de ganar la guerra. —Miró al sargento y dijo—: Parece como si tuvieras un duro montón de patanes.

El sargento se encogió de hombros, encendió un cigarrillo y tiró la cerilla al encrespado mar.

Incluso antes de que Arnold estuviera seguro, supo lo que estaba pasando, oyó un gran zumbido; el sargento gritó:

—¡Al suelo!

Y una enorme ola de agua subió rápidamente a lo largo del bote, mientras el aire explotaba y el barco era golpeado rudamente de lado por el golpe. Arnold gritó y cayó de cara en el barro y el agua de la cubierta. Los demás bajaron gateando, quejándose y maldiciendo. Granville se rió y el sargento dio una larga chupada a su cigarrillo.

—¿Te sobra algún soldado? —preguntó Granville al sargento—. Ahí lo tenéis, fanfarrones. Bienvenidos a la segunda guerra mundial.

Todos estaban de nuevo de pie, mirando a la costa que se acercaba rápidamente. Delante de ellos ya había hombres saliendo de los botes, luchando a través de los restos de agua mientras rachas de pequeñas balas salían alrededor de ellos. Arnold podía ver soldados corriendo hacia adelante a través de la playa; algunos se paraban de golpe, se tambaleaban hacia atrás como si chocaran con un campo impenetrable y caían. Sintió a alguien a su lado; era Casey, que le alargaba su carta de la suerte.

—¡Son todos vuestros, chicos gloriosos! —gritó Granville—. ¡A por ellos!

La primera ráfaga de balas cayó alrededor de ellos con grandes zumbidos, seguida de pequeñas trombas de agua.

—¡Cierren y carguen!

El bote llegó tan cerca de la costa como pudo y los hombres saltaron desde la cubierta con el agua hasta las caderas.

La primera sensación de Arnold fue la frialdad y espesor del agua; se revolvió hacia delante como si fuera a través de arena, sosteniendo el fusil ante él. A su alrededor el agua estaba viva, con la picante rociada de fuego de artillería, y sintió un repentino dolor agudo en el pecho como si hubiese sido apuñalado con un punzón para romper el hielo. Gruñó sorprendido y siguió a pesar del dolor. Su cuerpo dejó de correr; desde algún lugar un mensaje había sido enviado para que sus piernas dejaran de moverse y empezó a caer hacia delante, como si algún bromista hubiera atado los cordones de sus zapatos.

Y luego sintió una ligereza como nunca había experimentado antes. Estaba bañado de un resplandor, como si su corazón hubiera empezado a difundir plata a través de sus venas. En el bolsillo de su chaqueta, el rey de trébol resplandecía como el sol quemando a través de la niebla y, por primera vez en su vida, conoció el descenso de la gracia. Tuvo un intenso placer en cómo se sentía su cuerpo, mientras se movía en perfecta sincronía con las olas, la arena, el fuego de artillería y los morteros. Estaba insensible en su nueva fuerza, su nueva musculatura perfeccionada, su alegre y flotante decisión.

El agua había perdido su espesor; no le cubría los tobillos, y entonces estaba en la

playa. A su lado, Casey corría, la cara pálida de miedo; los otros miembros del Club andaban con dificultad a su alrededor. Arnold miraba con sorpresa sus torpes regateos, sus caras horrorizadas, mientras las balas caían con sordo ruido a su alrededor, esparciendo arena por sus piernas. No tenía miedo y sabía que estaba a salvo. Ante él, cuerpos de hombres que no conocía caían sobre sus rodillas como si rezasen; embistió a través del humo y el fuego, esquivando las balas, las explosiones, la matanza, como si corriera a través de un chaparrón sin que ni una gota de agua le tocara.

—¡Cuerpo a tierra! —gritaba el sargento—. ¡Reptando!

Los miembros del Club empezaron a arrastrarse hacia delante con los codos y rodillas, todos excepto Arnold, que continuó corriendo, sin ningún esfuerzo, sin cansarse. Ante él se extendía el escenario y vio con extraordinaria claridad lo que había que hacer. En una colina que dominaba la playa, los alemanes habían construido un refugio, un fortín con una abertura rectangular por la cual una ametralladora y un fusil automático disparaban sobre las cabezas de los norteamericanos. Alguien tenía que destruir la fortaleza si querían sobrevivir al asalto y, aunque parecía inexpugnable, Arnold sabía que él sería capaz de llegar allí.

El Club llegó a un barranco; el fuego alemán del fortín cosía la arena unas pulgadas sobre sus cabezas. El sargento cogió la radio que llevaba el Irlandés y trató de llamar a uno de los barcos de guerra norteamericanos, pidiendo ayuda. Pero la radio no funcionaba. Mientras Arnold estaba de pie en la falda del barranco mirándolos, sintió un gran cariño y compasión. Estaba claro que no entendían, no había que tener miedo ni pedir más refuerzos.

—¡Adelante, comando! —urgió el sargento—, acorralados en la base del fortín. Requiero inmediata artillería adicional. —No hubo respuesta—. De acuerdo, chicos. Vamos a ver qué podemos hacer. ¡Fusiles preparados! —Se levantó agitando los brazos y gritó—: ¡Con más brío!

Saltó al borde del barranco e inmediatamente la ametralladora disparó, rozándole; se cayó hacia atrás y se quedó cara arriba mientras la sangre manchaba su chaqueta.

—¡Dios mío! —exclamó Stick—. Han dado al sargento.

—¡Basta ya! —chilló Ira—. Quedaos ahí abajo. Pensaremos lo que hemos de hacer.

Una explosión cercana los duchó a todos con tierra y fuego antiaéreo. Aturdido y un poco loco, Evergreen mantuvo el cuerpo del sargento sentado.

—Todo va bien, sargento —dijo.

¿No lo entendían?, pensó Arnold. ¿No sabían que todo lo que tenían que hacer era quedarse ahí tumbados y esperarle? Quería hablarles, tranquilizarlos, pero sabía que no le escucharían. Con su fusil a punto y el paquete de granadas asegurado alrededor de su hombro, empezó el ascenso a la colina.

Oyó que gritaban su nombre mientras corría; oyó el asombro y la tensión en sus voces. A su alrededor, las balas caían en la arena y gemían; pero él era rápido como el

viento y se sentía frío y protegido, como si el aire se moviera entre sus huesos. Se precipitaba y regateaba, trepaba y trepaba hasta que estuvo debajo del saliente del fortín, justo debajo de la ranura oscura de la cual salía el fuego.

Se quitó el paquete de granadas, dio un tirón a la clavija y con calma contó hasta ocho. Debajo de él podía oír su nombre, que era cantado, que era silbado. En el último momento se levantó y tiró el paquete de granadas en la boca del fortín y saltó fuera, colina abajo.

Pero antes de que explotara, uno de los alemanes lo lanzó fuera. Y entonces, como si tuviera todo el tiempo del mundo, Arnold corrió donde estaba el paquete de granadas, lo cogió y, sin esfuerzo, con un movimiento de suprema gracia, lanzó las granadas otra vez por la ranura.

Cuando el fortín estalló, Arnold estaba de pie y miraba mientras volaban por el aire tablas ardiendo, soldados enemigos gritando, sacos de arena y un equipo de radio. Debajo de él, lejos, como si él estuviera en el lugar aventajado del halcón, los miembros del Club estaban de pie y le aclamaban. Ahora estaban saltando el borde del barranco; se lanzaban hacia delante, disparando sus armas, sin miedo. Aunque sabía que ellos no podían verle ahora, a través del espeso humo, les hizo señas con la mano de que siguieran; aunque ellos no le podían oír, los llamó a cada uno por su nombre. Y entonces se desvaneció en el aire, su elemento natural, donde el vuelo en todo su perfecto poder y gracia era suyo.

Granville le había sacado una bala del hombro y trató de empujar el cuerpo del chico a tierra después de que la primera ráfaga de fuego enemigo le hubiera matado. Había tres agujeros limpios en su pecho, como si la caja torácica hubiera sido penetrada con un punzón del hielo. «¡Pobre chico!», pensó Granville. Probablemente ni siquiera sabría qué le había golpeado. El pobre muchacho ni siquiera había pisado la playa, había desembarcado cara abajo en la espuma de Porto Nuovo. Granville se había quedado abajo hasta que alguien, de algún modo, había alcanzado el fortín y la pelea se había trasladado más allá, tierra adentro, y la playa estaba tranquila de nuevo.

Examinó los bolsillos del soldado para poner sus efectos personales en una pequeña bolsa. Encontró un naipe y lo que parecía una carta a su casa.

«Querida familia —empezaba la carta—. Espero que estéis bien. Estamos a punto de entrar en acción por vez primera. Estoy muerto de miedo. Pero estoy con un grupo de compañeros estupendos. Y tengo muchos amigos, a los cuales visitaré uno a uno cuando esto termine. Sé que os gustarán tanto como a mí. Son buenos hombres y mejores soldados que lo que yo nunca podría ser...»

Granville miró arriba para ver las caras llenas de barro de los hombres que había conducido a tierra esa mañana.

—¡Eh! —gritó uno de ellos—. ¿Veis al héroe? ¿Veis a ese maldito pequeño compañero?

No supo lo que querían decir; movió la cabeza. En su mano derecha sostenía la

carta del soldado muerto; en la izquierda, el rey de trébol.